NATALIA DE LAS OLIVAS

Conocerte

Saga Destino 1



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30. Enzo

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34. Enzo

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37. Enzo

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40. Enzo

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47. Enzo

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Unas palabras de la autora

Agradecimientos

Biografía

Créditos

CONOCERTE

Saga Destino 1

Natalia de las Olivas

Click
EDICIONES

A todos aquellos que, como yo, alguna vez perdieron la oportunidad de su vida por miedos del pasado. A los que dejaron escapar a quienes más querían.
Esto es para vosotros.

Nota de la autora

Lo que vas a leer a continuación no es solo una historia de amor, así que, si eso es lo que estabas buscando, lamento decirte que no será así. Este libro narra la historia de una mujer que ha perdido su esencia, que ha perdido las ganas de vivir y de enamorarse, las ganas de confiar en nadie y, sobre todo, en sí misma.

Veremos cómo evoluciona la protagonista, por eso decidí narrarlo en primera persona, para que podamos sentir lo que siente en cada momento, sin excepción.

Vamos a atravesar momentos de todo tipo, de ira, de tristeza, de confusión, pero también de mucha alegría; por ese motivo, iremos avanzando según lo haga nuestra protagonista.

Escribí este libro para que sepamos que, en cualquier momento, hasta el día más gris puede llenarse de color, que hasta la mayor de las tormentas tiene un final, y hasta el más roto de los corazones puede volver a amar.

Esta historia es para que todos nos demos cuenta de que, tarde o temprano, las cosas buenas de la vida llegan: solo hay que saber esperar.

Vamos a ver a una protagonista totalmente rota por amor, vamos a ver cómo el mal amor puede llevar a una persona a apagarse por completo.

Porque, como dice el título de esta saga, lo que está escrito en el DESTINO no puede cambiarse.

Introducción



Me llamo Irina, Irina Castro Lara.

Mi vida es una constante montaña rusa, siempre lo ha sido, igual que yo, que soy una jodida granada que en algún punto de su vida está destinada a detonar.

Voy sin rumbo, no sé lo que quiero, y, sinceramente, eso dejó de preocuparme hace mucho tiempo, más del que soy capaz de recordar.

Me siento como si ni siquiera pudiera sentir algo, como si mis sentimientos y mi capacidad de sentir cualquier tipo de emoción hubieran desaparecido, simplemente me limito a sobrevivir, porque, al fin y al cabo, ya hace tiempo que dejé de sentirme viva. Hace tiempo que ya no veo final a este camino, y creo que está bien: he aprendido a vivir con ello, supongo.

Capítulo 1



—¡No quiero volver a verte nunca más!

Esas fueron las últimas palabras que le dije a Álvaro, mi expareja, con el que llevaba ocho años, desde que yo tenía 16.

Desde entonces han pasado varios meses, once o doce, ya casi no lo recuerdo. Mi relación con él era una tortura, un horror, algo que no le desearía ni a mi peor enemigo. Le amaba, le quería más de lo que podía soportar por aquel entonces. Era una niña y había crecido a su lado, me había enseñado, éramos uno, siempre estábamos juntos, íbamos a todos lados sin separarnos ni un solo segundo, nuestra vida era en conjunto, yo solo quería estar con él, y durante muchos años pensé que él sentía lo mismo que yo.

Claro que nunca fue así, o al menos no en los últimos años. Por eso le dejé, por eso abandoné esa relación, porque ya no era el mismo, ya no era «mi Álvaro», y quizás nunca lo fue. Había cambiado, ya no era el mismo, o es que yo ya había abierto los ojos y empecé a ver quién era en realidad.

Me costó horrores dejarle; lo intenté en varias ocasiones, pero siempre acababa volviendo. Era demasiado dependiente y sentía que moría cada vez que no le tenía cerca. Era horrible, una sensación de que estaba dejando a la mayor parte de mí, a mi mayor felicidad. Porque así lo sentía: a pesar de todo lo malo que había entre nosotros, él, de un cierto modo, me hacía feliz.

Hasta que un día cualquiera, un sábado de un mes cualquiera, me levanté de la cama y me miré al espejo. Había perdido aproximadamente diez kilos en los últimos meses, y ahí lo supe. Eso ya no era lo que quería, esa que estaba en el espejo ya no era yo: había perdido mi brillo. Había sido consciente mucho tiempo atrás, y no había hecho nada por salvarme.

Al principio me costó horrores acostumbrarme a no estar con él, no era capaz de dormir y lloraba desconsoladamente en las piernas de mi padre durante horas, creyendo que eso me calmaría. Nunca lo hizo. Me calmó el tiempo, que pasaran los días, y poco a poco me fui sintiendo más libre. Eso fue lo que me curó, no quedarme meses encerrada en mi casa llorando y queriendo morirme, porque eso no cura, eso solo te deja ahí, sintiendo que te mueres poco a poco, sin hacer nada. Te cura el tiempo, las ganas, tu familia y tus amigos, eso es lo que me fue curando a mí.

Salí adelante; fue difícil, pero lo conseguí.

Hoy en día ya no pienso en él, ya tampoco le quiero y ya no lloro por él.

Claro que mentiría si dijera que no me sigue llamando y escribiendo, a pesar de que he cambiado de teléfono en varias ocasiones. Mi padre le ha pedido en más de una ocasión que se fuera de la puerta de mi casa, porque se presentaba aquí mínimo dos días a la semana, hasta que intervino la policía.

Entonces entendí que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde, y eso es lo que le pasó a Álvaro conmigo.

Recuerdo cómo lloraba cuando salía de fiesta y desaparecía durante días sin dar señales de vida, las noches que pasaba llorando con ansiedad pensando en lo que podría estar haciendo, las llamadas de sus amigos contándome que se había estrellado con el coche, borracho. Luego, al cabo del tiempo, supe dónde había estado todos esos días que desaparecía: poniéndome los cuernos con unas y otras. Así entretenía su tiempo mientras que yo no era capaz de pegar ojo en toda la noche.

Se volvió agresivo; todo el rato discutíamos, ya nunca me decía que me quería, y siempre era yo quien tenía que pedir perdón cuando no tenía ninguna culpa.

Ya es tarde. A pesar de que me sigue buscando, tengo muy claro que jamás volvería a dejar que estuviera en mi vida, de ninguna manera.

Para mí ya no es nada, no es nadie.

Aún guardo sus cosas en una caja negra que tengo en la parte de arriba del armario de mi habitación. Algún día tendré que devolvérselas, porque hasta hace poco pensaba que, teniéndolas aquí todavía, le mantendría conmigo. Estaba enferma y enamorada, por eso pensaba ese tipo de cosas. Ahora, por suerte, solo deseo deshacerme de ellas y poder cerrar este capítulo de mi vida.

No me siento preparada del todo todavía para tenerle enfrente y mirarle a la cara, aunque sean dos minutos. El simple hecho de tener que darle algo me repugna, aunque sea suyo. Pero es algo a lo que tendré que enfrentarme algún día, muy a mi pesar.

Una parte de mí murió cuando Álvaro se fue de mi vida. Nunca volví a ser la misma tampoco. Supongo que cuando te hacen tanto daño, por más que lo intentes, nunca vuelves a ser la misma.

Pierdes confianza, esencia, brillo y esperanza al mismo tiempo, y hay cosas que nunca se pueden recuperar.

El dolor te hace más fuerte, pero yo no quería sufrir, yo no elegí ser fuerte, yo solo quería una historia de amor que acabase en una residencia hablando con el amor de mi vida después de haber vivido una vida plena.

Creía en el amor, en el amor sano y verdadero, en ese que te cuentan en las películas; creía en él, porque durante mucho tiempo lo tuve. Disfruté de ese amor, aunque luego resultó ser una mentira. Ya no creo en nada de eso, ya no me importa si paso el resto de mi vida sola y sin nadie que me ame a mi lado. No quiero casarme y no quiero tener hijos. Todo eso dejó de importarme, porque con la única persona que yo lo quería era con él. Así que ya no tenía sentido seguir creyendo en el amor ni seguir queriendo una historia bonita cuando él ya no estaba, todo lo que tenía relación con el amor dejó de tener sentido.

Capítulo 2



No paro de buscar locales para el día de mañana poder cumplir mi sueño. Llevo buscando dos meses y no encuentro nada: o son muy caros, o no me gusta la ubicación del local, o, lo que es peor, me piden demasiada documentación y dinero para empezar y no puedo permitírmelo.

Con 25 años, querer abrir mi propio negocio es más difícil de lo que creía hace unos años. Pensaba que emprender sería más fácil para alguien que tiene tan claro lo que quiere. Ya he visto que no, pero, al fin y al cabo, eso es lo único que me mantiene en pie y con ganas de seguir adelante.

Mi sueño siempre ha sido tener mi propia tienda de ropa, y, si eso funcionaba, poder crear mi propia marca. Veo que eso es soñar demasiado para alguien como yo, con mi poco optimismo y mis pocas ganas de todo en general.

Estuve trabajando hasta hace poco en una tienda de ropa para pagarme los estudios. Siempre he estado estudiando cursos de moda. Terminé el grado universitario en Diseño de Moda y ahora

estoy tomándome un descanso mientras busco algún local que pueda gustarme y miro proveedores que el día de mañana puedan servirme para mi tienda.

El nombre siempre lo he tenido muy claro: «Metas de Moda». Me encantaría llamar a mi local así, me recordaría todos los días que las metas que uno se pone hay que alcanzarlas luchando por ellas y siendo constantes.

Metas de Moda sería una tienda ideal. Tendría todo tipo de ropa, calzado y accesorios, aunque me encantaría centrarme en ropa formal y elegante. Y si la tienda funcionase, abriría más locales con más variedad.

Mi padre me animó desde el primer momento que se lo conté. Siempre me apoyó y se ha encargado de ayudarme a pagar mis estudios, sobre todo porque también sabía que quería estar un tiempo descansando mientras miraba locales. Entonces me ayudó a ahorrar para que tuviese dinero para mí.

Mi padre toda su vida ha sido actor, bastante conocido y con un gran caché aquí en España, aunque tuvo la suerte cuando era joven de grabar varias películas en Estados Unidos e Inglaterra. Dejó de actuar hace unos cinco o seis años, y decidió abrir su propia escuela de teatro.

La escuela de mi padre, Grandes Talentos, Caminos Difíciles, es una de las más conocidas del país. Ofrece un plan educativo increíble y, sobre todo, buenas salidas profesionales. Varios alumnos suyos hoy son actores jóvenes de series y películas en grandes plataformas televisivas; alguno ha tenido suerte y ha llegado a la gran pantalla de Hollywood, pero eso fue hace muchos años.

En la escuela, lo bueno que tiene mi padre son los contratos externos con varios teatros que le dan la oportunidad de llevar sus obras y poder enseñárselas al mundo.

Siempre he dicho que lo que mi padre más quiere en el mundo es el cine y el teatro. Se desvive por ello, y le encanta pasar horas y horas entre bambalinas, diseñando guiones, escenarios y obras nuevas. Disfruta tanto que hace que yo disfrute viéndole a él. Ese brillo en sus ojos cada vez que me cuenta una historia, aunque sea repetida, es lo mejor que me pasa todos los días, sin duda.

A mí, en cambio, nunca me ha atraído ese mundo, principalmente porque odio ser el centro de atención. Ya bastante me cuesta que a veces me reconozcan por ser «la hija de» como para encima haber hecho alguna obra de teatro o película y que me reconocieran más todavía. No es lo mío; prefiero vivir en el anonimato, en las sombras. Mi padre lo intentó durante años: me llevaba a sus clases y me daba guiones para que los leyese; a pesar de sus esfuerzos, no lo consiguió. Por suerte para mí, no le importó tanto como yo pensaba y enseguida aceptó que yo quisiera montar mi propio negocio. Supongo que lo más importante para él fue que yo hiciese algo que me hiciera verdaderamente feliz después de lo que había sufrido durante esos ocho años.

Capítulo 3



Se nota que la primavera ya ha llegado. Hace un maravilloso día aquí, en La Latina, el barrio donde vivo en Madrid.

El sol entra por el balcón de mi habitación directamente, proyectándose en mis ojos, lo cual hace que me despierte para levantarme y cerrar la persiana. Quiero dormir un par de horas más. Anoche me dormí bastante tarde. Normalmente, me cuesta bastante conciliar el sueño; tengo insomnio, es horrible no poder dormir cuando es lo único que necesitas. A pesar de que tengo pastillas que me recetó el doctor, intento no tener que hacer uso de ellas, no quiero sentirme dependiente de nada, y menos de eso.

Vuelvo a tumbarme en la cama y abrazo a mi almohada para intentar coger una postura cómoda que me haga dormirme lo más rápido posible.

Oigo ruidos en la cocina, lo cual me hace pensar que es mi padre preparando el desayuno, como todas las mañanas. Deben de ser las ocho, porque es la hora a la que suele prepararse el café para ponerse a trabajar en sus nuevos guiones o en sus obras.

Antes solía levantarme a desayunar con él. Desde hace unos meses prefiero estar sola y disfrutar de mi tranquilidad. Debería volver a pasar más tiempo con mi padre, porque sé que a él también le vendría bien; muy a mi pesar, no es el momento, y mi padre deberá esperar a que me sienta preparada.

Le quiero, juro que le quiero más que a nada en este mundo. Él siempre tiene tiempo y ganas para mí. A pesar de todo el trabajo que tiene, siempre encuentra un hueco para hablar conmigo, para ver una película juntos o para simplemente no hacer nada, pero juntos. Supongo que él ha admitido cuál es su cometido ahora: mantenerse al margen y esperar a que su hija vuelva a estar preparada para ese tipo de cosas. Y aunque lo intento cada día un poco más, a veces necesito estar sola, sin la compañía de nadie.

Doy un par de vueltas en la cama y no consigo dormir, por lo que me levanto y abro de nuevo la persiana para salir al balcón a tomar el aire. Me siento en el pequeño banco de madera blanca y veo a la gente pasear por las calles.

Algunos caminan a paso ligero, como la mayoría de los habitantes de esta ciudad. Por eso odio Madrid, porque la gente siempre va con prisas y parece que no disfruta de su vida. Otros, los que más se parecen a mí, caminan despacio mirando a su alrededor, observando todo con detalle y disfrutando de cada paso que dan. Yo antes era así. Ahora, cuando camino por la calle, simplemente me dedico a andar y nada más. A veces escucho música; otras, solo miro al frente, intento pasar desapercibida y nada más.

La puerta de mi habitación se abre y mi padre entra decidido para sentarse a mi lado. Me ofrece una taza de café frío y con leche, y yo esbozo una pequeña sonrisa antes de coger la taza de su mano.

—Buenos días, cariño —me dice tan sonriente como siempre.

Apoyo mi cabeza en su hombro y sonrío. No le digo nada más; sé que no hace falta, porque mi padre me conoce. Sabe que este simple gesto es una forma de decirle «Gracias, te quiero». No soy muy habladora por las mañanas; aunque tampoco lo soy el resto del día, por las mañanas lo soy menos.

Mi padre apoya su mano en mi pierna y me da unos golpecitos cariñosos en ella. Me da un beso en la cabeza y vuelve a dejarme sola.

Me levanto para rebuscar en un pequeño árbol que tengo en el balcón hasta que por fin encuentro mi paquete de tabaco. Hace tiempo que dejé de fumar, pero de vez en cuando todavía me fumo algún cigarro, y aunque cada día fumo menos, el que acompaña al café de por la mañana nunca he sido capaz de dejarlo.

Termino mi taza de café y entro de nuevo a la habitación. Cojo el cuadro blanco que se encuentra encima de la cómoda y le doy un beso, como todas las mañanas.

—Buenos días, mamá. Buenos días, Fran —digo después de darle el beso a la fotografía de mi madre y de mi hermano.

Dejo el marco en su sitio y camino dos pasos a la derecha hacia la puerta del baño. Tengo baño propio en la habitación, lo cual siempre me pareció una tontería. Crecí con eso y al final me acabé acostumbrando a tenerlo. Cuando era pequeña, odiaba usarlo y siempre acababa utilizando el de mis padres, pero con el tiempo lo acepté. Sé que parece una tontería: creo que es un lujo tener baño propio, un lujo que no merezco, porque no soy nadie.

Considero que he tenido siempre lo que he querido, más quizás de lo que merecía. Mis padres siempre han tenido mucho dinero y nos han dado a mi hermano y a mí todo lo que queríamos y más.

La gente, cuando crece entre lujos y caprichos, no es capaz de valorar nada: ni los esfuerzos, ni el trabajo que cuesta conseguir las

cosas. Pero yo sí que lo hago, porque veo todas las mañanas el esfuerzo de mi padre para que nunca se le acaben las ideas de nuevas obras de teatro, y porque veía como mi madre hacía turnos excesivamente largos en el hospital operando corazones.

Abro la puerta y veo mi baño tan recogido como siempre. Todo de color blanco y gris perla. La bañera al fondo del baño; el lavabo de dos grifos a mano izquierda, con el enorme espejo arriba; justo al lado, arriba a la izquierda, un armario de cristal donde guardo mi secador de pelo y ese tipo de cosas: desodorante, tampones y otras de uso personal, y, al fin, el retrete justo enfrente del mueble. Podría decir que este cuarto de baño es incluso más grande que mi habitación. Son este tipo de cosas las que no creo necesitar ni merecer. ¿De verdad es tan importante para algunas personas tener su propio cuarto de baño? Vaya tontería, de verdad.

Capítulo 4



Después de mi gran ducha de agua caliente y de aproximadamente media hora de duración, me sequé mi largo pelo castaño, me cepillé los dientes y me apliqué crema facial.

Cogí un vaquero negro del armario y una camiseta ancha negra de manga corta, me puse mis Nike panda negras y blancas, y cogí mi bolso negro también, para ir lo más conjuntada posible. Aunque sé que hay cosas que no me preocupan demasiado, siempre intento combinar colores a la hora de vestir, si bien en el fondo me despreocupa mi apariencia física.

Me gusta el negro para vestir: va a juego con mi personalidad y con mi estado de ánimo diario. Aunque no solo es por eso; también es porque creo que combina con absolutamente todo y es el color que mejor le queda a la gente.

Mi padre salió de casa hace un rato. Hoy me ha dicho que no vendrá a comer, así que me dirijo dando un paseo al mercado de mi querido barrio.

Entro por las grandes puertas y subo las escaleras directas a la carnicería para comprarme un filete de ternera que acompañaré con una gran ensalada de espinacas.

—¡Mírate! Tan guapa como siempre —dice el carnicero.

—Paco, siempre es un placer verte —le digo sonriendo.

Sale de su puesto para abrazarme, y yo también le abrazo. Llevaba mucho tiempo sin pasarme por aquí a verle y sin venir a comprar.

Paco, nuestro carnicero de toda la vida, es también un gran amigo de mi padre. Ha estado en mi vida desde el minuto en el que nací. Siempre venía a mis cumpleaños, me recogía en el colegio cuando mis padres no podían, y muchas tardes de verano me llevaba a jugar al precioso jardín que tiene en casa, con esa gran piscina que tanto me gustaba de pequeña. Paco es unos cuantos años mayor que mi padre, por eso siempre ha sido como un abuelo para mí. Yo no pude conocer a ninguno de mis abuelos, por desgracia. Los paternos vivían en Ámsterdam, y murieron cuando yo tenía tan solo un año de vida, y los maternos murieron antes de yo nacer. Así que Paco es lo más parecido a un abuelo que he conocido. Su mujer, Ana, es también una señora muy agradable, unos años más joven, pero con el mismo buen corazón y con esa preciosa sonrisa que siempre tiene en la cara para regalarme.

Paco es un hombre bastante alto para su edad. Robusto y de pelo negro azabache, tiene los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida, aunque al llevar gafas no se aprecian tanto. También tiene un tatuaje en el brazo con el nombre de Ana; me hace mucha gracia, porque no es muy normal ver a un hombre tan mayor con un tatuaje. Como siempre he dicho, eso le hace ser muy original. Paco siempre está bromeando, tiene un humor muy característico, y todo el mundo le adora. No me extraña, yo también lo hago.

Me encantan los tatuajes, yo llevo varios. Detrás de la oreja derecha llevo la inicial de mi madre; de la izquierda, la de mi hermano; en la costilla llevo la fecha de nacimiento de mi padre; detrás de la nuca llevo unas alas que reflejan la libertad de cuando terminé mi relación con Álvaro; luego, en el tobillo llevo tatuado un girasol, porque es mi flor favorita, ya que considero que desprende una alegría que ya no tengo. Mi favorito sin duda es el que tengo en la parte interior del brazo, la palabra «olvido», con una pluma alrededor.

—¿Qué te pongo, cariño? —me pregunta Paco.

—Un filete, que sea…

—Fino y muy tierno —dice, no dejándome terminar la frase.

—Qué bien me conoces —le digo, guiñándole el ojo en modo vacilón.

Paco me prepara el filete y me lo entrega guardado en una bolsa de plástico blanca con el logo de su carnicería.

—¿Cuánto te debo? —le pregunto.

—Con un beso me es suficiente —me dice.

—¡No! Dime lo que es, venga, por favor —digo, haciéndole un puchero de mentira. Creo que eso podría funcionar.

—Un beso, y que le digas al capullo de tu padre que sigo esperando esa cerveza que me prometió la semana pasada.

Le doy ese beso que me pide y me despido de él. Bajo las escaleras del mercado para ir a por unas espinacas. Por supuesto que no puede ser a otro sitio que a mi frutería y verdulería favorita.

—Hola, preciosa, ¿qué te pongo? —me dice la dependienta.

—Hola, Conchi, pues unas espinacas que estén bien para una ensalada, por favor.

—Marchando. Es un euro, cariño.

Le doy el dinero y ella me da las espinacas guardadas en otra bolsa, la cual acabo metiendo en la misma que la que me ha dado Paco en la carnicería, para no tener que llevar dos bolsas e ir más cómoda.

Salgo del mercado y continúo el camino para seguir haciendo los recados que me ha dejado mi padre en una lista. Lo siguiente es ir a la panadería, y, una vez salga de allí, solo me quedará ir a cogerle un pedido de libros nuevos para su estantería.

Capítulo 5



Me pongo música en el móvil, mi lista de Spotify a la que llamo «Ratitos».

Tengo música de todo tipo de estilos; sobre todo son canciones en inglés tristes, porque me gustan demasiado y me abren la mente como a mí me gusta.

Hago la ensalada mientras que el filete de ternera termina de hacerse en la sartén. Me gusta muy hecho, siento que, si no, la vaca todavía está mugiendo, y me la imagino siendo feliz en sus verdes prados. Me da demasiado asco ver sangre caer del filete. La gente suele comer la carne mucho menos hecha que la mía, lo sé, y también sé que es así como debería comerla, que es como debe ser y como se saborea. Sin duda, no soy una gran aficionada a la carne; es así mi manera de disfrutarla.

Apago la música para buscar algo en la televisión que me pueda entretener mientras disfruto de mi ratito de comida a solas, sin ruidos de mi padre suspirando por no encontrar la suficiente inspiración.

Coloco los cubiertos y el plato en la encimera de la cocina y cojo una botella de agua para sentarme a comer por fin.

La cocina de mi casa está diseñada al detalle, algo que por supuesto fue idea de madre. Aquí es todo de madera, de color *beige* con algún toque en negro. Hace forma de L, va de pared a pared. En el centro de la cocina está la encimera, con cuatro taburetes negros, que es donde suelo comer cuando estoy sola, y donde solía sentarme cuando era pequeña mientras mi madre cocinaba. Del techo cae una lámpara con las bombillas en forma de gota, demasiado elegante para una cocina. Es bonita, o es que ya me he acostumbrado. Y mejor no hablamos de las plantas… Toda mi casa está llena de plantas, de tamaños y formas diferentes. Mi padre es un apasionado de las plantas, es algo que le inculcó su padre cuando era pequeño, y no es que no me gusten, porque de verdad que adoro la naturaleza, los árboles, las flores y todo lo relacionado con ese mundo, pero… ¿era necesario tener más de cinco plantas en la cocina? No, definitivamente no lo era.

Termino de comer y friego los platos para dejar la cocina recogida antes de que venga mi padre, para que él no tenga que hacer nada y pueda descansar. Es lo justo: él lleva todo el día trabajando, y yo, en cambio, otro día más en el que no hago absolutamente nada.

Tengo mensajes sin leer desde hace dos días. Veo que son de mi mejor amiga. No voy a responder, porque está insistiendo todo el rato en que salga con ella a cenar y no me apetece.

¿Soy mala amiga? Quizás. Ella es demasiado buena para entender por qué no respondo y por qué no me apetece salir. Soy muy afortunada de tenerla, de verdad que lo soy.

Es mi mejor amiga desde hace unos diez años, o incluso más, ya ni me acuerdo, porque de todo lo que recuerdo de mi vida, ella siempre ha estado ahí, así que digamos que lleva conmigo todo el

tiempo que puedo recordar con claridad. Estuvo saliendo con mi hermano, y se volvió parte de la familia. Es con la única persona que tengo contacto, por supuesto sin contar a mi padre. Ella me entiende, me comprende y, sobre todo, me ha apoyado en los momentos más difíciles. También, porque alguno de esos momentos los ha tenido que vivir conmigo.

Seguramente mañana responderé sus mensajes. Quiero hablar con ella y pedirle el favor de que me acompañe a devolverle al idiota de mi ex sus cosas, y poder dejar de lado ese pasado que vive en mi armario y a ese capullo de una vez por todas, para terminar de pasar la página de este horrible libro, y para poder avanzar en este aspecto de mi vida.

Lucía es y ha sido siempre un pilar fundamental en mi vida, desde que empezamos el instituto y yo no tenía muchos amigos, porque, claro, era nueva, y todos sabemos que, cuando eres nuevo en un sitio, no te suelen recibir muy bien nunca. Cambié de colegios e institutos más de tres o cuatro veces. Ninguno me gustaba, en ninguno me sentía a gusto, no encajaba con la gente de allí, o directamente todos los compañeros se metían conmigo. Supongo que nunca estuve destinada a ser muy popular, hasta que, por fin, encontré uno que me gustó, y eso fue gracias a ella, que desde que entré por la puerta se acercó a mí y nunca más me dejó sola, hasta el día de hoy. Es la única amiga que he tenido, la única persona con la que he podido ser yo misma siempre, y eso es lo que más valoro de ella. Nunca me ha juzgado. Si no contesto a los mensajes que me ha estado mandando durante días, sé que tiene la capacidad de entenderme, y que jamás me lo reprochará.

Lucía y mi hermano empezaron juntos una noche a escondidas. Les encontré unos meses después en su habitación. Sospechaba que entre ellos había algo, y sabía que no me lo iban a contar por miedo

o vergüenza. Fue una de las cosas que más felices me han hecho en mi vida: ver cómo las dos personas que más quería en este mundo también se querían entre ellas. Su relación acabó porque se dieron cuenta de que como amigos funcionaban mejor, y así fue. Se convirtieron en grandes amigos; siempre hacían planes, y obviamente yo siempre me apuntaba a ellos. Digamos que éramos el mejor trío de amigos que podía existir, cada uno a su manera, cada uno diferente al otro, pero compartíamos algo muy especial, eso seguro; aún no sé qué era, porque no nos gustaban las mismas cosas, y casi nunca coincidíamos. Eso era lo que nos mantenía unidos, estoy segura.

Qué tiempos aquellos.

Los recuerdo como si hubiera sido ayer mismo. Ya no volverán, nunca. Esa Irina, aquella que fui en un pasado, ya no está, y no estará nunca más. Esa Irina murió, y ahora simplemente existe esta, la nueva versión, la versión empeorada, la que no sabe qué hacer con su vida.

Capítulo 6



Anoche, mi padre llegó tarde de trabajar. Me estuvo contando que la obra que está preparando es *Romeo y Julieta,* y que es un gran trabajo, complicado y con mucho esfuerzo, porque quiere hacerla a la perfección, ya que era la historia favorita de mi madre.

Me gusta pensar que cada movimiento que hace mi padre en su trabajo, o en su vida, lo hace pensando en su familia y en la gente que quiere. Aunque su vocación por el teatro y el cine sea grande, su amor por nosotros lo es aún más.

Mi padre es un hombre de 50 años. Yo nací cuando él tenía tan solo 27 y estaba en el mejor momento de su carrera. Mi nacimiento le hizo replantearse muchas cosas, y una de ellas fue si debía dejar de ser actor para convertirse en profesor de teatro y no tener que viajar tanto para poder estar más tiempo con mi hermano y conmigo.

Siempre he dicho que mi padre desprende una ternura increíble, no sé si será por su pelo ya casi blanquecino por las canas, por su pequeña estatura y su gran barriga, con la que yo jugaba de

pequeña, o por esas gafas que le hacen parecer tan inteligente y realzan sus grandes ojos azules, tan parecidos al cielo. Es un ángel, no tengo dudas de que, si los ángeles existieran, serían una réplica exacta de mi padre.

Entiendo que mi padre tenga el cariño y el respeto de todo aquel que le conoce. Es un hombre amable, la persona menos egoísta del mundo; siempre tiene tiempo para aquellos que le necesitan, aunque no tenga tiempo para él mismo. Admiro su fuerza, y también su valentía para saber enfrentarse a todo en la vida. Eso me diferencia de él. Creo que en lo único que me parezco a él es en el aprendizaje doloroso que la vida nos ha hecho pasar. Aparte de eso, somos dos polos opuestos, por eso encajamos tan bien.

No compartimos los mismos gustos tampoco: yo odio el teatro, y él es un gran apasionado. A pesar de las diferencias que hay entre ambos, siempre me ha gustado escucharle hablar de ello, de cómo se trabajó su futuro desde niño y de lo que le costó ser quien es hoy en día. A los 6 años empecé a pasar más tiempo con él, me llevaba al campo y a la montaña, y ahí me contaba sus historias. Con mi madre siempre fui muy cercana, pero con el paso de los años me iba haciendo más amiga de mi padre. Mi hermano, en cambio, siempre fue el ojo derecho de mi madre; ambos compartían la pasión por la medicina y hablaban durante horas tumbados en el suelo del salón de casa, leían libros de medicina y se imaginaban escenarios de los dos trabajando juntos el día de mañana.

Fran, mi hermano, estudiaba medicina. Era un apasionado, y capaz de no salir de su habitación durante días, con tal de sumergirse solo en los cientos de libros que mi madre le prestaba, los que a ella le habían ayudado en su carrera en el pasado.

Éramos una familia feliz, es cierto, envidiable quizás, porque siempre estábamos juntos: adonde iba uno, los otros le seguían.

Todos nos apoyábamos y nos queríamos. Nos encantaba pasar horas y horas jugando a juegos de mesa o hablando de cómo sería el futuro de mi hermano y el mío.

Cuando empecé a querer abrir mi negocio, mi madre fue la que habló con mi padre para que llegase a entender que yo no compartía su pasión ni quería dedicarme como él al cine o al teatro. Valoré muchísimo que ambos me apoyasen, y también que mi padre no se tomase tan mal como yo esperaba mi decisión de no seguir sus pasos.

Fran y yo siempre fuimos uña y carne. Era mi hermano mayor, y también mi mejor amigo, mi consejero, y la única persona en el mundo que sabía que jamás me haría daño. No recuerdo ni una sola vez en toda mi vida que hayamos discutido o nos hayamos peleado. Siempre nos dábamos cariño y respeto, y esa era nuestra base principal en nuestra relación: nos queríamos tanto que nos era imposible decirnos tan solo una cosa mala. Desearía que todo el mundo hubiera tenido un hermano como Fran, un ser tan lleno de luz y magia que era capaz de alegrarle el día a una persona tan solo con sonreír. Eso hacía conmigo siempre. Cuando sabía que no había tenido un buen día, simplemente se tumbaba conmigo en la cama y me sonreía. Era su forma de decirme que no estaba sola, que le tenía a él, que me quería, y eso ya era tenerlo todo. Le tenía a él, y sobraba todo lo demás.

Capítulo 7



Hoy, como cualquier otro día desde hace un tiempo, me levanto de la cama sin ganas de nada. Desde mi balcón y con el café en la mano, veo a la misma gente de todos los días. Ya es rutina, todos los días son iguales, aquí nada cambia. Todos pasean, o a paso ligero o caminan lento, disfrutando. Yo les observo desde aquí arriba. Siempre es lo mismo.

Mi vida, si es que se puede llamar así, no es lo que se diga muy divertida. Me siento como si me limitase a existir, a ver cómo el tiempo y la vida pasan por delante de mí y no hago nada por avanzar con ellos.

Supongo que ya es costumbre, ya hace tiempo que dejó de importarme. Ya no me importa nada, si estoy bien o mal, si el día pasa más rápido o más lento, o si mi vida está limitada a esto, a existir mientras el resto del mundo hace lo posible por vivir una buena vida.

Lo único que llega a mantenerme animada es perseguir mi sueño por abrir mi negocio, ver a mi padre feliz y saber que Lucía sigue

siendo mi amiga. Quitando eso, que sinceramente no es demasiado, lo demás no consigue animarme nunca.

Me doy una ducha como cada mañana y procedo a mi rutina, a hacerme una coleta en el pelo y a vestirme con la ropa más cómoda posible de mi armario. Unos vaqueros azul oscuro y una camiseta de tirantes negra a juego con mis zapatillas. Me pongo una chaqueta, porque todavía sigue haciendo un poco de frío por las mañanas.

Antes me arreglaba bastante más, me preocupaba mi imagen y quería estar siempre guapa, eso me hacía sentirme bien conmigo misma. Luego entendí que la única forma de sentirse bien con uno mismo es la belleza mental, la fuerza que emana de la mente y del interior: esa es la verdadera belleza de una persona. Si la mente no está bien, lo demás no puede estar bien, es así, no hay discusión. La gente que piensa que lo más importante es lo físico no conoce realmente el verdadero significado de la salud mental y de la estabilidad que te da el sentirte dueño de tu propia mente.

Salgo de mi habitación y veo a mi padre sentado en la cocina, leyendo. Me acerco por detrás y le doy un beso en el omoplato.

—Buenos días, tesoro —me dice, agarrando mi mano.

—Buenos días. ¿Qué estás leyendo? —le pregunto sentándome a su lado.

—Nada importante, ya sabes, el guion de la obra para poder preparar bien a los chicos y que no haya errores.

—Interesante —digo fingiendo.

—Mentirosa —dice, pellizcando mi brazo de forma cariñosa.

Ambos nos reímos. Mi padre pasa su brazo por mi espalda y me pega junto a él.

—Cómo me gusta verte reír, cielo. Estás tan guapa cuando lo haces.

—Basta, no digas tonterías. —Me siento avergonzada.

—Cuando veas la gran belleza que tienes, te querrás más.

—Cuando la belleza me importe, lo veré entonces, papá —le digo poniendo los ojos en blanco.

—Por eso te quiero, porque eres única.

Dejo a mi padre en la cocina y camino hacia el salón para tumbarme en el sofá.

El salón es la estancia más grande de la casa. Se divide en comedor y salón. Los colores los escogió mi madre, como casi todo. Es bastante minimalista, pocos muebles. Una mesa marrón oscura con sillas tapizadas en verde. Una *chaise longue* verde, con cojines en diferentes tonos de marrón, una mesita auxiliar del mismo tono con un cristal que deja ver unas cajas que hay dentro que mi padre compró en alguno de sus viajes. Plantas en todos lados, y una gran televisión colgada en la pared, encima de un mueble donde guardamos la vajilla especial de invitados y copas de fiesta con sus respectivas botellas de alcohol.

Me estiro en cuanto me tumbo en el sofá y cojo el mando de la televisión para ver qué están emitiendo que pueda interesarme. Después de un rato largo buscando, acabo escogiendo lo mismo de siempre: la película de *Grease,* mi favorita.

Habré visto esta película más de cien veces, nunca me canso de ella. Me sé todos los diálogos y las canciones. John Travolta es mi único amor platónico desde la primera vez que lo vi, cuando tan solo tenía 4 años y mi padre estaba viendo la película. Ahí conocí *Grease,* en la escena que arreglan el coche, ahí supe que sería mi película favorita.

Mi padre tenía que ponérmela todos los días antes de dormir; si no, no era capaz de conciliar el sueño. Era lo único que me calmaba también cuando lloraba. Todos acabaron hartándose de la película,

pero seguían viéndola por mí: demostraba lo mucho que me querían y lo feliz que les hacía verme feliz.

Capítulo 8



Cojo el teléfono y decido llamar a Lucía después de estos días sin saber nada de ella.

—Joder, tía, ya vale. Al menos respóndeme y dime que no quieres hablar conmigo. Te echo de menos, ¿sabes? Estoy en una crisis existencial, porque pienso que mi mejor amiga me ha olvidado —dice en cuanto me coge la llamada. Siempre es así de dramática, le encanta serlo, y a mí me gusta que lo sea.

—Hola, Lu —digo.

«Lu» es mi forma cariñosa de llamarla desde que la conocí. Al principio no le gustaba, decía que le quitaba personalidad a su nombre. Después se empezó a acostumbrar, y a día de hoy odia que la llamen por su nombre verdadero. Supongo que al final nos acabamos acostumbrando a ciertas cosas, y es justo lo que pasó con ella.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Como siempre, ya sabes, no hay nada nuevo. ¿Tú estás bien?

—Pues con ganas de ver a mi mejor amiga. Trabajando como una loca en la peluquería, ya sabes…, tampoco hay nada interesante. Salvo que mi mejor amiga me ignora desde hace días, nada nuevo —me dice, y oigo una pequeña risa después de decir la última frase, lo que también me hace reír.

—¿Me harías un favor? —le pregunto, temiendo su respuesta.

He tardado en decidir esto, pero creo que ya es hora. Necesito avanzar en la vida e intentar al menos estar mejor conmigo misma. Lu es la única persona en la que confío para pedirle esto.

—Siempre, ya lo sabes. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

Me la imagino sentada en su cama, esperando impaciente a que se lo diga, mientras juega con su pelo como cuando algo la inquieta.

—Necesito que vengas hoy conmigo. Voy a quedar con Álvaro para devolverle sus cosas —digo finalmente, después de meses pensando la decisión.

—¡No, me niego! Me niego a que tengas que ver a ese capullo. Mándaselo por correo, y que le zurzan.

—Necesito hacerlo, Lu. Necesito verle por última vez y saber que esto es el final, que ya no hay más, que está muerto para mí —digo, intentando convencerla.

—Vale, está bien, iré contigo. No pienso dejarte sola con ese tío ni un minuto, así que iré contigo, Irina, pero prométeme que no va a afectarte, por favor —me suplica.

—Te lo prometo. Gracias. Eres la mejor.

—Sigue haciéndome la pelota todo lo que quieras, pero te estoy hablando en serio. No quiero verte llorar de nuevo día y noche por ese cerdo. No quiero volver a perderte.

Dice eso porque los últimos años que estuve con Álvaro casi no hablaba con Lu, no nos veíamos a menudo y me distancié de todo el mundo, incluyendo a las dos únicas personas que tengo hoy en día:

mi padre y ella. Sé que su miedo es real, porque lo pasó muy mal viendo que no podía hacer nada por mí y por salvar lo poco que quedaba de mí. Álvaro casi me prohibió tener contacto con personas que no fueran él, casi no me dejaba salir de casa, siempre quería saber él dónde estaba yo, siempre tenía que pedirle permiso para cualquier cosa que quisiera hacer. Me sentía en una jaula, era como si a la mayor águila de esta tierra le hubieran arrancado de cuajo sus alas y ya no pudiese volar nunca más, así era yo. Un alma libre encerrada en una jaula, hasta que dejé de serlo. Empecé a dejar de sentirme libre, me sentía prisionera de una relación. El único problema es que yo amaba a esa persona que me tenía presa, era como tener el síndrome de Estocolmo: estaba enamorada de mi secuestrador, y era capaz de todo por él. Bendigo cada segundo de mi vida el día que decidí alejarme de él y romper con lo nuestro, romper con nuestro círculo, ese que tan atada me tenía, que me iba destruyendo cada día un poquito más.

—No me perderás, ¿vale? Ya no tendrás que echarme de menos. Te prometo que nunca más te dejaré —le digo para intentar calmarla.

—Habla con ese capullo y me avisas de la hora y el sitio donde vayamos a quedar. Allí estaré como un clavo.

—Te quiero, Lu.

—Yo a ti también —dice ella para finalizar la llamada.

Cuelgo el teléfono y lo dejo en mi tripa mientras pienso qué decirle a Álvaro. No sé cómo empezar la conversación ni qué debería hacer en realidad.

Decido ponerle un mensaje firme y seco.

Hoy, a las seis de la tarde, en la plaza de los Carros, ni un minuto antes, ni uno después, te devolveré tus cosas.

Y en el momento que le doy a enviar el mensaje, dejo el teléfono en la mesa para levantarme e ir a por un vaso de agua a la cocina.

Capítulo 9



Mi padre sigue sentado en el mismo sitio donde estaba antes, leyendo lo mismo y con la misma expresión de admiración por su propio trabajo.

Sonrío al verle, y pienso en el daño que le hice cuando pasó lo de Álvaro, en cómo fui capaz de dejarle solo cuando él también estaba pasando un mal momento porque no sabía si tendría que cerrar la escuela, ya que el teatro no tenía tanto éxito como antes. Fue entonces cuando un grupo de jóvenes llamó a su teléfono y le pidieron entrar en la escuela y que fuera su profesor. Esos chicos salvaron a mi padre e hicieron que la escuela tuviera más éxito todavía. Poco a poco ha ido entrando y saliendo más gente. Ahora tiene un grupo bastante bueno, como dice él; tienen potencial y, sobre todo, pasión por lo que hacen, que es lo más importante.

Mi padre habla de sus alumnos como si fueran sus propios hijos. Cada vez que me cuenta cosas de ellos lo hace de una forma tan especial que alguna vez ha hecho que me sintiera cercana, como si les conociera de toda la vida, y eso que no les he visto en persona

nunca, no sé ni cómo es cada uno y hasta se me han olvidado sus nombres.

—Irina, tengo que pedirte un favor.

Cuando mi padre me llama por mi nombre no es nada bueno. Casi nunca se dirige a mí de esa forma, siempre usa motes cariñosos y palabras de amor. Oír mi nombre de su boca hace que me provoque escalofríos, no estoy acostumbrada y no me gusta.

—¿Qué pasa, papá?

—Tienes que hacerme el favor de ir hoy a la escuela por mí. Tengo un trabajo que hacer fuera de la ciudad, en Toledo, y no puedo ir.

—¡Papá!

—Antes de que vayas a decir cualquier cosa, déjame hablar. No tienes que hacer nada, solo abrir la puerta, quedarte allí dos horas y cerrar cuando terminen. Esta obra es importante, lo era para mamá y lo es para esos chicos; están motivados y es importante. Por favor, cielo —dice mi padre, apenado al recordar a mi madre con sus palabras.

—Tenía cosas que hacer hoy, papá. Joder, vale, vale, iré. Da igual.

Ver la cara de mi padre es lo que me acaba convenciendo. Sé que si me pide esto es por un motivo importante, y también sé que habrá intentado mil formas de que alguien vaya a la escuela por él antes de pedírmelo a mí, sabiendo cómo lo odio.

—Gracias, tesoro, eres la mejor.

—Iré a cambiarme y a prepararme. Más te vale que sea la última vez —le digo, vacilando. Aunque en el fondo lo digo en serio: no quiero ir allí ni un día más.

Cualquier cosa que este hombre me pida lo haría sin pensarlo, pero me cuesta ir hoy. Lo primero, porque no me gusta ese mundo, y lo segundo, porque por fin me había convencido de dar el paso de devolver a Álvaro sus cosas.

Escribo un mensaje a Álvaro y, luego, otro a Lucía, para avisar a ambos de que hoy no va a poder ser.

Abro mi armario para cambiarme la parte de arriba de la ropa. Encuentro un chaleco vaquero corto que es del mismo color que el pantalón y me lo pongo por encima de la camiseta negra. Cambio mis deportivas por unas botas *cowboy* negras, y también cojo un bolso grande largo. Me suelto la coleta y recojo mi pelo en una trenza despeinada lateral. Me pinto un poco las pestañas y aplico un poco de colorete anaranjado en mis mejillas, y, para darle el toque final, un brillo labial.

No quiero dar una mala imagen a los chicos de mi padre. Si he decidido maquillarme, es solo por ellos, para que no piensen que mi padre vive con una vagabunda o algo así.

Me miro al espejo un par de veces y vuelvo a salir de la habitación para prepararme algo de comida. Dejo el bolso en el recibidor, colgado en el perchero.

Cojo un paquete de macarrones y unos taquitos de beicon de la nevera, para preparar una deliciosa pasta a la carbonara.

—¿Vas a comer? —pregunto a mi padre.

—No, cielo, tengo que irme ya. Te veré por la noche.

—Papá, si se te hace tarde, no conduzcas muy de noche; quédate en un hostal y vienes mañana, ¿vale? Ten mucho cuidado, por favor.

—Sí, cielo, lo tendré. Cualquier cosa, me avisas. Te llamaré cuando pueda. Te quiero. Y gracias por esto, Irina, de verdad.

—De nada, papá, yo también te quiero —digo, dejando que mi padre me dé un último beso en la cabeza antes de irse.

Sale de la cocina y me quedo sola. Oigo el ruido de la puerta, por lo que entiendo que ya se ha ido y que debo cumplir con mi obligación. Quiero que se sienta orgulloso de mí, quiero hacerlo de verdad. Él se lo merece.

Capítulo 10



Un edificio enorme de dos plantas, con la fachada blanca y las ventanas marrones en tono claro, se encuentra delante de mis narices. La escuela de mi padre llevó meses construirla; él la compró prácticamente en ruinas y trabajó él solo con ayuda de mi madre y algunos vecinos voluntarios. Es preciosa, lo es de verdad, y veo en cada esquina el trabajo duro de mi padre, lo que me hace tener más ganas de las que tenía hace solo un minuto.

Es un edificio precioso, con el letrero de madera en el centro, arriba de la puerta, donde pone el nombre de la escuela: «Grandes Talentos, Caminos Difíciles».

No sé en qué momento se le ocurrió un nombre tan largo, pero la verdad es que es original. Mi padre es un gran cazador de talentos, y todo el mundo sabe que ser actor no es fácil, así que siempre pensé que el nombre era perfecto para esta escuela.

Cojo las llaves de mi bolso después de rebuscar entre todo lo que llevo, y, una vez en mis manos, me decido a abrir la escuela y entrar.

Según entro, lo primero que veo es la recepción, con la puerta del despacho de mi padre. Los colores que predominan son el verde y el amarillo, en diferentes tonalidades. Continúo por el pasillo y solo hay puertas a cada lado: los baños, las aulas de proyecciones, el aula de lectura de guiones, y al fondo del pasillo una puerta que indica que detrás está el escenario, donde suelen ensayar cuando ya tienen los guiones preparados, y donde alguna vez también han realizado obras de mi padre.

Cuando abro la puerta del escenario, me quedo igual de fascinada que las anteriores veces. Estoy acostumbrada a ver esta sala, pero no deja de impresionarme lo grande y bonita que es. Creo que cuanto más la veo, más me conmueve saber que mi padre hizo esto él solo.

Hay muchas filas de asientos, de butacas rojas con un gran pasillo en el centro que va al escenario. A cada lado de este, unas escaleras para subir. Es de color negro y rojo; las grandes cortinas caen en los laterales. Un gran proyector baja del techo, justo en el centro de la sala. En las paredes hay luces especiales que pueden ser ajustadas según la intensidad que se quiera poner en la sala. El suelo es tarima de color negro, precioso. Las paredes son de color blanco.

Subo las escaleras del escenario y decido sentarme apoyada en la pared, con las rodillas apoyadas en mi pecho. Miro hacia la puerta esperando a que los alumnos decidan venir. Yo, a petición de mi padre, he venido unos minutos antes, ya que me ha dicho que suelen ser muy puntuales. No quería causar una mala impresión llegando tarde: ya es bastante que sus alumnos esperan verle a él, y no a su hija, la cual no tiene ni idea de teatro.

—Bien, puedes hacerlo —me digo.

—¡Hola!

Una voz masculina se oye desde el fondo de la sala y me levanto en el acto. Consigo ver a un chico de unos 25 años. Con una gran altura, de color oscuro de piel, tiene el pelo negro rizado, recogido en trenzas y con un estilo de vestir bastante más moderno de lo que hubiese imaginado; pantalones anchos rojos, camiseta blanca de tirantes y las zapatillas a juego.

—Hola, ¿dónde está el señor Castro? —me pregunta cuando se acerca a menos de un metro de distancia.

—Hola, soy Irina, su hija. Hoy no va a poder venir y me ha pedido que venga en su lugar —digo bastante nerviosa.

—Vaya, será fantástico, siempre es guay ver caras nuevas por aquí. Por cierto, soy Alexis —dice mientras extiende su mano para estrecharla con la mía.

—Hola, Alexis, encantada. Soy Irina, pero eso ya lo había dicho —digo, cerrando los ojos y mordiéndome el labio de vergüenza.

—Tranquila, aquí todos somos muy simpáticos, ya verás. Te caeremos bien, prometo no dejar que los chicos se pasen contigo. Yo te cubro las espaldas —dice con una gran sonrisa.

—¿Cómo has entrado aquí, si he dejado la puerta cerrada? —le pregunto, alzando la cabeza para mirarle, ya que es bastante alto.

—Tu padre nos enseñó un truco y nos deja entrar, solo hay que presionar la cerradura y… —intenta decir, pero le interrumpo.

—¿Perdona? —pregunto confusa.

Alexis se ríe a carcajada limpia y niega con la cabeza.

—Es broma, tranquila. Te has dejado la puerta abierta.

—¡Oh, mierda! Mi padre va a matarme si se entera. Por favor…, ¿podrás guardarme el secreto?

—No pasa nada. Todo el mundo conoce a tu padre, no se atreverían a hacerle nada malo a este sitio, es como un templo para

este barrio. Y, además, ya te he dicho que te cubro las espaldas, tranquila.

Me sorprende escuchar a alguien que no conozco de nada hablar así de mi padre. Eso significa que todo el mundo ve, al igual que yo, lo buena persona que es, y todo lo que hace por los vecinos y la gente que nos rodea en el barrio. Es halagador escuchar este tipo de cosas del hombre que me dio la vida.

Veo desde el escenario como todos los demás alumnos empiezan a entrar en grupo y riéndose. Por lo que puedo ver, son cuatro chicos y una chica.

—¡Eh, capullo! ¿Dónde está el señor Castro? —dice uno de ellos.

Pelirrojo y de unos ojos verdes tan claros que consigo ver desde aquí, con una altura media y bastante corpulento, de vestimenta bastante más *hippie* que Alexis y con una sonrisa de oreja a oreja, se acerca a nosotros el primero del grupo, a la espera de una respuesta.

—Esta es Irina, David, la hija de nuestro profesor. Él hoy no puede venir, y viene ella para suplir su ausencia —dice, presentándome al chico.

—Genial… —murmura uno de ellos.

Diría que el más alto del grupo, por lo poco que veo, tiene tatuado absolutamente todo el cuerpo, menos la cara. Es moreno, con el pelo degradado, rapado por los laterales, y lleva unas gafas de sol que comienza a quitarse según anda. Se ve que el color de sus ojos es un verde azulado. Sus facciones son marcadas, y su ropa es negra básica, pero bonita, y se adapta perfectamente a su cuerpo.

—Castiel, tú tan simpático como siempre —dice un chico que aparece por detrás, con un tono bastante burlón que provoca una sonrisa en el resto de los chicos, incluyéndome a mí.

Este último es demasiado bajo en comparación con los otros, tiene el pelo rizado y rubio; con bastante más peso del que debería para su altura y unos profundos ojos negros. Aunque, para ser sincera, lo que más me llama la atención es la falta de su mano izquierda.

—Vaya… —digo, aunque me arrepiento al segundo y rezo porque nadie me haya escuchado.

—Te prometo que somos simpáticos —me dice el chico que acaba de hablar—. Soy Dalton. Encantado.

Saludo a Dalton y veo que solo me faltan dos personas por conocer: una chica, que es la siguiente en caminar hacia mí, y el último chico, que está apoyado al final de la sala mientras observa la situación. Le observo fijamente, esperando que venga hacia nosotros; de momento no lo hace.

Capítulo 11



—¡Buenas tardes, queridos! —dice la chica.

—Hola, Míriam —dicen los demás.

—¿Qué tal? —dice acercándose para estrechar su mano con la mía —. Soy Míriam. No dejes que esta panda de salvajes te haga ninguna tontería. A veces son demasiado insufribles, aunque son más simpáticos de lo que parecen. Irina, ¿verdad? Tu padre nos ha hablado mucho de ti.

Yo solo sonrío y asiento con la cabeza. Me ha pillado totalmente desprevenida su presentación. No estoy acostumbrada a hablar con tanta gente, y estoy empezando a agobiarme un poco con la situación.

«Papá, me debes una», pienso para mis adentros.

Es guapa. Es el prototipo de cualquier hombre. Rubia, de ojos azules, delgada y alta. Con los labios carnosos y unos grandes ojos que parece que van a atravesarte cada vez que te miran. Su ropa es demasiado rosa para mi gusto, y demasiado extravagante también, diría yo, al menos demasiado para el lugar donde estamos. Juro de

verdad que no tengo nada en contra del rosa, de hecho, hasta hace unos años era mi color favorito, pero no me gusta ese color para vestir, además, no suele quedar bien. Obviamente, a esta chica es difícil que no le quedase bien algo.

—¡Eh, Enzo! ¿Piensas venir? —dice Míriam al chico que sigue apoyado en la pared.

No consigo verle bien, se camufla perfectamente con la poca luz que tenemos, y tampoco voy a hacer un esfuerzo mayor por intentar verle.

Si quiere venir, bien; si no, bien también. Al fin y al cabo, esta es su clase, no la mía. A mí solo me preocupa que la obra de mi padre salga bien; el resto, me da lo mismo.

—Chicos, antes de nada, no sé de teatro y no entiendo nada de todo esto, así que hacer lo que queráis: leer los guiones o practicar, no sé, lo siento, este no es mi rollo —les digo sentada en el suelo.

—Maravilloso. Castro nos deja con su hija, que resulta que no tiene ni puta idea de esto. Qué bien invierto mi dinero últimamente, de verdad —dice Castiel.

—¿Por qué no te callas la puta boca y respetas a que alguien está perdiendo tiempo de su vida para que tú puedas venir aquí? Gilipollas.

Giro la cabeza en dirección a la voz y veo que se trata del chico que aún sigue apoyado en la pared, el tal Enzo.

—¡Cállate ya, idiota! Deja de defender a todo el mundo, resultas de lo más agotador —dice Castiel.

Enzo le saca el dedo y le hace una peineta. Todos los demás se ríen, por lo que entiendo que no están discutiendo, sino que esa es su forma de tratarse.

No les conozco para juzgarlos ni analizarlos, y tampoco quiero. Probablemente nunca más en mi vida vuelva a ver a estos chicos, y

no me apetece perder el tiempo en hablar con ellos o preguntarles cosas cuando no me interesan y no me va a servir de nada porque no pienso volver a esta escuela.

—Bueno, Irina, cuéntanos algo sobre ti —dice David.

—No hay mucho que contar, lo que veis es lo que soy, no hay más, no hay una historia detrás de mí, o al menos que sea interesante —digo, agachando la cabeza al suelo. Porque en el fondo la hay, por mucho que intente huir de ella, va a acompañarme hasta el final de mis días. Pero a ellos esto no les importa.

—Todo el mundo tenemos una historia —dice el tal Enzo.

Me doy la vuelta y le veo justo sentado detrás de mí.

Le observo y le analizo lentamente. Es un chico de unos 28 años. Es moreno de pelo, quizás más largo de lo normal, por debajo de la oreja, despeinado y capeado. Los ojos son de un color marrón oscuro precioso, casi negros. Es difícil hoy en día ver unos ojos tan oscuros. Es alto. Su cuerpo es bastante normal, delgado, pero con los músculos marcados. Tiene una nariz pronunciada, al igual que pómulos y labios; las cejas perfectas para ser un hombre. Su vestimenta es bastante rara: una camisa azul marino de rayas, un vaquero ancho, de cintura alta, y unas Nike Air Force blancas.

—Vaya, por fin te animas a juntarte al grupo —digo.

Se sienta a mi lado, dejando un metro o dos de separación entre nosotros, y me mira mientras se acomoda el pelo.

—Me gusta ir a mi aire. No te sientas culpable, no es por ti, es mi forma de ser. Soy Enzo —dice, sonriendo después de presentarse.

—Irina —digo, presentándome yo también.

El resto lee sus guiones, ignorando por completo el encuentro de este chico y yo, lo cual me parece de lo más normal, porque ellos están aquí para leer sus guiones y ensayar. La que sobra soy yo.

—Oye, Romeo —dice Alexis refiriéndose a Enzo—. ¿Cómo llevas el guion?

—Bien, es algo sencillo.

—¿Haces de Romeo? —le pregunto.

—Así es —me dice.

—Y yo soy Julieta —dice Míriam mirando a Enzo de una forma un tanto extraña.

Diría que le gusta, porque su manera de hablarle y de mirarle son demasiado insinuantes.

—Pensé que Julieta sería Castiel —digo vacilando.

Todos se ríen, menos el mismísimo Castiel, que me mira desafiante y entornando los ojos.

—El humor no es tu fuerte, ¿verdad? —me dice.

—La simpatía no es el tuyo, ¿verdad? —le digo un tanto cortante, pero con ese humor que él tiene, porque sé que lo dice de broma, al igual que yo.

Pasa el tiempo. Todos están ensayando la obra, cada uno su papel. Entretanto, observo mi teléfono en busca de locales. En ningún momento dirijo la mirada a los actores que tengo delante.

Mando un mensaje a Lucía.

Sácame de aquí, por favor. Esto es insufrible.

Me responde al momento.

Suerte, amiga. Te apoyo desde mi preciada cama.

—Chicos, no tenéis que pagarme nada. Sois alumnos de mi padre, no míos, por lo que podéis iros ya —digo.

—Adiós, preciosa, espero verte más por aquí —me dice Alexis. Me dan las gracias y cogen sus cosas para irse. Me quedo para recoger

y apagar las luces.

—Oye —dice Enzo detrás de mí.

—Hola, dime, ¿necesitas algo?

—Esto es tuyo —dice entregándome dinero en la mano.

—¡No! Mi padre es tu profesor, no yo. Hoy habéis perdido la clase, y no soy quién para que me paguéis nada. Te lo agradezco, pero no —digo, devolviéndole el dinero.

—El tiempo no se puede pagar, y tú has estado aquí, en un sitio que no te gusta, por lo que he podido ver, cuando seguro que tenías mejores cosas que hacer, así que insisto en que te quedes el dinero —me dice de nuevo.

—Enzo, te lo agradezco, pero no voy a coger ese dinero, y ahora, buenas noches, puedes irte —le digo quizás un poco más cortante de lo que me hubiese gustado.

Capítulo 12



Después de recoger y apagar las luces, cierro la puerta de la escuela y salgo a la calle.

—¡Mierda! —grito.

No puedo creerme que esté lloviendo, diluviando más bien. Odio la lluvia, no soporto este clima, me trae demasiados recuerdos malos y me pone muy triste. Tampoco ayuda que debo ir a casa andando, y, aunque solo tarde diez minutos, no tengo nada para refugiarme y voy a empaparme, y eso hará que me resfríe.

Una moto se para frente a mí en seco y me salpica con el agua que hay en el suelo.

—¡Capullo! —grito.

Se quita el casco y veo que se trata de Enzo.

—Sube, que te llevo.

—No, gracias. Iré caminando.

—Insisto, sube, vas a ponerte mala. Venga, no seas cabezona y sube, que te llevo, es lo mínimo.

—He dicho que no, gracias —le digo un poco más seria y enfadada.

Le veo bajar de la moto y agarrarla por el manillar, se para en el sitio y se quita el casco.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, entornando los ojos y arrugando la frente.

—Te acompaño a tu casa, ¿no lo ves? Está diluviando, y no puedo permitir que te vayas sola y te pase algo. Tu padre no me lo perdonaría, y yo le debo todo lo que soy, así que te acompaño.

—Todo un galán, ¿eh?… —susurro—. Bien, Enzo, acompáñame, pero te advierto que no soy una persona de grandes conversaciones, así que, si caminamos en silencio, te lo agradeceré con creces —digo y empiezo a andar.

Camino a paso ligero, sin llegar a correr, para que Enzo pueda cargar con la moto. Le miro un par de veces de reojo y veo que le está costando el trayecto, seguramente más de lo que él creía.

—¿Te ayudo? —le pregunto.

—Estoy bien —dice sofocado.

—¡Oh, por favor! Deja de intentar hacerte el héroe. Venga, déjame ayudarte —digo quitando una mano suya del manillar. Ambos empujamos la moto y caminamos lo más rápido posible.

Estamos empapados literalmente, hasta los pelos de las cejas los tenemos mojados. La lluvia cae sobre nosotros sin dejarnos un segundo de descanso. Estamos cansados de llevar la moto a cuestas, y la ropa, al estar mojada, nos pesa más de lo debido.

—Es aquí —digo señalando mi edificio.

—Bien, pues me voy. Espero que pases buena noche.

Veo desde el cristal de la puerta que vuelve a subir a la moto mientras meto las llaves en la cerradura.

—¡Enzo! —le grito fuerte, para que me oiga con el casco.

—Dime.

—¿Quieres subir? Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Puedes darte una ducha, y te dejaré algo de ropa seca.

—Vivo aquí al lado, no te preocupes, no quiero molestar.

—Insisto, por favor, no es ninguna molestia. —Le invito con la cabeza a que venga.

—¿Puedo dejar la moto en este sitio? —Señala un hueco delante del portal.

—Es el hueco reservado de mi padre, pero no le importará que aparques tu moto, tranquilo.

Subimos a mi casa y entramos después de secarnos las zapatillas en el felpudo de la puerta.

No sé qué estoy haciendo al invitar a mi casa a un completo desconocido. No es habitual en mí ser así de servicial ni de amable. Me daba pena que se fuese a su casa con el mal tiempo que hace y los dos buenos gestos que ha tenido conmigo sin conocerme de nada. Además, es uno de los chicos de la escuela de mi padre, y esa parte me tranquiliza. Me ha impresionado ver cómo hay gente que es buena de naturaleza, sin obligación, sin conocerme y sin que yo haya sido amable con él. Supongo que mi padre es importante para él, y que siente que debía hacerlo.

Podría ser un asesino en serie o querer hacerme daño, pero hay algo en Enzo que me transmite confianza, como si le conociese de antes y pudiese estar tranquila con él. Prefiero no pensarlo, no pienso volver a hacer esto nunca.

—Te daré una toalla y algo de ropa de mi padre. El baño está justo ahí. —Señalo el cuarto de baño de invitados.

Cuarto de invitados desde hace solo un tiempo. Antes era el que más se usaba, ahora casi ni entramos ahí. Al tener mi baño propio y mi padre casi no estar en casa, lo he llamado «baño de invitados».

—Gracias —me dice sonriendo. Veo que es bastante más bonita esa sonrisa que la de antes, quizás porque esta no está siendo forzada.

Camino a la habitación de mi padre, abro la puerta y me quedo impactada. Llevaba tiempo sin entrar aquí. Lo primero que veo es el cuadro gigante que tiene de cuando se casó con mi madre. Estaban realmente guapos. La cama colgante está en el centro de la habitación, las paredes son de espejo, y con demasiados muebles en tono blanco para mi gusto.

Busco en una de las cómodas algo de ropa que le pueda valer a Enzo.

Capítulo 13



Mientras que Enzo se ducha, yo hago lo mismo. Necesitaba notar el agua caliente; estaba helada de frío y tenía que entrar en calor.

En cuanto termino de ducharme, dejo mi pelo suelto para que se seque y cojo una camiseta negra larga que suelo usar de pijama. Salgo de mi habitación para ir al salón a ver si Enzo ya ha terminado.

—¡Lo siento! —digo cerrando los ojos como acto reflejo.

Está en el salón, sin camiseta, y solo con unos calzoncillos nuevos de mi padre de color gris, los que le he dejado hace un par de minutos.

—No te preocupes. Estás en tu casa, el fallo ha sido mío por vestirme aquí. Perdona, es que necesitaba un poco más de espacio.

—Claro, no pasa nada.

Mi teléfono empieza a sonar y veo que es mi padre que me está llamando.

—¡No hables! —le digo a Enzo antes de coger la llamada.

Cojo la llamada.

—¡Hola, papá! —digo un poco nerviosa, aunque intento ocultarlo de la mejor manera posible.

—Vaya, qué feliz estás. Te noto contenta. Eso es que ha ido bien en la clase hoy, ¿verdad? —me pregunta, esperando una confirmación por mi parte.

—Claro, son todos muy simpáticos —digo, mirando a Enzo aún más nerviosa.

—Me alegro, cariño. Escucha, no puedo ir a dormir hoy a casa, se me hace tarde y voy a quedarme por aquí.

—Claro, papá, no hay problema. Descansa y ya mañana me llamas cuando vayas a venir. Adiós.

—Te quiero, cielo. Gracias por todo.

Cuelgo y dejo el teléfono en la mesita del salón. Miro a Enzo, que ya está vestido y me sonríe tímidamente.

—Bueno, tengo que irme. Te devolveré la ropa de tu padre, lavada y planchada.

—No te preocupes. Estoy segura de que no querrá compartir calzoncillos contigo. Además, ni se dará cuenta de que le falta ropa, seguro.

—Bueno, gracias entonces.

—Gracias a ti.

Veo cómo se aleja hacia la puerta, y también que sigue lloviendo mucho.

Niego con la cabeza, y me arrepiento antes de decir lo que creo que voy a decir. Me da pena que se vaya con este tiempo, y si le pasara algo, me sentiría culpable.

—¿Quieres quedarte hasta que pare de llover?

Justo con la mano puesta en la puerta, gira la cabeza para mirarme.

—Ya has hecho bastante por mí hoy, y además, por lo poco que conozco de ti, creo que se te está acabando la batería social —dice, sonriendo otra vez.

¿Es que nunca se le acaba la sonrisa? Parece como si la llevase tatuada en la cara, como si formase parte de él.

«Dios, qué insufrible resulta», pienso.

Y no es que él sea insufrible, porque por supuesto no lo es, pero ver tan feliz a alguien sin ningún motivo resulta agotador. O es que yo llevo demasiado tiempo viviendo en una burbuja de tristeza que sigue apagándome cada día un poco más.

—No te preocupes, prefiero la soledad, aunque tu compañía no es del todo desagradable. Podemos hacer algo de cena y ver una película si quieres; solo hasta que deje de llover y puedas irte, ¿vale?

—Vale, ¿qué propones de cena? —me pregunta, acercándose a mí después de dejar sus cosas en el perchero del pasillo.

—¿Te gusta la *pizza*? Tengo unas masas por la nevera para hacer pizza casera, y se me había ocurrido que podíamos hacer eso.

—Me encanta, es una idea espectacular.

Caminamos a la cocina. Enzo extiende el tomate sobre las bases de harina, y yo busco ingredientes: queso, jamón y beicon para terminar de prepararlas.

—¡Cuidado! —me grita Enzo cuando me estoy dando la vuelta.

Me choco con él y la cuchara llena de tomate que sujetaba en su mano acaba restregándose por mi cara, manchándome desde la frente hasta la nariz.

—Lo siento mucho —me dice.

Arrastro mi dedo por el tomate de mi cara y se lo restriego a él en la suya en muestra de venganza.

Su reacción me sorprende, puesto que empieza a reírse con una de las risas más bonitas que he oído en mi vida: es una risa sincera,

grave y contagiosa, lo que hace que empiece a reírme de la situación.

—Vale, creo que deberíamos limpiarnos y seguir cocinando —digo entre risas, mientras mojo un trapo para limpiarme.

—Espera, te ayudo —dice, quitándome el trapo de la mano.

Comienza a limpiarme suavemente la cara. Yo no hago nada, solo le miro a los ojos, dándome cuenta de que es más guapo que lo que había visto en el teatro.

—¿Qué haces? —digo, quitando el trapo de su mano.

No quiero muestras de cariño, tampoco contacto físico de un hombre ni de nadie, por lo que me aparto y me termino de limpiar sola.

—Perdona, solo quería ayudarte.

—Está bien así, gracias.

«Mierda, Irina, eres idiota.»

Enzo se queda mirándome, y yo dejo el trapo de nuevo en su sitio para que él también pueda limpiarse. Meto las pizzas en el horno después de terminar de adornarlas y de haber convertido un momento en el cual me sentía a gusto en uno demasiado incómodo hasta para mí.

Enzo se sienta en una de las sillas de la cocina; yo me siento en la encimera.

—Perdona por mi actitud, es que yo…

—No tienes que pedir perdón ni darme explicaciones de nada. Siento haberme tomado la confianza de hacer eso. Está bien, tranquila —corta mis palabras.

Capítulo 14



Enzo y yo hemos llegado a un punto de entendimiento, un tema de conversación que nos interesa a ambos, aunque nos ha costado bastante, ya que no tenemos mucho en común. A ambos nos interesan el futuro, los planes, la vida, la economía del día de mañana.

Es curioso encontrar hoy a una persona que le preocupe más su futuro que su presente. Nos hemos extendido en nuestros pensamientos. Me ha comentado que su sueño es ser actor, triunfar en ese mundo y poder vivir de ello sin preocupaciones. Yo le he comentado el proyecto de abrir mi propio negocio y cómo me gustaría gestionarlo.

Nos hemos interesado el uno por el otro, haciéndonos preguntas mientras se hacía la pizza, y después también, mientras cenábamos.

Luego recogimos los platos y todo lo que ensuciamos. Para mi desgracia, ver a Enzo fumar hace que tenga que ir a por el paquete a mi escondite. El tabaco no me es necesario, pero ver a otra

persona fumar a mi lado hace que tenga más ganas y no pueda evitar caer en mi anterior vicio.

—Enzo, puedes quedarte a dormir aquí en el sofá. Te traeré una manta, y mañana, antes de que venga mi padre, te vas.

Estoy sentada a su lado mientras disfruto de una noche agradable y de mi cigarro. No sabría definir cómo me siento en estos momentos… ¿Tranquila? ¿Alegre? ¿Quizás feliz? No lo sé, no sabría cuál es la palabra exacta, pero estoy cómoda. Enzo tiene algo en su interior que hace que lo que para mí sería un momento desagradable se haya convertido en un momento de paz.

—Irina, no me conoces de nada y te estás comportando demasiado bien conmigo. No quiero molestar, de verdad —dice, volviéndose para mirarme a los ojos.

—Tú tampoco me conocías y has querido traerme a casa, y además has sido el único que ha valorado mi tiempo, y tampoco has querido que te devolviese el dinero, así que no vamos a hablar de quién se ha portado mejor esta noche. Quédate, por favor, no me gustaría que condujeses con esta lluvia —le digo sincera.

—Vale. Es horrible tener diferente opinión que tú, cualquiera discutiría contigo. Eres una cabezona y una arisca, así que te haré caso. Vale, me quedaré.

Voy a mi habitación para coger una manta del armario, y cuando quiero darme cuenta, Enzo está conmigo también.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, por favor, cógeme la manta —le digo desde una silla en la que estoy subida para poder llegar a la manta.

Coge la manta y después me ayuda a bajar cogiéndome de la mano.

Hace meses que un chico no me toca o no me coge de la mano. Desde que lo dejé con Álvaro no he podido siquiera hablar con un

hombre. Me quedé trastornada con lo que me hizo pasar, y me convertí en una persona distante y fría, una persona que nunca había sido. Yo antes era diferente, me gustaba socializar, incluso hablaba con un hombre sin sentirme mal por ello, aunque fuese un desconocido, en el barrio, o en una discoteca, pero hace meses que no lo hacía, no al menos con un hombre de mi edad. Álvaro me mató en vida, que es de la peor forma que una persona puede sentirse, y nunca me planteé conocer a nadie después de él.

Por supuesto que Enzo no me atrae ni me gusta. Acabo de conocerle, y por muy a gusto que haya estado hablando con él o en su compañía, lo cual ya es raro en mí, solo significa que, después de tantos meses, poco a poco voy sanando algunas partes de mí.

—¿Quieres dormirte ya? —me pregunta.

—No tengo mucho sueño, la verdad, y no suelo dormirme pronto normalmente.

No quiero decirle que tengo insomnio, no quiero contarle más cosas de lo debido, bastante que ya le he contado mis planes de futuro; con eso es suficiente. No le conozco, no puedo confiar en él y no puedo mostrarme débil contando mi vida ni mi historia a nadie. Así es mejor, mantener distancias es sano. Cuando la gente te conoce, le das el poder para que te hagan daño. La información es poder, y si tú mismo eres quien da ese poder, le das a la otra persona la facilidad y la oportunidad de romperte el alma y el corazón.

—¿Vemos una película? —me pregunta mientras vamos de vuelta al salón.

—Vale, genial.

—Elige tú, no soy bueno eligiendo películas.

—Un actor que no sabe elegir películas: parece un chiste —le digo, sentándome en el sofá.

—Soy bueno interpretando, no eligiendo. No me gusta sentirme presionado. Soy una persona que necesita su espacio y sentirse libre en cualquier aspecto, hasta para escoger una película.

—Interesante. Vale, veremos *Grease,* mi película favorita —digo, dando unas pequeñas palmadas de felicidad.

—Es una gran película, me gusta la idea. ¿Tienes palomitas?

—Claro. No hay una buena película sin palomitas.

—No hay una buena película sin palomitas —dice a la vez.

Ambos nos reímos por haber coincidido, y yo sonrío tímida mientras me levanto a preparar las palomitas. Tenemos razón: una buena película debe estar acompañada por unas buenas palomitas de mantequilla con sal; así era la forma en la que Fran y yo veíamos las películas, y así sigue siendo la forma en la que me gusta verlas a mí.

Capítulo 15



Han pasado tres días desde que compartí aquella noche con Enzo. Después de ver la película, Enzo se quedó dormido en el sofá y yo me fui a la cama. A la mañana siguiente, cuando me desperté, ya no estaba. Me había dejado una nota en la almohada.

> Buenos días. Gracias por lo de esta noche. Al final no eres tan arisca como pensaba.

Recuerdo que la leí y lo primero que hice fue sonreír. Luego salí al salón y vi que Enzo había recogido todo y lo había dejado perfecto. Mi padre ya había llegado a casa y estaba desayunando café, como todas las mañanas, en la mesa. Estuvimos hablando mucho de los alumnos y de cómo me había ido. También le pregunté por Enzo. Mi padre, sorprendido por la pregunta, me contó que es su alumno favorito y que ve en él un gran potencial. Se le iluminaban los ojos cada vez que decía que sabía que iba a llegar lejos y que acabaría triunfando en el mundo del cine, lo cual, sin saber por qué, me alegró bastante. Es un buen chico. Mi padre me lo contó, y yo pude

verlo en los pequeños gestos que tuvo conmigo sin conocerme de nada. Claro que luego entendí que Enzo le debe más a mi padre de lo que imaginaba. Mi padre le conoció haciendo un teatro en la calle, y le ofreció un puesto en la escuela, que le costó aceptar, porque era un gran admirador suyo y le daba miedo no estar a la altura.

Me habló de todos y cada uno de sus alumnos, pero el que más me interesaba era Enzo, por lo que habíamos compartido aquella noche, que ahora, sin saber el motivo, no puedo quitarme de la cabeza.

Nunca nadie se había portado tan bien conmigo, nunca. Su amabilidad constante y su forma de intentar que me sintiese cómoda es algo que no había conocido antes. Quizás llevo mucho tiempo encerrada, juzgando a la gente sin conocerla, y quizás es lo que me pasó con Enzo, que no le di la oportunidad de conocerle, y cuando lo hice, resultó ser más agradable de lo que hubiese imaginado o esperado. Quizás sea así con el resto de la gente, quizás sea yo la que es una borde y una estúpida que no quiere socializar con la gente por miedo a que recuerdos horribles vuelvan a mi mente.

«No deberías hablar con esa persona.»

«¿No ves que es agradable contigo porque quiere meterse en tus bragas?»

«Será mejor que bloquees a esa persona.»

«Tú solo deberías hablar conmigo.»

Álvaro se aseguró durante años que no quisiera socializar con nadie y que tuviese miedo de todo el mundo que se acercaba a mí. Me hacía pensar que cada hombre que me sonreía o me hablaba era porque, en realidad, lo que quería era eso, «meterse en mis bragas». Y eso sigue pasándome factura.

Hoy he quedado con Lucía. Vamos a ir a cenar y saldremos un rato, ya que le prometí que la acompañaría a su *pub* favorito de

Madrid. Allí es donde está el DJ que le gusta. Llevan hablando una temporada, pero no son capaces ninguno de dar el siguiente paso. Como soy una gran amiga, o al menos eso intento, voy a hacer lo posible por que hoy ocurra algo entre ellos dos.

Me he alisado el pelo y lo he recogido en una coleta, me he puesto un vestido negro largo y me he calzado unas botas negras *cowboy,* las mías de confianza, las que me regaló mi madre al cumplir los 17.

No suelo salir de fiesta, por lo que tampoco tengo ropa que sea especial para este tipo de ocasiones. Y como tampoco me preocupa mi imagen, pues así voy perfecta.

Lucía ya está abajo. Ha venido a recogerme en su coche, ya que a mí no me apetecía mover el mío, y tampoco es que yo suela conducir normalmente. No me gusta demasiado, por lo que intento evitarlo en la medida de lo posible, aunque cada día voy sanando un poco más también esa parte.

Allí está; la veo tan guapa como siempre. Con su pelo negro rizado, su cara jodidamente preciosa y esos ojos verdes tan bonitos. Siempre me he metido con ella por ser muy pequeña, tanto en altura como en peso, pero tiene un cuerpo increíble. Lucía fue en el instituto una de las chicas con la que siempre querían estar todos los chicos, hasta los mayores. Yo, en cambio, era la amiga, la que nunca eligen y la que siempre vive en la sombra. Digamos que siempre fui la amiga de la reina, y eso me gustaba, me hacía quedarme en la sombra, por lo que me sentía cómoda sin ser el centro de las miradas de todos, hasta que un día Álvaro se fijó en mí, y yo hice lo mismo, y se convirtió en el único chico con el que he estado.

—Dios mío, te echaba de menos —me dice nada más montarme en el coche, dándome un abrazo.

—Y yo a ti.

—¡Madre mía, Irina! Estás preciosa, tía. De verdad, yo te…

—Cállate, por favor, deja de decir guarradas, gracias. Tú sí que estás guapa.

Lu arranca y nos ponemos en marcha dirección Tribunal, donde está el sitio al que vamos.

—Cuéntame, algo te pasa, te veo diferente.

—No me pasa nada, estoy como siempre —digo.

—Te veo diferente, no sé, como brillante o feliz. Es raro, tú nunca estás feliz.

Golpe bajo, pero cierto, por lo que no puedo rebatirle, aunque me encantaría.

—Y no lo estoy, no me pasa nada —digo mirando por la ventanilla del coche.

—Ese tal Enzo que me dijiste, ¿no tendrá algo que ver? —me pregunta sonriendo.

—¡No, Lu! Parece mentira que no me conozcas. No he vuelto a saber nada de él, y puedes estar tranquila, no me gusta. Así que no, no tiene nada que ver ese tal Enzo, como tú dices. —Hago con los dedos el gesto de las comillas.

—Bien, si tú lo dices, te creeré. Porque soy tu mejor amiga, y como tal, exijo la verdad, así que, Irina Castro Lara, como me estés mintiendo, voy a descuartizarte.

—Estás loca, lo estás de verdad.

Aparcamos en un *parking* cerca del pub y bajamos del coche para ir al sitio. Los porteros saludan a Lu porque ya la conocen de todas las veces que ha venido a ver a su DJ. Entramos y bajamos unas escaleras bastante empinadas, por lo que me agarro bien a la barandilla para no caerme, ya que otro de mis defectos es que soy un poco torpe. El sitio está bastante lleno de gente, y eso no me

gusta. No me llevo bien con las multitudes: me hace no estar del todo cómoda. Pero se lo debo a Lu, se lo he prometido.

Caminamos hacia la barra. Lu pide una copa, yo me pido un Red Bull con granadina, ya que el alcohol y yo no somos grandes amigos.

Lu se acerca a la cabina del DJ y se pone a bailar para que él la vea. Yo observo desde lejos la situación y me río.

Un chico se me acerca para cogerme del brazo invitándome a bailar y le aparto de un golpe, le empujo y comienzo a discutir con él. Odio que me toquen, y más los babosos de este tipo de sitios.

—Lárgate de aquí, capullo —le digo.

—¡Tranquila, guapa! Yo solo quería bailar.

—Largo —repito.

Dejo a Lu bailando en la pista y me acerco a una esquina apartada de todo el mundo. Desde aquí puedo ver como Lu y el DJ hablan en la cabina y él le enseña trucos para pinchar música. Veo lo bien que se lo pasan, y me hace feliz.

Intento achinar los ojos para ver mejor, ya que creo que he visto a alguien que no esperaba por aquí. Me acerco caminando hasta llegar a mi objetivo y toco su hombro.

—Hola.

—Vaya, Irina, hola.

Enzo está aquí. Entre todos los lugares de Madrid y del mundo donde podría estar, él está aquí.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunto.

—Pues he venido con los chicos, mira —dice, señalando al resto de los alumnos.

—¡Irina! —gritan los demás.

Alexis se levanta a darme un abrazo, y yo, poco convencida, se lo devuelvo con una pequeña sonrisa fingida.

—Vaya, tía, estás fantástica. ¿Verdad que sí, Enzo? —dice Alexis, aunque esta vez dirigiéndose a Enzo.

—No creo que ella necesite que le digan lo fantástica que está, pero sí, lo está —responde Enzo.

—Bueno, Irina, chao. Nos veremos, querida. —Alexis se despide de mí.

—Hola, chicos. —Saludo con la mano al resto de los chicos.

—No esperaba verte por aquí. Creía que no salías de tu cueva —dice Enzo, y me guiña un ojo.

—Bueno, yo también pensaba eso, hasta que le hice una promesa a mi mejor amiga, y mírame, aquí estoy.

—No te veo muy feliz ni muy cómoda aquí, sinceramente —dice, y bebe un sorbo de su vaso.

—No es mi sitio favorito. Preferiría estar en cualquier otro lugar, desde luego.

—Vale. Dame un momento.

Enzo se acerca al resto del grupo y les dice algo que no consigo oír ni entender. Alexis le da una palmada en la espalda, y Míriam le da un abrazo mientras que no me quita los ojos de encima. Enzo vuelve a ponerse a mi lado y yo le miro sin entender muy bien lo que sucede.

—Vamos.

—¿Perdón? —pregunto.

—Adonde prefieras estar, a ese sitio que me has dicho, vamos.

—Eh… Yo… no puedo dejar a Lu sola aquí. He venido con ella para que vea al chico que le gusta, y no puedo…, lo siento… —Me alejo de él para no dar tiempo a que me diga nada.

¿Qué se supone que hace? ¿Cree que porque estuvimos una noche en mi casa viendo una película tiene derecho a llevarme por

ahí? Porque, si es así lo que piensa, está muy equivocado. No pienso irme de aquí con un tipo al que apenas conozco, no, porque…

«¿No ves que es agradable contigo porque quiere meterse en tus bragas?»

Capítulo 16



Busco como una loca a Lu, ya que no la veo, y tampoco al DJ, por lo que imagino que estarán juntos en algún lugar escondido de esta mierda de sitio.

Entro en los baños y oigo unos jadeos y risas. Para mi desgracia, reconocería esa risa en cualquier lugar del mundo. Es Lucía.

—Lucía, me voy a casa, veo que estás bien, y Enzo está aquí.

La puerta del baño se abre y sale mi querida amiga despeinada y con el maquillaje corrido por la cara. Detrás de ella sale un hombre moreno de media estatura y no muy atractivo, para mi forma de pensar.

—¿Cómo que Enzo está aquí? ¡Quiero conocerle! Porfiiiii —dice alargando la frase para dar más lástima.

—No hay nada que conocer, ni a nadie. Me voy a casa. Ten cuidado; hablamos mañana.

—¡Hola, soy Facundo! —dice el DJ.

—Sí, lo sé. Yo, Irina. Adiós a los dos.

Al volverme para abandonar el baño, veo que Enzo está apoyado en la puerta observando la situación.

—Anda. ¿No querías conocer a Enzo, Lu? Pues aquí le tienes, en carne y hueso —digo saliendo del baño.

—¡Irina, espera! —me grita Enzo.

Le oigo correr. Consigue alcanzarme, me agarra la mano para hacerme parar en seco. Me vuelvo a mirarle.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—¿Qué te pasa? Vuelves a ser borde y arisca.

—¡Es que así soy yo! No soy la Irina de la otra noche, esto es lo que soy, no hay más. Y ahora me voy a mi casa.

No sé qué me está pasando ni por qué estoy actuando así cuando ni me ha dicho ni me ha hecho nada. Al revés, ha intentado ser amable conmigo, y cuando le he dicho que quería irme de aquí, se ha ofrecido a venir conmigo, aun estando con sus amigos de fiesta.

A veces no me entiendo ni yo misma. No sé por qué soy así, no puedo evitarlo. Este tiempo me he convertido en esto, en lo que soy ahora, en lo que me hizo ser Álvaro, y ya no soy capaz de cambiar. A esto es a lo que me refiero cuando digo que soy una granada que en algún momento está destinada a detonar, y, por supuesto, a llevarse a todo el mundo por delante. Por eso, cuanta menos gente haya a mi lado, a menos haré daño.

Me vuelvo para ver si Enzo sigue detrás de mí. Sonrío al ver que así es.

—¿Vienes? —le pregunto sin estar totalmente convencida de si es buena idea.

Me mira como si intentase descifrar lo que me pasa por la cabeza. Si ni yo misma puedo saberlo… ¿Cómo iba a hacerlo él?

—Claro.

Enzo y yo caminamos para salir del pub. Una vez en la calle, nos paramos y miro al cielo, suspirando por poder disfrutar del aire fresco y de no estar ya dentro con toda esa gente.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Vamos a un parque, a tumbarnos, a respirar. No tenemos que hablar si no quieres. Nos tumbamos, y yo te haré compañía para que puedas relajarte —dice acercándose a mí.

—Me parece una buena idea, gracias.

Caminamos por todas las calles durante un largo tiempo hasta que llegamos a un parque que se llama La Cornisa. Yo jugaba aquí de pequeña con Fran a que éramos piratas y recorríamos el parque jugando con espadas. Recuerdo lo feliz que era en aquellos momentos, cuando tenía a mi hermano cerca y no me importaba nada más en el mundo. Ojalá volviese a ser una niña y que lo único que me importase fuese a qué juego iba a jugar al día siguiente con Fran.

Nos tumbamos en la pequeña pradera de árboles y césped. El suelo está húmedo por el riego, pero es agradable. Sentir la hierba y el aire dándome en la cara es reconfortante.

—Enzo, gracias.

—No hables, sé que no quieres hacerlo. Pondré música y nos relajaremos mientras vemos las estrellas, ¿vale?

No respondo, mi silencio lo hace por mí. A esto es a lo que me refería con salir de esa discoteca y poder disfrutar. Y así, en silencio, la presencia de Enzo no es tan desagradable como me imaginaba hace tan solo veinte minutos.

Enzo coge su móvil y busca la aplicación de música.

Can't Help Falling In Love de Elvis suena en el teléfono y cierro los ojos, disfrutando de la canción.

Noto la mano de Enzo encima de la mía y abro los ojos para mirarle.

—¿Bailamos? —me pregunta.

—Yo no bailo, no sé bailar —me río, imaginándome la escena.

Soy horrible bailando, parezco un pato mareado y ni siquiera sé cómo seguir el compás. Es una idea espantosa.

—Yo te enseño, es fácil, súbete encima de mis pies —dice, agarra mi mano y me sube sobre sus pies.

—Esto va a ser vergonzoso, de verdad.

—Calla y sigue la música.

Le agarro del hombro y pongo mi otra mano en la suya. Él hace lo mismo, y su otra mano la pone en mi cintura. Me dejo llevar y sigo la música tal y como me ha dicho.

—No es tan difícil —me dice.

Sonrío; es lo único que me sale hacer. Estoy cómoda con él, hace o al menos intenta que se me olvide esa parte de mí que tanto me cuesta soltar y dejar. Creo que sería un gran amigo para mí, si yo quisiera tener amigos, por supuesto. Quizás en otra época de mi vida hasta me hubiera enamorado de él: tiene labia y sabe cómo tratar a la gente, de eso no hay duda, pero la Irina de ahora no es capaz de nada de eso.

—Enzo, no sé por qué haces esto, pero quiero decirte que no puede haber confusiones de ningún tipo entre nosotros —le advierto.

Porque esto me hace recordar que Álvaro siempre decía que, si algún tío era amable conmigo, era porque tenía otros fines. Quizás no tenía razón; joder, por supuesto que no la tenía. Era un capullo, un hijo de puta y un maltratador psicológico que aun no estando ya en mi vida no deja de maltratarme todos los días; a pesar de que ya sé que nada de lo que decía era cierto, a pesar de que Enzo me está

demostrando que no es así, y que ser amable con alguien no tiene por qué tener un doble significado.

—Irina, lo sé, no hago esto con ningún propósito. Me limito a vivir y a disfrutar, y ahora quiero disfrutar este momento contigo.

No le respondo y me dejo llevar, terminando de bailar la canción para después volvernos a tumbar en el césped. Lo único diferente ahora es que esta vez sí que hablamos.

Enzo me cuenta que su familia es adinerada y que siempre le han pagado los estudios. Él no trabaja, invierte su tiempo en la escuela de mi padre, y gana dinero a través de las inversiones de su familia, ya que pertenece también al negocio: la compra y venta de inmuebles.

Imagino que tiene más dinero del que suponía, y creo que es mucho más que un simple alumno de mi padre.

Capítulo 17



Contra todo pronóstico, aquella noche dormí bien, y la siguiente, y la siguiente. De hecho, ya me estaba empezando a acostumbrar a dormir más de cuatro horas seguidas y no acostarme a las tres de la mañana. Me levantaba al día siguiente con fuerza, me tomaba el café de una forma diferente. Ahora me apoyaba en el balcón y disfrutaba de conversaciones mañaneras con mi padre, que parecía tan sorprendido como yo de mi cambio de humor.

Enzo me dio su número de teléfono aquella noche en la que compartimos un baile y alguna que otra conversación, y estos días hasta nos hemos enviado algunos mensajes, aunque no nos hemos vuelto a ver.

Sigo teniendo pendiente devolverle a Álvaro sus cosas, algo que no puedo, ni quiero, alargar más tiempo, porque es peor para mí. Lucía ha estado viendo estos días al DJ, y parece que les va bien. Ya era hora de que, después de tantos meses, al fin hayan conseguido avanzar.

Enzo me ha contado lo bien que llevan la obra y que en poco tiempo saldrá la fecha anunciada del estreno, ya que un importante teatro de Madrid quiere que la presenten allí y les ha prometido que, si la primera función sale bien, les hará contrato para quedarse un par de meses según las ventas.

Me alegro por ellos, sobre todo por mi padre: merece que su trabajo y esfuerzo sea reconocido por el mundo y por la gente que ama el teatro. Me encantaría compartir su afición y su pasión para ser un apoyo más grande para él. No puedo, aunque me he prometido a mí misma que intentaré ir a algún ensayo. Enzo, por una parte, ha sido culpable de esta decisión, ya que me ha pedido que lo hiciese, y bueno, entre eso, y que me apetece apoyar a mi padre, no me ha quedado más remedio que prometerme que iría.

La búsqueda de locales sigue siendo un horror, aunque todos los días lo mire, no siempre suben nuevas ofertas, y al final acabo mirando los mismos y, para variar, ninguno me convence. Empiezo a cansarme. Mi mente no es tan fuerte para soportar el proceso necesario que está detrás de conseguir un sueño, el cual ni siquiera sé si saldrá bien.

Enzo me ha invitado a que vaya hoy al ensayo. Sigo pensándomelo. Tampoco sé cómo actuar con él delante de mi padre, puesto que no sabe que me llevo bien, si se puede decir así, con su alumno favorito. Sé que a mi padre le haría ilusión y le gustaría que su hija se relacionara con gente, y más si es con alguien que él considera buena persona, pero no sé decirle o explicarle cómo conocí a Enzo y que el primer día le invité a dormir a casa.

Cuando pienso en esa noche, no comprendo qué se me pasó por la cabeza, no entiendo cómo fui capaz de pedirle que se quedase a dormir, y tampoco sé muy bien por qué él aceptó. No nos conocíamos, no sabíamos nada el uno del otro; tampoco nos

conocemos casi ahora, pero al menos ya ha existido conversación entre nosotros. El primer día, no sabíamos nada y compartimos una cena, una película y una noche juntos. Dejé que se quedase en mi casa y le presté ropa de mi padre sin saber nada de él, cuando le había conocido hacía unas pocas horas. No sé qué se me pasó por la cabeza y cómo se me ocurrió semejante idea. Lo hice, y una parte de mí no cree que fuese tan mala idea.

Reconozco que Enzo sería el amigo soñado por cualquiera. Es un chico que desprende tranquilidad y alegría constantemente; siempre parece que está dispuesto a escucharte, y, obviamente, creo que sería el novio soñado de cualquier chica que le conozca, como le pasa a Míriam, que se nota que está colada por él, y no la culpo. Si yo fuese de otra manera, no habría podido aguantarme a los encantos de Enzo. Si yo fuese capaz de sentir algo por alguien, estoy segura de que Enzo tendría todas las papeletas para que me fijase en él. Suerte que no es así, y que no le veo de esa forma; suerte que no pienso en él como algo más que lo que hay ahora entre nosotros: dos personas que se han conocido y que se llevan, dentro de lo que cabe, bien. Sí, esa sería la definición, dos personas que se soportan y se toleran. Sí, sería esa, sin duda.

Capítulo 18



Al final, después de pensarlo un rato largo, decidí decirle a mi padre que le acompañaría a la escuela y me quedaría a ver el ensayo. Obviamente, no le dije que Enzo me había invitado. No soy capaz de expresar la felicidad que vi en los ojos de mi padre cuando le dije que iría con él. Podría decir que es de las veces que más feliz le he visto en su vida, y que me ha mirado con los ojos más llenos de amor de lo normal.

Sé que esto es muy importante para él, y haré lo posible por intentar hacerle feliz de la misma forma que él me hace feliz a mí.

Había pensado en darle una sorpresa a Enzo y no decirle que iría hoy a ver el ensayo. Para evitar situaciones confusas, tuve que avisarle con la intención de que disimulase delante de mi padre: que piensa que solo nos hemos visto el día en que le sustituí en la escuela. También sé que, en algún momento, tendré que decirle la verdad, y soy consciente de ello. Realmente, tampoco hay mucho que contar, salvo que, por primera vez en mi vida, una persona que no es ni mi padre ni Lucía ha conseguido pasar tiempo conmigo y ha

logrado que me evada de mis pensamientos; claro que también tendría que contarle cómo ocurrió, y preferiría omitir la parte donde invité a Enzo a quedarse a dormir la primera noche que le conocí.

Me he puesto un vaquero de color blanco y una camiseta negra básica a juego con mis zapatillas de siempre, he cogido el bolso y me he hecho una coleta en el pelo, ya que me apetecía ir cómoda. Para mi sorpresa, también me he maquillado un poco, ya que me apetece ir más decente de lo habitual.

—¿Estás lista? —oigo decir a mi padre desde fuera de la habitación.

—¡Sí! Ya voy —respondo mientras cojo la chaqueta de cuero.

Salgo de la habitación y lo primero que veo es la cara de asombro de mi padre al verme.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Estás muy guapa, cielo. Hacía mucho que no te veía arreglarte.

¿Arreglarme? Supongo que para mi padre arreglarme significa no verme en pijama o con lo primero que encuentro en el armario. Qué triste. Hace años siempre me arreglaba para ir guapa hasta para comprar el pan.

—Gracias, papá. Solo me he pintado las pestañas —digo, haciendo una mueca con los ojos.

—No te hace falta nada más. Con lo guapa que eres, cualquier cosa te hace más preciosa todavía —me dice, dando un beso sobre mi cabeza.

Después de un agradable paseo por las calles de mi precioso barrio, de una gratificante conversación con mi padre y de saludar a los conocidos que nos encontramos, por fin llegamos a nuestro destino.

Si alguien me hubiese dicho hace unos meses e incluso unos días que vendría a un ensayo de mi padre, me hubiera reído en su cara.

Jamás pensé que vendría, y menos por decisión propia. Obligada, tal vez, pero siendo yo quien quisiera venir…, es algo que no entraba en mis planes, no antes de lo que ha ocurrido estos días atrás.

Alexis nos espera en la puerta. Puedo ver su cara de felicidad al volver a verme. Nos llevamos bastante bien. Es un gran tipo; a mí también me hace ilusión volver a verle.

—¡Dichosos los ojos, Irina! —me dice, dándome un pequeño abrazo—. Hola, señor Castro —saluda a mi padre.

—Hola, Alexis —digo, sonriendo lo más amable que puedo y devolviéndole el abrazo.

—¿Dónde está el resto? —pregunta mi padre.

Esa respuesta también me interesa a mí, ya que no veo a Enzo por ningún lado.

—Ahí vienen —dice Alexis, señalando detrás de mí.

Ahí está Enzo, igual que siempre, vestido de una forma peculiar, con una camisa y sus pantalones anchos ajustados a la cintura. Sonríe al verme. Yo intento disimular, aunque también lo hago.

—¡Has venido! —me grita desde lo lejos.

—¡Sí! —le grito yo a él.

Mi padre nos mira extrañado. En el fondo me conoce y sabe que mi tono de voz es algo diferente al que he usado antes con Alexis. Es un tono feliz, lo que no suele ser habitual en mí, al menos no desde hace mucho tiempo, no con gente a la que apenas conozco, no con alguien que no sea cercano a mí.

Enzo se acerca y me da un abrazo. No sé cómo reaccionar, pero se lo devuelvo.

—Gracias por venir —susurra en mi oído.

Le sonrío a modo de respuesta. No digo nada más; saludo al resto de los alumnos y, una vez estamos todos, entramos en la escuela. Enzo y yo caminamos detrás del grupo sin decir palabra.

—Bueno, chicos, a trabajar, vamos —dice mi padre.

Yo me siento en el suelo, pegada a la pared del escenario para no molestar. No quiero ser un estorbo para ellos, y quiero que salga bien el ensayo.

Recibo un mensaje de Lu.

¿Qué haces? Voy a tu casa.

Respondo.

No estoy en casa. Estoy en el ensayo de mi padre.

Responde al instante.

¿¡Qué?! Enzo te ha pegado duro en el cerebro, amiga.

No contesto, pero sonrío con su mensaje. Me la imagino sorprendida, riéndose y sin entender nada de lo que le cuento. Es normal. Ella sabe lo mucho que odio esto y que preferiría estar en cualquier parte del mundo antes que aquí. Al menos es lo que pensaba antes. Antes de Enzo.

Cualquier persona un poco cuerda en este mundo diría que no es posible que, sin conocer bien a una persona, te entren ganas de hacer cosas que antes no hacías, o que es raro que nos llevemos tan bien conociéndonos solo de unos pocos días. Lo sé, y yo también lo pienso. Hay algo diferente en él, no sé qué es, pero hace que me mantenga en el mundo real y que no quiera desaparecer constantemente. Supongo también que me he agarrado a un clavo ardiendo y que a la mínima que alguien se ha preocupado por mí me he dejado llevar mentalmente, algo que también me parece excesivamente raro en mí.

Me gustaría entender todo esto, entender qué hago aquí hoy, cómo es posible que haya dado el paso para socializar con alguien después de tanto tiempo, que haya pasado tiempo con un hombre, y cómo poco a poco voy sanando partes de mí que creía que jamás podría curar.

Capítulo 19



Después de unas horas, por fin han terminado el ensayo. Podría decir que me he aburrido, pero mentiría, porque en el fondo, y solo en el fondo, ha sido bastante gracioso ver cómo Enzo se convierte en Romeo. Y también comprobar que los chicos se divierten ha sido agradable, sobre todo ver a mi padre feliz y orgulloso del trabajo que están haciendo. Ha sido gratificante, para ser sincera.

Enzo ha estado quizás más pendiente de mí de lo que debería, y creo que mi padre se ha dado cuenta de ello, al igual que yo.

—¿Por qué te llevas tan bien con Enzo? —dice mi padre, trayéndome de golpe a la realidad.

—Bueno… Hemos coincidido un par de veces fuera, y es un gran tipo.

—Tienes razón, me cae bien ese muchacho. ¿Por qué no le invitas a cenar?

Me quedo en *shock,* porque no me imaginaba que me fuera a decir esto, aunque no me parece una mala idea. En el fondo me apetece compartir una cena con Enzo y poder pasar un rato con él,

pero no quiero confundir nada, no quiero tener que llegar al punto de que mi felicidad dependa de alguien, no es justo.

—No creo que Enzo quiera.

—¿Qué se supone que no quiero? —pregunta Enzo, interviniendo en la conversación.

—Le decía a Irina que te invitase a cenar a casa. He visto que os lleváis bien, y quizás te gustaría venir hoy a cenar.

Niego disimuladamente con la cabeza para que Enzo me entienda y diga que no.

—Claro, sería un placer —dice Enzo guiñándome un ojo.

«Mierda», pienso.

La idea no me parece del todo buena. La compañía de Enzo no me resulta desagradable, pero la parte sensible que aún queda dentro de mí tiene miedo de encariñarse de él. Todo el mundo que quiero, por una cosa o por otra, acaba dejándome. De un modo u otro, acaban desapareciendo, menos mi padre y Lucía, quienes siguen a mi lado a pesar de todo, a pesar de lo malo, a pesar de haber sido un dolor insufrible de cabeza para ellos durante muchos años. Quizás la soledad me dé más miedo de lo que pensaba, y encariñarme con alguien sea algo que me aterra, porque después conlleva que esa persona desaparecerá de mi vida. Así ha sido hasta ahora.

Mi padre recoge lo que hay dentro del teatro. Enzo y yo le esperamos en la calle hablando del ensayo. Enzo se ríe al meterse conmigo, diciendo que parecía un monigote sentada en el escenario sin hacer nada, y yo le respondo riéndome de su actuación romántica con Míriam.

—Calla, no digas eso muy alto, no vaya a ser que te oiga —dice entre risas.

—Oh, Romeo, no me digas eso. —Hago un gesto dramático, imitando a su compañera.

Una vez en casa, mi padre nos dice que nos pongamos cómodos en el sofá mientras él hace la cena. Ha sido un momento bastante gracioso cuando mi padre le ha enseñado la casa a Enzo. Yo les miraba desde el sofá, pensando en que mi padre perdía su valioso tiempo, ya que su alumno favorito conocía a la perfección la casa.

Enzo, aun así, ha actuado extraordinariamente bien, dándole las gracias por la visita. Definitivamente, es un gran actor; tendrá éxito seguro.

—¿No querías que viniese? —me pregunta desde el sofá, mientras que me siento en el mío.

—No es eso, no me malinterpretes… Es solo que imaginaba que tenías otras cosas más interesantes que venir a cenar con nosotros —respondo.

—Bueno, hay mil lugares donde podría estar, eso seguro, pero donde estoy ahora mismo me gusta más que cualquier otro lugar, créeme —dice sincero y sonriendo. Yo le miro y sonrío—. Deja que a partir de ahora decida yo si quiero hacer algo o no, ¿vale?

No respondo, porque tampoco sé qué decir cuando me dicen este tipo de cosas. Por desgracia, no estoy acostumbrada a recibir palabras buenas o bonitas. Aunque sus últimas palabras sé que no son para nada malas, me encogen el corazón, sobre todo el «a partir de ahora»… ¿Eso quiere decir que Enzo planea hacer más cosas juntos?

Por suerte, mi padre no tarda en avisarnos para ir a cenar. Ha preparado una deliciosa ensalada César, una de mis favoritas, sin duda. Nos sentamos y empezamos a cenar. Entretanto, conversamos sobre diferentes temas. Mi padre y Enzo se llevan mejor de lo que suponía. Es curioso ver que tienen más cosas en común de lo que yo

tendré nunca con mi padre. Me gusta, es agradable saber que hay gente en el mundo que admira a mi padre tanto como yo, e incluso más, cuando conocen lo difícil que ha sido el largo recorrido de mi padre, que lleva toda la vida labrando y luchando por ello.

—Es hora de que me vaya. Se está haciendo tarde, y debería descansar para mañana —dice Enzo.

—Te acompaño al portal —le digo.

Mi padre se levanta para despedirse de Enzo con un fuerte apretón de manos continuado por un abrazo y palmadas pequeñas en la espalda; cosas de hombres, supongo. Enzo y yo bajamos a la calle sin decir una palabra, disfrutando del silencio.

—Gracias por dejarme venir —me dice Enzo.

—Gracias a ti por venir.

—¿Dejaremos en algún momento de darnos las gracias? —me pregunta riendo.

Su risa vuelve a contagiar la mía.

—Quién sabe. Buenas noches, Enzo.

—Buenas noches, Irina.

Se aleja caminando y decido volver a subir a casa para meterme en la cama directamente y así evitar una conversación con mi padre que trate únicamente de preguntas sobre Enzo.

Capítulo 20



Ya le han dado a mi padre fecha para el estreno de la obra. En un mes y medio tendrán que enfrentar los nervios y la alegría de poder representarla, y yo estoy feliz por ellos. Estos días he estado pasando tiempo con mi padre y con Enzo a la vez, ya que este ha venido en varias ocasiones a casa para hablar sobre la obra y sobre sus planes de futuro. Yo solo les escuchaba, y de vez en cuando participaba en la conversación, aunque no demasiado, siendo sincera. Tampoco sabía qué decir. Supongo que, para buscar más temas en común con Enzo, voy a tener que empezar a interesarme, un poquito de nada, por el teatro.

También quedé para cenar con Lu, quien me estuvo contando lo bien que le va con Facundo. Me alegro por ella; se merece una persona sana y buena al lado, que la haga feliz, como ella me ha hecho feliz a mí estos años. Merece un amor sano, real y sincero. Ella me pregunta por Enzo todos los días. Cree que me gusta, y, aunque se lo niegue a todas horas, sigue insistiendo en que desde que le conocí parezco otra persona. Quizás tenga razón, pero no me

gusta, no hay hueco en mi cabeza ni en mi corazón para una relación ni para pensar en si me gusta o no alguien. Eso ya pasó, y mi vida se basa ahora en mí misma y en mi futuro, dejando al lado cualquier tipo de relación que no sea como la que comparto con Enzo: una posible amistad, si se puede llamar así.

A pesar de todos mis esfuerzos por sanar mentalmente, creo que nunca podré hacerlo del todo. Siempre me acompañará el recuerdo del pasado y el dolor que he tenido que vivir. Eso nunca va a desaparecer, y siempre, de una forma u otra, va a ser parte de mí. Por mucho que yo quiera ser de otra forma, no puedo. Los miedos y las inseguridades están ahí, en el interior de mi mente, y no van a irse nunca. Enzo no merece a alguien así a su lado, por supuesto que no. Yo jamás podría darle lo que se merece, ni a él ni a nadie.

Cuando has pasado ocho años viviendo en una relación en la que te has consumido y apagado como si fueras una triste colilla, cuesta demasiado recuperarse, volver a ser la misma, y, sobre todo, volver a amar a alguien. Lo último resulta casi imposible.

—¡Enzo! —grito desde mi habitación para que logre oírme desde el salón.

—¿Qué necesitas? —me dice, apoyado en mi puerta con su brazo derecho, lo cual hace que se le marquen los músculos, y yo no puedo dejar de mirarle.

—¿Tienes planes esta tarde?

—Eh… Con tu padre, tenía cosas que hacer, íbamos a ir a comprar decoración para la obra. ¿Por qué?

—No, por nada, era solo curiosidad, no te preocupes. Puedes irte.

—¿Segura? No pareces muy convencida, que lo sepas.

—Segura. Venga, vete —digo mucho más seria que antes.

Había pensado en preparar un pícnic en el Retiro, sentarnos a comer algo después de montar en las barcas. Me parecía un plan

estupendo. Me apetecía hacer algo diferente, ya que hace buen tiempo. Me ha molestado que me diga que ya tenía cosas que hacer con mi padre, aunque no entiendo el motivo de que me moleste. Enzo no me debe nada y no tiene por qué pasar tiempo conmigo. En realidad, con quien más debe pasar tiempo es con mi padre, ya que tienen la obra a medias y aún quedan muchas cosas por preparar.

Me tumbo en la cama y apoyo la cara en la almohada. Estoy enfadada y no entiendo por qué; no debería.

—¡Eh! ¿Dónde quieres ir? —dice Enzo.

Levanto la cara de la almohada y le miro desafiante. Como acto reflejo, la cojo y la tiro contra su cara.

—¿Qué haces? —dice, y vuelve a tirarme la almohada.

—No quiero ir a ningún sitio, déjame sola.

Enzo viene hacia mi cama y con toda la confianza y libertad del mundo se sienta a mi lado; no me siento incómoda en absoluto.

—Es que eres una arisca, no sé por qué me caes bien, de verdad —me dice riéndose.

—Largo, vete, no quiero hablar contigo. —Me vuelvo a tumbar en la cama.

—Vale, vístete, nos vamos. Tienes diez minutos. No hablaremos en todo el camino, pero vamos, no tardes. —Se levanta de la cama.

Refunfuño para mis adentros y me levanto de la cama para hacer lo que me dice. Cojo lo primero que encuentro: un vestido largo blanco, de manga larga y un poco de encaje en el pecho; me pongo unas sandalias a juego con el bolso *beige,* y parece que estoy lista.

—Ya estoy —digo apareciendo en el salón.

Mi padre se asombra al verme vestida así, ya que no es algo muy común ni normal.

—Estás increíble, cielo —dice sonriente.

—Gracias. ¿Nos vamos? —pregunto a Enzo.

—Vamos.

—Espérame fuera, ya voy.

Cojo rápido lo primero que encuentro en la nevera que pueda servirme; luego busco por los armarios. Odio tener que hacer todo con prisas y sin organizarme bien.

—Es la primera vez que te veo nerviosa desde hace mucho tiempo —dice mi padre.

—Papá, déjate de tonterías, por favor. No estoy nerviosa, estoy enfadada, más bien. Adiós, me voy.

—Te quiero, cariño.

Salgo por la puerta y me reencuentro con Enzo, quien sonríe al ver mi cara de enfadada.

—No me hace gracia, que lo sepas —digo.

—Estás adorable cuando estás nerviosa, que lo sepas.

—Eres insufrible a todas horas, que lo sepas —le digo, adelantándole para no tener que hablar más con él.

Llegamos al Retiro después de un largo paseo. Al final he decidido disfrutar del día y no seguir enfadada, es una tontería. Ha accedido a venir conmigo, a pesar de que tenía planes con mi padre, seguro que mucho más importantes. Está aquí, y eso es lo que importa.

—¿Quieres que montemos en las barcas? —le pregunto.

—Podría ser divertido. Preferiría ver cómo te caes y te comen las pirañas, pero vale, montemos en las barcas —dice, guiñándome un ojo.

Doy un golpe en su hombro en modo vacile y caminamos a comprar las entradas para montarnos y pasar un rato.

Al subir en la barca pierdo el equilibrio y tengo que agarrarle fuerte a Enzo del brazo.

—Qué torpe eres, por favor.

—Cállate o te tiro al lago sin pensarlo un segundo.

Por fin, después de mi pelea para embarcar, Enzo coge los remos y empezamos nuestro paseo. Jugamos a salpicarnos el agua sucia del lago y nos reímos mientras escuchamos las canciones tristes que tiene Enzo en su móvil. Si alguien escuchase el tipo de música que tiene, pensaría que es imposible que una persona tan alegre y feliz pueda oír música tan deprimente. Las canciones son bonitas; casi todas hablan de amor, y son en inglés.

—¿En qué piensas cuando escuchas este tipo de música? —le pregunto.

—Está música abre mi mente y me relaja mucho. Deberías escuchar más canciones de este tipo, te vendría bien.

Los músculos de Enzo se tensan cuando coge el remo. Yo me quedo inmóvil, mirándole en cada movimiento. Está bastante sexy, y me dan ganas de invitarle más veces a este plan. Es guapo; cada vez que le miro observo la belleza que tiene, tan natural y tan clara a simple vista. Por ese motivo cada chica que pasa se le queda mirando; las entiendo en el fondo. Aunque Enzo es más que eso: es una bellísima persona, gracioso, amable y cariñoso; todo en cierta medida. La chica que consiga tener el corazón de este hombre, sin duda alguna, tendrá una gran suerte en la vida.

Después de las barcas nos tiramos en el césped y preparo en una pequeña manta que he metido en el bolso los alimentos y las bebidas que he cogido de casa. Enzo se queda fascinado porque todo le gusta bastante, lo cual me pone feliz.

Jugamos a tirarnos comida y a adivinar con los ojos cerrados lo que estamos comiendo, haciendo mezclas extrañas, algunas bastante asquerosas. Riéndonos entre conversaciones y juegos, la tarde acaba pasando más rápido de lo que me gustaría, porque, joder, estoy disfrutando. Apoyo la cabeza en su abdomen y buscamos nubes con formas.

—¿Eres feliz? —me pregunta.

—Sí, dentro de lo que puedo serlo.

—¿Me lo juras?

—Yo no juro nunca. Me parece algo demasiado sagrado y serio. Jurar algo significa un compromiso eterno, y no hay nada más sagrado que la palabra de alguien.

—Vale, filósofa. Aparte de arisca, eres filósofa también, maravilloso. Aunque debo darte la razón: lo más importante es la lealtad y la palabra.

—¿Nos vamos? Se está haciendo tarde.

—Vale, te invito a cenar en mi casa. A mis padres no les importará.

—¡No voy a ir a cenar a tu casa! Me muero de vergüenza; no pienso conocer a tus padres, Enzo, olvídalo.

—Vivo solo, Irina, no tienes que conocer a nadie. —Me guiña un ojo, y puedo asegurar que es el hombre más guapo e insufrible del planeta.

Capítulo 21



Llegamos al piso de Enzo. No está tan lejos como yo pensaba de mi casa, de hecho, está en el centro de la ciudad, en la mismísima Gran Vía. Es un ático, pequeño y sencillo, bonito y muy acogedor. Es un *loft* en tonos blancos. Tiene todo junto, menos el baño, que es independiente del resto.

Dejo mi bolso en el perchero de la entrada, y me tomo la confianza de quitarme las zapatillas y dejarlas en el mismo sitio, en el suelo.

—¿Te apetece algo en concreto de cena? —me pregunta, y se quita también las zapatillas.

—De hecho, sí. Podríamos pedir comida japonesa; es mi favorita, sobre todo el *sushi* —digo mordiendo mi labio inferior.

Enzo coge su teléfono y busca restaurantes cercanos que estén disponibles para traer a domicilio. Nos sentamos en el sofá y escogemos lo que nos gusta de la carta que tiene el local.

—Pensemos una película para ver mientras llega la cena —le digo a Enzo.

—¿Quieres ver *Grease*? —Sonríe.

—¡No! No voy a hacer que la vuelvas a ver tan seguido. Quiero que me pongas tu película favorita. Es justo que si tú conoces la mía, yo también —le explico, aunque en el fondo me muera de ganas de volver a ver mi película favorita, y más con él.

—Mi película favorita es *Aladdin.* Es una película maravillosa, y con una historia de amor increíble.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —le pregunto extrañada.

—Claro. ¿Por qué te sorprende?

—No tienes pinta de que te gusten las películas infantiles, y tampoco tienes pinta de ser un romántico.

—En realidad, soy muy romántico, pero no lo sabes ni lo sabrás nunca, porque te niegas a querer a nadie, y no te culpo. Supongo que te han hecho daño en el pasado, y eso es difícil de sanar.

Me quedo mirándole, enfadada por escuchar sus palabras. Las verdades duelen, y las suyas acaban de matarme por dentro. No me conoce, y no es quién para juzgarme de ninguna forma. No sabe nada de mí, y el haber dejado que entrase en mi vida ha sido un completo error.

—¡No vuelvas a decirme nada así! No tienes derecho a juzgarme, no me conoces una mierda —digo levantándome del sofá y caminando hacia la puerta para irme.

Se levanta detrás de mí y consigue alcanzarme. Agarra mi mano y me hace frenar en seco.

—Lo siento. No quería ser tan duro ni meterme en tus asuntos personales. Tienes razón, no te conozco, pero me gustaría hacerlo. Tú también me confundes, porque hace unas horas estabas tumbada en mi abdomen, mirando las nubes, y ahora me gritas y te enfadas. No tiene sentido —me dice agarrando mi mano todavía.

No sé qué decirle y solo le miro. Noto que los ojos se me llenan de lágrimas. No estoy acostumbrada a que alguien me diga estas cosas ni a que sean tan duros conmigo. Quizás es lo que necesitaba, un golpe de realidad.

—Mira, Enzo, yo… No sé qué decir. Lo siento, no soy una persona de buenas palabras y no sé hablar de mis sentimientos, así que esta conversación es absurda. Será mejor que te distancies de mí y no volvamos a vernos. —Suelto su mano.

—Dijiste que me ibas a dejar decidir a partir de ahora qué es lo que prefiero y lo que no, Irina.

—Pues mentí, Enzo.

Cojo mi bolso y mis zapatillas antes de que me diga algo que pueda convencerme, o incluso antes de que me arrepienta. Tengo que irme ya; si no, puede ser que no quiera irme si pasa un minuto más.

Salgo de su casa y me encuentro con el repartidor del *sushi*.

—Es en esa puerta —digo, señalando la casa de Enzo y entregándole al repartidor el dinero de la cena.

Continúo el camino a mi casa sin pensar en nada y andando por Gran Vía, rodeada de gente y deseando llegar a mi cama para meterme ahí y no volver a salir.

La he cagado, hasta el fondo, y lo sé. Así soy yo, y este es uno de los motivos por los cuales no quiero que nadie entre en mi vida, porque soy dañina y lo único que hago es alejar a la gente con mis actitudes de mierda y mis cambios de humor repentinos. No soy capaz de mantenerme feliz y bien más de unas horas, y Enzo no se merece esto. Nadie se lo merece.

> Gracias por pagar la cena. Y perdona, no debería haberte hablado así.

Leo el mensaje. No respondo, no quiero hablar con él.

Entro por la puerta de mi casa hecha un mar de lágrimas y veo que mi padre está justo enfrente de mí, asustado y preocupado al verme.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

Corro a sus brazos para seguir llorando apoyada en su pecho. Necesito calor humano y sentirme protegida.

—Cuéntame, ¿es por Álvaro?

Solo con escuchar ese nombre de sus labios el corazón se me encoge más todavía, porque sí que es por Álvaro, porque él me convirtió en esto, en la persona que más odio, en mi peor versión.

—No, papá, no es por él. Es Enzo…

—¿Enzo está bien? —me pregunta preocupado.

—La he cagado, le he dejado solo en su casa, con la palabra en la boca después de que me dijese verdades que me han dolido… —digo sollozando.

—Pero, cariño, apenas os conocéis, no hay nada que él pueda decirte que te haga daño. Es un gran chico, de verdad que lo es, aunque no tienes por qué llorar por alguien que apenas conoces —me intenta tranquilizar.

—Papá, no lo entiendes, no es por Enzo por quien lloro, es por mí, y por mi forma de ser. Es el claro ejemplo de que nunca voy a poder conocer a alguien nuevo porque no soy capaz de mantener a las personas en mi vida. Tengo miedo de sufrir, y tengo un sentimiento de culpa constante.

Mi padre me acaricia la cabeza y me dice palabras tranquilizadoras.

—¿Por qué no le llamas mañana y le cuentas esto que me estás diciendo? Quizás si Enzo quiere ser tu amigo de verdad, entenderá lo que te pasa y estará dispuesto a ayudarte.

—No quiero que nadie tenga que cargar con la responsabilidad de ayudarme, papá. No quiero la ayuda de nadie.

—Entonces, pequeña, tendrás que ayudarte a ti misma y no acercarte a nadie más en tu vida. Pero esa vida es muy triste, cielo, y no quiero eso para ti. No quiero que el día de mañana vivas rodeada de gatos.

Sé que lo dice para hacerme reír, aunque no lo consigue. Estoy demasiado enfadada conmigo misma para permitirme sonreír. No puedo, acabo de cagarla al máximo, y lo único que necesito es seguir abrazada a mi padre hasta que esto pase.

Capítulo 22



Llevo dos días pensando en la charla con mi padre, en mi discusión, si es que se puede llamar así, con Enzo, y en lo que se me ha pasado por la cabeza estos días.

No he intentado ponerme en contacto con él, ni tampoco ha sido así por su parte. Mi padre no ha querido responder a las preguntas que le he hecho, solo me decía que debería ser yo quien diese el paso y preguntarle al propio Enzo qué tal estaba, y también pedirle perdón por mi actitud. Tiene razón, pero soy demasiado orgullosa para hacerlo. Y quizás tenga demasiado miedo.

Enzo no es mi amigo, ni mucho menos. No se puede considerar «amigo» a alguien que apenas conoces, aunque sí disfrutaba de su compañía cuando estábamos juntos. Veía en él a una persona transparente y buena, y eso es lo que más me gustaba de pasar tiempo hablando con él, que podía sentirme segura. A pesar de que nunca le conté nada sobre mí, salvo mi comida y película favorita, creo que, de una forma u otra, empezaba a conocerme. Supongo también que por eso me dijo aquello esa noche, y por eso yo

también me enfadé, porque odiaba que hasta alguien que no me conoce pueda llegar a ver el dolor que hay dentro de mí.

En más de una ocasión he tenido el teléfono en la mano para llamarle y pedirle perdón, pero al final siempre he acabado dejándolo en la cama y volviendo a tumbarme a mirar al techo.

Sé que, aunque compartimos pocos momentos juntos, fueron intensos. Cortos, pero sinceros. Eso también lo valoro mucho: que, a pesar de no saber nada el uno del otro, éramos capaces de entendernos y buscar un punto común donde nos encontrábamos a gusto.

Me gustaría ser su amiga, quizás. Para ello debería esforzarme demasiado y tendría que dejar de ser yo misma solo por intentar encajar con él, y no sé si estoy preparada para dejar todo lo que soy atrás. No me veo pasando página en todos los sentidos de mi vida, y tampoco me veo socializando más de la cuenta con alguien, hasta el punto de que se convierta en mi amigo. Si tan solo supiera que él estaría dispuesto a conformarse con esto, yo sería capaz de intentarlo al menos. Nunca lo sabré, porque no pienso llamarle.

Mi padre golpea la puerta de mi habitación y entra una vez le doy permiso.

—¿Qué pasa? —le pregunto desde la cama.

—Oh, mírate, estás hecha una pena. Deberías darte una ducha y cambiarte antes de salir.

—¿Salir adónde?

—Que te duches —dice de nuevo.

Cierra la puerta de mi habitación y salgo detrás de él intrigada.

—Enzo…

Digo casi sin saber qué más decir, viendo que el culpable de mis quebraderos de cabeza está en mi casa, al lado de mi padre y enfrente de mí.

Lleva un pantalón blanco y una camiseta de tirantes negra. El pelo despeinado, como siempre, y en su cara esa gran sonrisa que parece no irse nunca, a pesar de lo enfadado o triste que pueda estar.

—Hola, ¿tienes planes? —me pregunta.

Le miro extrañada, sin entender a qué viene esto, y miro a mi padre en busca de respuestas que no consigo obtener.

—No, no tengo planes —respondo.

—¿Te vistes y nos vamos?

—¿Por qué no pasas a mi habitación? No tengo muchas ganas de salir ahora, sinceramente.

Enzo mira a mi padre, pidiéndole permiso para entrar. Mi padre le sonríe y asiente con la cabeza.

Vamos a la habitación y Enzo cierra la puerta una vez entra. Nos sentamos en la cama y le miro esperando a que diga algo, lo que sea.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Déjate de preguntas absurdas y dime qué haces aquí —le digo, colocándome en la cama para estar más cómoda.

—Quería verte, y también quería pedirte perdón. Tenías razón: no soy quién para juzgarte ni decirte nada. No volveré a hacerlo, pero, por favor, no me alejes, Irina. Déjame que vuelva a ser tu amigo. Esta vez sin presiones ni acusaciones, y nada de juzgar.

—No te prometo nada, Enzo. Y si esto es una tregua y el principio de una amistad, debes saber cosas sobre mí antes, y ya después decides —le advierto.

—Estoy deseando saberlo todo, Irina.

—Soy inestable, tengo más miedos que cualquier persona de este mundo, tengo inseguridades y sentimientos de culpa que en algún momento te contaré. Soy así y no puedo cambiar. Así que eres libre de irte ahora mismo si quieres, porque no puedo prometer más que

esto: una montaña rusa que a veces está muy arriba, y otras cae en picado —digo agachando la cabeza.

Enzo coge mi mano con la suya y con la otra me agarra la barbilla para que le mire.

—No voy a irme a ninguna parte. Me gustan las montañas rusas, ¿sabes? Soy un gran fan de la adrenalina. —Intenta sonar gracioso, lo cual me hace sonreír.

Me vuelvo a sentir en paz conmigo misma, me acabo de quitar un peso de encima al avisar a Enzo antes de que vuelva a pasar algo malo entre nosotros o de que me vuelva a ver en una situación que no sé gestionar.

—¿Puedes quedarte aquí conmigo hoy? Solo un rato. Antes de que sea la hora de cenar puedes irte. No me apetece estar sola.

—Me quedo contigo el tiempo que quieras, Irina, lo que necesites.

Me tumbo en la cama. Enzo se sienta a mi lado. Tenerle aquí y saber que hemos hecho las paces me hace gozar de una paz mental que me estaba costando estos dos días sin él.

¿Cómo es posible que una persona que apenas conozco sea capaz de darme cosas que llevo buscando mucho tiempo? Supongo que no hay respuesta lógica para ello, y quizás tampoco la necesite. Hace tiempo leí que las almas son capaces de conectar antes que las personas, que los cerebros se conocen mucho antes de empezar una conversación, y que hay corazones que laten a ritmos idénticos sin saberlo. Yo no me creía nada de eso hasta ahora, que parece que empiezo a descubrir que no es tan descabellado que dos personas puedan conectar con solo un par de palabras.

¿Será eso lo que hay entre Enzo y yo? ¿Una conexión entre dos personas que están empezando a compartir momentos? No lo sé, y tampoco quiero saberlo ahora. Sea lo que sea, es una locura que cuanto más la pienso, más extraña me parece. Pero aquí estamos,

en mi cama, con un silencio para nada incómodo y mirando al techo sin tener que mantener una conversación para sentirnos a gusto.

Capítulo 23



Me despierto a la mañana siguiente sin Enzo a mi lado. Debe ser que me quedé dormida y él se fue después. Me levanto de la cama y voy la cocina, donde oigo perfectamente las voces de mi padre y de Enzo.

—Mira quién abre por fin los ojos —dice mi padre.

Miro a Enzo extrañada, pensando en qué hace aquí todavía o en si ni siquiera se habría ido anoche cuando me quedé dormida.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—He dormido en el sofá. Era tarde, y tu padre me invitó a quedarme —me explica, y bebe un sorbo de su café.

—Ah…, entiendo.

En realidad, no lo entiendo en absoluto. Enzo, ¿durmiendo en mi casa? ¡Un hombre durmiendo en mi casa, invitado por mi padre!

Los veo reírse, hablar y hacerse bromas entre ellos, y estoy segura de que mi cara debe de ser un auténtico cuadro, digno del Louvre. ¿Quién es este hombre y qué ha hecho con mi padre? En fin, mi padre es un gran tipo, sí, pero al punto de invitar a dormir a casa a

un chico… Ni siquiera Álvaro se ha quedado a dormir nunca en ocho años; aunque es bastante diferente: mi padre odiaba a mi ex, y no le culpo.

Cojo una taza para servirme el café y desayunar con ellos. Me siento al lado de mi padre y me apoyo en la mesa con el brazo derecho.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —les pregunto.

—Ensayar, como siempre —dice Enzo.

—Yo iré a dar una vuelta con Lu, si no está con su querido DJ otra vez… —digo.

—Siempre puedes venir con nosotros, cielo —dice mi padre.

—No, gracias. Prefiero quedarme en casa —respondo.

—Podríamos ir a cenar después. El último *sushi* me lo tuve que comer solo —me dice Enzo.

—Te confirmo después. Depende de Lu. Yo te aviso.

Al cabo de un rato, Enzo se va de casa para irse a la suya a darse una ducha y cambiarse para el ensayo de la tarde. Mi padre se ha ido a tomar un café con Paco, el carnicero del mercado, y luego a hacer unas gestiones.

Entretanto, hablo por teléfono con Lu, que me confirma que hoy no podremos vernos porque, como sospechaba, ha quedado con Facundo.

Así que dedicaré mi tarde a estar en casa y a prepararme para ir a cenar con Enzo, tal y como me ha ofrecido antes.

Me apetece distraerme un poco esta noche, salir con Enzo a cenar y desconectar un rato, hasta de nuestro pequeño malentendido de hace unos días.

Quizás tenga la gente razón cuando dicen que debería abrirme un poco al mundo y ser más social, más extrovertida, y tener menos miedos. No todo el mundo es igual, no todo el mundo que se

acerque a mí va a hacerme daño ni a destrozarme la vida, y mucho menos Enzo.

Sé que jamás seré capaz de disfrutar de la vida y de mí misma si nunca le doy la oportunidad a la gente, si no lo hago tampoco conmigo. Y es justo lo que tengo que empezar a hacer: ser capaz de tener ganas de vivir y de disfrutar de lo que me rodea.

Me doy una ducha y me pongo un mono largo de color gris. Me recojo el pelo en un moño despeinado y me maquillo un poco para no parecer un muerto viviente. Me calzo unas sandalias y cojo un bolso del armario para guardar lo necesario.

Bajo a la calle y me dirijo hacia donde pensaba que no volvería a ir: al ensayo. Así, luego me iré directamente con Enzo a la cena y no tendremos que encontrarnos en la calle.

Camino escuchando música mientras miro el móvil y las actualizaciones del día de hoy en el mundo.

Llego al edificio y entro con la copia de llaves que mi padre tiene en casa y que he cogido antes de salir. Camino por el largo pasillo hasta llegar a la puerta para entrar en la zona de escenario donde están ensayando. Les oigo perfectamente desde fuera. Reconozco la voz de Enzo, y sobre todo su risa, tan graciosa como siempre.

Abro la puerta y entro lentamente para que no se den cuenta de mi presencia. Mi intento fracasa, puesto que David es el primero en verme.

—¡Irina, hola!

Enzo me mira sorprendido y sonriente a la vez. Niega con la cabeza y se acomoda el pelo. Se muerde el labio, nervioso. Voy hacia ellos.

—Hola, chicos —les digo, y recalco mi mirada en Enzo.

—Cielo, has venido, qué alegría —dice mi padre abrazándome.

—Ay, tía, que alegría, hola —dice Alexis, como siempre, el más cariñoso de todos. Me da un brazo, y yo se lo devuelvo—. ¡Qué guapa estás!

—Venga, que no os quiero entretener, seguir con lo vuestro —les digo, sentándome en el suelo para no molestar.

Veo cómo ensayan, y es cierto que cada vez lo hacen mejor. Ponen más sentimiento y pasión en cada frase que dicen y en cada escena que interpretan. Veo el orgullo en los ojos de mi padre cuando les mira. Y de esa misma forma, yo le miro a él, con un orgullo que llena mi corazón.

Capítulo 24



Al salir del ensayo, cada uno se va en dirección a su casa, incluyendo mi padre, que me deja a solas con Enzo en la calle, justo en la puerta de la escuela.

—Entonces, ¿vamos a cenar? —me pregunta Enzo.

—¿Qué hago aquí si no? Me muero de hambre, así que vamos, por favor —le digo, dando un golpecito en su brazo.

Caminamos por las calles del centro de Madrid en busca de un restaurante de *sushi* que nos guste. Hay muchos, pero ninguno que nos agrade de momento, hasta que de repente vemos uno cuya entrada está llena de plantas en forma de enredadera y es de madera. Parece bonito, y tiene buena pinta, así que decidimos entrar. La decoración de dentro es semejante a la de fuera: todo de madera y lleno de plantas, algunos rótulos de neón con letras japonesas y pegatinas en forma de *sushi* por las paredes.

Esperamos a ser atendidos en la recepción hasta que viene un camarero japonés para dirigirnos a la mesa donde cenaremos esta noche.

El amable camarero nos sienta al fondo del restaurante, en una esquina. La mesa está en el centro. Alrededor, en vez de sillas, hay sofás, lo cual resulta agradable y acogedor. Enzo me invita con la cabeza a que sea yo la primera en sentarse. Le obedezco, y él se sienta después.

El camarero nos entrega la carta. Nos quedamos fascinados por la gran variedad de platos que hay, aunque lo que más nos impresiona es que el precio es bastante económico para la calidad que parece tener la comida.

—Necesito probar este arroz al curry: tiene una pinta deliciosa —me dice Enzo señalando el plato de la carta.

Después de un rato largo para decidirnos, acabamos pidiendo al camarero lo que nos ha parecido buena opción para cenar. En el fondo creo que hemos escogido demasiada comida y que no vamos a ser capaces de comernos todo, pero Enzo ya me ha dicho que tenía hambre y que él normalmente suele comer grandes cantidades, lo cual me alivia un poco.

—El día del Retiro te pregunté si eras feliz, y me dijiste que dentro de lo que puedes, y quería preguntarte si ahora también lo eres.

—Es complicado, Enzo. Mi felicidad no es como puede ser la tuya o la de cualquier persona normal. Ya te he dicho que cargo mucho dolor dentro, que siempre se interpondrá entre la felicidad plena y yo.

—Puedo ayudarte a trabajar en ello, si quieres.

—Enzo, no quiero parecer borde, pero no necesito tu ayuda. Valoro tu compañía, de verdad, y valoro también que quieras ayudarme. Puedo sola —le digo de la forma más amable posible.

—Todo el mundo necesitamos algo, Irina. Todos alguna vez necesitamos ayuda.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí cuando apenas me conoces? —pregunto extrañada al ver tanta preocupación por su parte.

—Le debo a tu padre más de lo que te puedas imaginar. Estoy en deuda con él, y no creo que haya algo más importante para él que tú.

—¿Me estás queriendo decir que te has acercado a mí solo por mi padre? —digo molesta.

—¡No! No es eso. Mira, no suelo ser muy social yo tampoco, aunque no lo parezca y siempre diga que lo soy, pero veo a las personas incluso sin hablar con ellas, y a ti te vi, Irina. Y los pocos momentos que he pasado contigo me han servido para darme cuenta de que eres una buena mujer, que no estaba equivocado con las sensaciones que me dabas, y que te mereces esa felicidad plena de la que tanto hablas, Irina. Lo siento si ha sonado de otra forma, no quería decir eso.

—¿Sabes lo que creo, Enzo? Que detrás de todas esas palabras o actos hay un chico que en el pasado no era tan bueno y ahora quiere salvar a todo el mundo que está a su alrededor por sentirse en deuda con el pasado. Es un clásico, no falla. He visto a miles como tú, miles.

Enzo me mira y no dice nada. Se queda perplejo ante mis palabras, como si analizase cada una de ellas. Deja de mirarme, y empiezo a entender su acercamiento a mí, su deuda con mi padre, su amabilidad y sus grandes ganas de vivir al máximo.

—Me parecería justo que ambos nos hiciésemos una pregunta sobre la vida del otro, así nos conoceríamos más —me dice.

—¿Por qué estás tan interesado en conocerme? No lo entiendo.

—¿Esa es tu pregunta? —me pregunta alzando las cejas.

—No. ¿Quién era el Enzo del pasado, con el que intentas estar en paz? Porque sé que existe, y no puedes negarlo —le pregunto,

extendiendo los brazos en la mesa de forma interesante.

Enzo coge aire y me mira. Suspira y se muerde el labio, nervioso.

—Cuando era un crío, yo era todo lo contrario a lo que soy ahora. Era conocido en el barrio por ser bastante problemático y por darle a mis padres más disgustos que alegrías. Llegué a pasar varias noches en calabozos para menores de edad…, por cualquier tipo de gamberrada que se me ocurría. Mis compañías no eran buenas, y también afectaba mucho a mi comportamiento. Cuando tu padre me encontró, yo estaba haciendo una obra de teatro en la calle. Lo hacía porque me lo habían pedido como trabajo social para entretener a niños. —Hace una pausa para mirar al techo y coger aire—. Tu padre me lo dio todo, me abrió las puertas de la escuela y me trató como a un hijo. Tuvo una paciencia infinita conmigo y, sobre todo, me ayudó a volver a recuperar la relación con mis padres. Así que estoy en deuda con él porque nunca me juzgó por lo que era, sino que confió en lo que podía llegar a ser.

Miro boquiabierta a Enzo, analizando lo que acaba de contarme. Nunca hubiese pensado que su pasado hubiera sido complicado; al revés, pensaba que era un niño de papá y que siempre había tenido lo que quería. No conocía esta parte de él, la parte sensible y vulnerable, y en el fondo sé que todavía me quedan muchas cosas por conocer sobre este chico misterioso que tengo delante de mí cenando *sushi*. Sé que hay más, y quiero descubrirlo. Me sorprende que mi padre no me haya advertido sobre Enzo ahora que sabe que paso gran parte de mi tiempo con él. Supongo que entre ellos habrá una conexión real y que mi padre no ve a ese Enzo del pasado, sino que ve al hombre bueno y amable que es ahora, al que yo he conocido.

—Lo siento —digo en voz más baja—. No quería que te sintieses incómodo al contarme esto.

—No te preocupes. Ya no es algo que me avergüence, al revés, me hace sentirme orgulloso de lo que he conseguido: forma parte de mi esencia, de mi historia. Todas esas cicatrices del pasado forman parte de quien soy ahora. Pero ya hablaremos más sobre mí, ahora me interesa conocer tu historia.

—Es complicado…, yo lo soy, porque mi historia no ha sido fácil —digo bajando la cabeza.

—No creo que hayas sido peor que yo en el pasado, así que soy todo oídos.

—¿Te lo cuento mientras damos un paseo? —le digo intentando evadir el tema de conversación.

Capítulo 25



Después de la gran cena, Enzo me invitó y pagó. Yo le dije que pagaría el postre, y nos fuimos a tomar un helado. No soy muy fan del dulce, pero el helado de menta y chocolate me encanta, así que me pareció una idea estupenda. Él lo pidió de oreo y me ofreció probarlo. No me gustó, como la mayoría del resto de helados.

Ahora estamos caminando por el paseo de la Castellana, disfrutando del aire fresco y de lo bonita que está la ciudad llena de las luces de las farolas y de los coches. Madrid tiene un encanto especial, aunque no me termina de gustar. Siempre he preferido la tranquilidad de una ciudad costera, con sus grandes palmeras y sus largos paseos marítimos con olor a mar, o al menos así es como me la imagino, ya que nunca he tenido la suerte de ir a la playa. Mis padres trabajaban mucho y nunca sacaron tiempo para llevarnos a Fran y a mí a unas vacaciones. Nos quedábamos en Madrid en verano, mientras que el resto de nuestros compañeros nos contaban sus divertidas vacaciones. Supongo que una vida con padres como los míos tiene su lado bueno y su lado malo.

Siempre he dicho que me encantaría el día de mañana poder vivir en la playa o cerca, a una hora como mucho en coche.

—¿En qué piensas? —me pregunta Enzo, trayéndome de vuelta a la realidad.

—En el mar, en lo bonito que sería este paseo oyendo las olas y oliendo la sal, con la humedad pegada en el cuerpo —digo mirando el cielo oscuro.

—Hablas como si nunca lo hubieras hecho —dice, parándose en seco.

—Así es, no he ido nunca a la playa, nunca he visto el mar.

—¡Eso es horrible! Yo te llevaré. Tienes que ir a verlo, es impresionante y precioso. Te llevaré.

Lo miro y arqueo las cejas al ver su rostro alegre al decirme que me llevará al mar. No habla en serio, sé que es una forma de hablar, y no importa; en algún momento de mi vida iré, tarde o temprano.

—Claro que sí, galán, claro que sí…

—Por cierto, me debes una respuesta —dice, sentándose en el borde de una fuente.

—Cierto, te la debo. Bien… —digo sentándome a su lado.

Le miro y cojo aire para ser capaz de contar mi historia y mi vida sin derramar una lágrima en el intento.

—Todo empieza por Álvaro, mi exnovio, con el que estuve muchos años. Éramos una pareja envidiable, y éramos felices, hasta que empezó a cambiar y ser horriblemente cruel conmigo. Llegó al punto de casi prohibirme pasar tiempo con mi familia y… —Hago una pausa para secarme la lágrima que me cae por la mejilla, pensando en la parte que viene de la historia—. Una noche, mi padre celebraba su cumpleaños en un restaurante. Discutí con mi madre porque Álvaro me prohibió ir, debido a una disputa que tuvimos. Mi madre y mi hermano se fueron enfadados de casa; no querían ni

verme. Cogieron la moto que le acababan de regalar a mi hermano por Navidades; empezó a llover mucho y…

Enzo se da cuenta enseguida de lo que pasa y se acerca más a mí para abrazarme y dejar que apoye mi cabeza en su hombro. No contengo las lágrimas y jadeo fuerte en su hombro.

—Yo les maté, fue mi culpa… Yo maté a las personas que más quería en esta vida. Fui yo… —Lloro cada vez más fuerte.

—No es tu culpa, Irina. Tú no mataste a nadie. Fue un accidente trágico que arrebató sus vidas. No es culpa tuya. Quizás estaba en el destino que sucediese así y no se podía hacer nada por evitarlo. Quizás si hubieses ido con ellos, ahora no podrías contar esta historia, porque te hubiera pasado a ti también —dice, acariciando mi cabeza.

—El destino no existe, Enzo. Murieron por coger esa moto al no ir yo a esa estúpida cena. Si hubiéramos ido en coche, no hubiese pasado nada. Pero es cierto: yo también morí aquella noche; al menos la Irina que yo era antes murió con ellos —digo, recordando lo que tuve que pasar.

»Pasé meses en el psicólogo, intentando justificar que aquello no había sido mi culpa, que había sido un accidente y que yo no podía haberlo evitado, y siempre volvía al punto de partida, al mismo de siempre: les había matado. Yo había sido culpable de que mi madre y mi hermano ya no estuvieran con vida. Por lo que decidí que era mejor dejar las sesiones, ya que eran demasiado caras y no me estaban ayudando nada.

—Me hubiera encantado conocer esa versión tuya de la que me hablas. Estoy seguro de que a ellos les gustaría saber que sigues siendo como antes, que sigues siendo su Irina.

—Ya no queda nada de esa chica, absolutamente nada. Por Dios, Enzo, si hubieras visto lo feliz que era, los chistes malos que contaba

a todas horas y las ganas de vivir que tenía… —digo, añorando esa parte de mí.

—Podríamos intentar traerla de vuelta. A ver, cuéntame un chiste, soy todo oídos.

Doy un golpe en su brazo, de broma, y me seco la cara que tengo llena de lágrimas. Luego nos levantamos para ir a nuestras casas.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —me pregunta.

—Será mejor que no. Me voy a casa. Mañana quiero levantarme temprano, sobre las nueve, para ir a buscar locales que se alquilen o vendan, pero te agradezco la invitación, de veras.

—Vale, como quieras. Hablamos entonces. Que tengas dulces sueños.

Le dejo en su portal y camino por Gran Vía, en dirección a mi casa. Creo que me ha venido bien liberarme y poder expresar mi historia a una persona que apenas conozco y que me ha escuchado atento, sin juzgar absolutamente nada. Quizás tenga razón en que debería abrirme más y dejar salir mis pensamientos y emociones, pero me cuesta demasiado hablar sobre mi pasado. Tengo una coraza demasiado grande. Muchos pensarían que solo me hace más daño. Yo siento que me protege de volver a sufrir, de volver a sentir.

Capítulo 26



Llegué a casa en pocos minutos. Lo primero que hice fue cambiarme de ropa y ponerme mi camiseta de pijama. Luego, algo que hacía muchos años que no hacía: me miré al espejo y me hablé durante varios minutos, dándome ánimos y fuerzas para despertar al día siguiente de buen humor. Después de eso y de liberarme más aún, me puse mi lista de reproducción de Spotify y me metí en la cama hasta quedarme dormida profundamente.

Ahora sigo en la cama, con la alarma sonando y revolcándome en las sábanas, remoloneando para no tener que levantarme. Abro los ojos de inmediato cuando recuerdo que la alarma me está avisando de que tengo que ir en busca de locales.

Salgo de mi habitación corriendo y con un buen humor que me extraña hasta a mí.

—¡Buenos días, papá! —grito feliz mientras voy a la cocina.

Mi padre me mira extrañado, asombrado y con dudas al respecto sobre mi energía positiva de esta mañana.

—Buenos días, cielo. ¿Todo bien?

—Sí, papá, todo perfecto, todo bien —digo sonriendo.

Cojo mi taza de café como todas las mañanas y me siento al lado de mi padre mientras ojea páginas relacionadas con su obra. Veo que me mira extrañado y confundido. Para él, este cambio de humor es extraño. Yo tampoco entiendo por qué me hace tan feliz levantarme tan pronto solo para ver locales. Sé que me mira por otro motivo: hace mucho que no desayunábamos juntos en la cocina, y desde hace unos días vuelve a ser rutina para nosotros.

—Buenos días.

Salto de la silla en cuanto oigo la voz de Enzo detrás de mí. Me vuelvo para verle. Va vestido con una camisa azul cielo, un pantalón vaquero de su estilo y sus Nike Air Force blancas habituales. Lleva una bolsa marrón en la mano y su sonrisa de siempre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto.

—Dijiste que te ibas a levantar pronto, y no tenía nada mejor que hacer hoy que acompañarte a buscar ese local con el que tanto sueñas.

Mi padre me mira. Le veo por el rabillo del ojo, y miro boquiabierta a Enzo.

—¿Tú sabías algo de esto, papá?

—Alguien le ha tenido que abrir la puerta —responde mi padre.

—Maravilloso, ahora conspiráis a mis espaldas, estupendo. Voy a vestirme, no te muevas de ahí —le digo a Enzo—. Muévete lo que quieras, pero no te vayas —rectifico.

Oigo que Enzo y mi padre se ríen mientras me cambio de ropa en la habitación. Cojo lo primero que encuentro en el armario. Me pongo una falda vaquera corta, por encima de unas medias negras y un *body* negro de tirantes. Me calzo unas zapatillas negras y cojo el bolso que usé ayer. Rebusco en mi mesilla blanca de al lado de la cama los papeles con todos los requisitos que quiero para el local,

con direcciones que me gustan para la ubicación y con algunas referencias que me han gustado de internet para ir a verlos en persona.

Salgo de la habitación y, sin hacer mucho ruido, observo la escena adorable de mi padre agarrando a Enzo por los hombros y enseñándole fotos de cuando éramos pequeños. Me duele cuando coge una foto de Fran y le habla de lo maravilloso que era su hijo y de cuánto le echa de menos. Sonrío al ver cómo mi padre quiere aún tanto a su hijo. Supongo que es un sentimiento que no puedo entender al no tener un hijo, pero imagino que ese amor va más allá de lo que puedo llegar a creer. Fran era la persona más adorable del mundo, cariñoso con todo aquel que le rodeaba, y alegre. Joder, era tan alegre que resultaba incluso agotador; cualquier persona apreciaba el gran corazón que tenía mi hermano. Le echo tanto de menos que no soy capaz de explicarlo. Era mi otra mitad, mi media naranja y mi compañía favorita. Nadie imagina lo que me cuesta a día de hoy asimilar que ya nunca más volveré a verle.

—¿Nos vamos? —interrumpo la conversación.

—Claro, vamos. Señor Castro, ha sido un placer pasar este rato con usted —dice Enzo.

—Deja de llamarme así, por favor. Haces que me sienta viejo; además, creo que ya tenemos confianza de sobra —dice mi padre, y le abraza.

Sonrío al verles. Es agradable ver que mi padre es tan amoroso y cariñoso con todo el mundo.

—Esto es para ti —dice Enzo, dándome la bolsa que lleva en la mano.

Miro el interior y encuentro una napolitana de jamón y queso, con una pinta deliciosa.

—¿Y esto? —pregunto.

—Dijiste que te gustaba más el sabor salado que el dulce. He pasado por una pastelería donde compraba mis desayunos cuando era niño, y me he acordado de ti.

—Gracias, de verdad. Me encantan las napolitanas.

—Venga, vamos, no perdamos más tiempo —dice Enzo.

Capítulo 27



Paseamos lentamente por las calles que llevo apuntadas en mis hojas. Vamos mirando alguno de los locales que nos encontramos por el camino. Voy anotando los teléfonos de los que más me gustan para después llamar y decidir los que mejor me parezcan. Hemos estado hablando en todo momento, compartiendo anécdotas sobre lo que hacíamos cuando éramos niños. Enzo me ha contado varias. Sin duda, mi favorita ha sido cuando copió en un examen apuntando las respuestas en su brazo y la tinta del bolígrafo le explotó en la cara. Le expulsaron una semana del instituto. Me ha hecho mucha gracia imaginar la situación, y me hubiera encantado ver a aquel adolescente lleno de vergüenza.

Los padres de Enzo le perdonaron todo lo que hizo en el pasado. Lleva mucho tiempo sin verlos. Su relación nunca volvió a ser la misma una vez que se fue de casa y empezó a centrarse en su carrera como actor. Sus padres cada vez le llaman menos, por miedo a molestar, y él cada vez les visita menos, porque aún se siente culpable por aquel pasado tan oscuro que me contó. Se siente

culpable, del mismo modo que yo lo hago por la muerte de mi familia, por eso le entiendo y le comprendo tanto. Cuando una persona carga tanto dolor en su interior, es difícil volver a hacer las mismas cosas que hacía en el pasado y confiar en uno mismo. Enzo ha conseguido apartar eso que siente en su interior, y le admiro por ello. Yo todavía no he llegado a ese punto de vista que tiene él, pero Enzo confía en que lo conseguiré en algún momento. No opino lo mismo, aunque es agradable que alguien confíe tanto en mí. Lo que me ha contado Enzo me ha hecho entender por qué se esfuerza tanto conmigo: soy como su proyecto, quiere que consiga lo que él ha logrado, quiere que sea capaz de superar y afrontar los problemas que me surjan en la vida, y me gusta ver que no tiene pinta de rendirse tan fácilmente como yo lo haría, lo que me da un poco más de fuerza interior.

—Este es perfecto —digo señalando un local que está justo delante de nosotros.

—Si está en ruinas —me dice.

—Lo sé, por eso es perfecto, porque puedo arreglarlo y construirlo a mi manera, dándole cariño y amor desde el principio. —Sonrío mirando el local.

—Nunca te había visto sonreír así. ¿Sabes que pestañeas más veces de lo normal cuando algo te hace feliz?

Le miro sorprendida, directamente a los ojos, y le abrazo, ya que no puedo controlar ni reprimir la felicidad que siento en este momento. Posiblemente haya encontrado el que será mi local el día de mañana.

—Tengo que llamar ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

Apunto el número de teléfono en mi móvil y marco, esperando una buena noticia.

—¡Hola! Mi nombre es Irina Castro y quiero comprar su local. Estaría muy interesada.

—Lo siento, señorita Castro. Estamos pendientes de una decisión, posiblemente se venda esta misma tarde.

—Oh, claro, lo siento. Muchas gracias.

—Gracias a usted, que tenga un buen día.

Cuelgo el teléfono y miro a Enzo. Sonrío falsamente y niego con la cabeza.

—¿Y bien? —me pregunta.

—Seguramente lo vendan en un par de horas, he llegado tarde. —Intento esconder mi tristeza.

—Encontraremos otro, ¿vale? Uno mejor que este, y lo convertiremos en la mejor tienda de ropa de Madrid, mejor aún, ¡en la mejor del mundo entero! —Me agarra la mano.

—Me gustaba este. Ya había imaginado hasta cómo serían las puertas y ventanas. La ubicación es perfecta, Enzo. No va a haber otro local igual.

—Sé positiva. Vamos a conseguirlo juntos.

—Quiero irme a casa a cocinar y a despejarme un poco. Puedes venir si quieres, o irte a casa, lo que te apetezca.

—¿Quieres estar sola?

No lo sé, no sé si quiero estar sola o quiero que venga conmigo a hacerme compañía mientras despotrico mil veces sobre locales y sobre el resto del mundo.

—En realidad, no. Me vendría bien algo de compañía. ¿Puedes venir conmigo?

—Por supuesto, no tengo nada mejor —dice y sonríe.

Capítulo 28



Llegamos a mi casa tras comprar en el mercado un par de filetes de ternera y unas patatas. Ahora nos encontramos en la cocina. Enzo está pelando las patatas, y yo estoy friendo los filetes en la sartén.

—No entiendo cómo te puede gustar y relajar cocinar —dice Enzo.

—Bueno, me gustan cosas que son diferentes y que no a todo el mundo le gustan. Soy rara.

—Me encanta que te gusten cosas que no a todos le gustan, pero no eres rara.

—¿Eso no es la definición de rara? —le pregunto riéndome.

—No, yo diría que eres especial.

Le sonrío. No le digo nada más, simplemente me dedico a seguir cocinando mientras él me cuenta cosas de la obra de teatro. Sé que está nervioso, porque es un papel importante para su carrera y se siente presionado por no fallar a mi padre y porque su trabajo sea valorado.

Cuando Enzo termina de pelar las patatas, me las deja puestas en un plato en la encimera y las cojo para freírlas también. Los filetes

están listos. Le veo coger el teléfono y me hace un gesto con la mano: se va a retirar para hablar unos minutos. Asiento con la cabeza y le veo dirigirse al salón.

Frío las patatas y las sirvo en los respectivos platos, donde están los filetes. Mientras espero a Enzo, decido hacer de acompañamiento una salsa de queso roquefort, que me encanta. La receta me la enseñó mi madre cuando era bien pequeña; fue ella quien hizo que amase tanto el queso.

Enzo vuelve a aparecer por la cocina más sonriente que antes. No dice nada, simplemente se vuelve a sentar frente a su plato para empezar a comer. Yo hago lo mismo.

—Tengo que irme después —me dice.

—Suponía que no te ibas a quedar todo el día aquí conmigo, así que tranquilo.

—Bueno, siempre puedes venir luego al ensayo.

—No estoy de humor hoy, pero te lo agradezco, de verdad.

Terminamos de comer y nos fumamos un cigarro sentados en el balcón de mi habitación, conversando sobre temas de la vida y sobre cómo funcionan las cosas hoy. Enzo es un alma vieja, es como si su mente tuviera más años de los que en realidad tiene. Pienso que está chapado a la antigua: dice que prefiere el amor y la relaciones tal y como eran antes, que la juventud era mejor, y que los niños tenían una infancia mucho más feliz. Para ser honesta, estoy de acuerdo con él. Luego, en cambio, cuando le miras y le analizas, ves que es una persona llena de vida, con un espíritu alegre, a veces un tanto infantil. Es bastante serio, pero me gusta cuando es gracioso, porque le sale tan natural que resulta hasta raro.

Después de un rato conversando, llega la hora de irse para Enzo. Yo me quedo en la cama, para dormir un poco de siesta.

Me pongo la película *Expediente Warren* y me coloco en la cama para coger posición y dormir mientras tanto. Soy muy fan del cine de terror, otra cosa que compartía con Fran, al que también le encantaba este tipo de películas. Al ser tan fan, también soy demasiado crítica y casi no me gusta ninguna película de las que hacen, partiendo de la base de que ninguna me da miedo, ninguna consigue hacerme sentir interés, porque al fin y al cabo todas acaban siendo iguales, menos *Expediente Warren,* que tiene robado mi corazón por completo, ya que considero que el miedo que genera la película es bueno, y también porque admiro el amor y la relación que tienen sus protagonistas. No me gusta el amor, pero sin duda, si pudiera elegir, elegiría que alguien me amase tanto como Ed a Lorraine. Por culpa de esta película, también soy una gran fan en secreto de Elvis Presley; por eso, cuando Enzo puso aquella canción en el parque, me sorprendí tanto que accedí también a bailar con él. Porque, con nuestras edades, no es muy normal escuchar ese tipo de música.

Capítulo 29



Me despierta el horrible tono de llamada de mi teléfono, trayéndome de vuelta de mi profunda siesta, tan agradable y de la que ya no puedo disfrutar. Agarro el móvil y le doy al botón de coger la llamada.

—¿Diga? —pregunto al ver que no reconozco el número de teléfono.

—Señorita Castro: soy Iván, el dueño del local al que ha llamado usted hace unas horas.

—¡Sí, sí! Dígame. —Me incorporo en la cama y me restriego los ojos con las manos.

—Enhorabuena, es usted la nueva propietaria.

Me quedo mirando a la pared que tengo enfrente, sin saber articular palabra. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero de una felicidad enorme. Hacía meses que no me sentía tan feliz por algo. No sé cómo reaccionar. Desde luego que si tuviese a ese hombre delante le daría un gran abrazo.

—Señorita Castro, ¿está usted ahí?

—Lo estoy, lo siento. Es que no sé qué decir…

—No se preocupe. La espero mañana a las nueve para firmar y explicarle lo que necesite.

—Gracias, señor, mil gracias.

Nos despedimos y cuelgo la llamada. Salto en la cama de felicidad, chillando con una alegría plena, con esa felicidad de la que tantas veces he dicho a Enzo que ya pensaba no volver a tener. No puedo creer que esto acabe de pasarme y me pellizco un par de veces para cerciorarme de no estar soñando.

Sigo gritando hasta quedarme sin voz y sonriendo a la foto de mi madre y mi hermano, para que desde donde ellos estén puedan ver que por primera vez desde que no están conmigo soy feliz. Por fin, después de tanto tiempo en la oscuridad, empiezo a ver la luz al final del túnel. Poco a poco empiezo a asomar la cabeza a lo que tanto deseaba: la paz mental.

Este sentimiento es tan agradable que necesito compartirlo, necesito gritarlo al mundo entero.

«Enzo», pienso.

Ahora mismo pienso en él, en las ganas que tengo de contarle esto y en lo mucho que me gustaría que se hubiese quedado conmigo para enterarse de la noticia a la vez que yo.

Iré a verle, iré al ensayo a contárselo. Necesita saberlo, y yo necesito que lo sepa.

No sé por qué tengo esta necesidad tan grande de contárselo. Supongo que será porque se ha molestado en acompañarme esta mañana a buscar locales y porque me ha visto hundida cuando me habían dicho que no podía quedarme con este maravilloso local. También, porque se ha quedado a hacerme compañía para que me sintiese mejor, y el mayor motivo: porque desde hace tan solo unos pocos días se ha convertido en mi única compañía.

No sé bien en qué momento Enzo y yo empezamos a compartir nuestros días y momentos llenos de grandes conversaciones, y algunos otros días de no hacer nada y de silencios. No sé cómo ocurrió, solo sé que le tengo, por primera vez en mucho tiempo. Tengo la sensación de tener a alguien al lado y no sentirme sola, no al menos tan sola como me sentía antes de él.

Me pongo un vestido largo de algodón, con canalé fino y de color *beige.* Me calzo mis deportivas y cojo el bolso que he usado esta mañana. Me peino una coleta alta y salgo corriendo de casa para llegar a tiempo al ensayo y ver a Enzo.

Capítulo 30

Enzo



Me siento en el suelo para ver cómo interpretan las escenas. Mientras, por fin, descanso un poco. Llevo todo el rato siendo yo quien practicaba una y otra vez su muerte, y resulta agotador. Aunque resulta más agotador tener que aguantar a mi compañera.

Míriam es complicada, una chica de gran carácter y, sobre todo, algo que odio, demasiado creída. Es guapa, y ella lo sabe, pero eso solo le hace ser peor persona, hace que su horrible personalidad se multiplique. Joder, hay chicas mucho más guapas que ella, y no por eso son tan creídas. Por ejemplo, Irina. Ella es la chica más guapa que he visto en mi vida, y aunque a veces sea arisca y borde —que solo se lo digo por picarla—, no es creída, no es como las demás, en fin, no es como ninguna chica que haya conocido.

Encima, para rematar, Míriam piensa que a mí me gusta, algo que ni en veinte vidas podría conseguir.

Nunca me fijaría en alguien como ella, en alguien que mira a todos por encima del hombro. Yo soy un hombre sencillo, al que le gusta la sencillez y lo natural, a quien le gusta la aventura y los retos, y no considero que Míriam sea ningún reto. Me molesta que ella sea Julieta en la obra, porque no tengo ningún tipo de química para que parezca real. Todo el mundo piensa que ser actor es fácil, pero hay cosas que no se pueden forzar, y otras que no se pueden disimular, como que últimamente mi cabeza anda por las nubes, pensando siempre en lo mismo, queriendo solo una cosa y disfrutando de eso que quiero.

—¡Enzo! ¡Enzooooooo!

La voz de Irina me trae de vuelta a la realidad. Miro a la puerta y la veo correr como una loca hacia mí. Sonriendo y gritando mi nombre una y otra vez. Me levanto del suelo para ver qué ocurre, y cuando ella se acerca más, salta a mis brazos de un brinco. La cojo en el acto y aún sin entender a qué viene todo esto, la abrazo más fuerte todavía, sintiendo su pulso acelerado y su respiración agitada.

No existe nada más, no hay nadie alrededor, solo estamos nosotros, fundiéndonos en un abrazo. No hay nada más. Nada importa.

—¿Qué pasa? —le pregunto, dejándola nuevamente en el suelo.

La veo sonreír, y veo también lo nerviosa que está, casi sin poder hablar y con los ojos llorosos.

—Hija. ¿Qué pasa? —pregunta su padre.

Ella solo me mira a mí, y yo la miro a ella. Como si las voces que siguen sonando en mi cabeza, preguntando qué pasa, no existiesen. Y, sinceramente, para mí ahora no existe otra cosa, salvo Irina.

Me gustaría saber en qué momento se volvió tan importante para mí, en qué momento empecé a basar mis días y mi tiempo en ella,

en qué momento la convertí en mi prioridad y me cautivó de esta forma tan abismal.

La conozco de apenas unos pocos días, ni siquiera se podría decir que somos amigos, apenas nos conocemos, aunque eso no importa. Ya no importa, porque ahora lo único importante es que me ha descolocado la vida, me ha envuelto y me ha hechizado.

Es guapa, joder, claro que lo es, pero es mucho más que una cara bonita. Es arte, un arte que no todo el mundo puede apreciar, un arte oscuro que no es fácil de mirar, pero una vez te paras a observar, no puedes dejar de ver la belleza que contiene. Tiene un alma oscura, difícil y quizás deprimente, pero a mí me alegra la vida como nadie lo había hecho, me ha dado ganas de vivir. Yo antes iba por el mundo sin rumbo, sin destino y sin querer nada ni a nadie. Tenía una vida basada en el teatro y en intentar conseguir que mis padres me perdonasen de verdad por lo que les hice en el pasado, hasta que la vi a ella por primera vez. Ella piensa que nos conocimos el día que vino a cubrir la ausencia de su padre. No fue así. Yo ya la había visto caminar alguna vez por las calles de Madrid, siempre escuchando música y mirando al suelo, colocándose el pelo cada pocos segundos, y actuando como si nada le importara. Y así era. Luego supe que no le importaba absolutamente nada.

Me quedé asombrado con esa mirada tan penetrante que tiene, con esa forma de mirar dentro del alma de la gente. Aunque ella no lo sepa, tiene el don de poder ver lo bueno en el resto del mundo, solo que no es capaz de darse a sí misma la oportunidad de conocer a la gente. Pero a mí, aún sin saber por qué, me eligió, me dio la oportunidad y me dejó entrar en su vida, y no podía dejar pasar esa oportunidad, necesitaba tenerla a mi lado de la forma que fuese, lo supe desde el primer momento que la vi.

Sé que ella no siente lo mismo y que quizás nunca lo hará. No importa, eso no importa con tal de poder ver cómo avanza y es feliz. Aunque ella no me quiera, yo siempre querré lo mejor para ella.

—Me han dado el local —dice por fin.

Sonríe, y me contagia la sonrisa en el acto. La abrazo fuerte y acaricio su cabeza, apretándola contra mi pecho mientras oigo que sigue llorando de felicidad.

Cualquier persona en el mundo pensaría que estoy loco, quizás hasta yo mismo lo piense. No podía dejar que Irina se volviese a hundir, tenía que conseguir que tuviera un motivo más por el que querer vivir y luchar, y no dudé ni un segundo en pagar el doble que aquellos hombres que iban a comprar el local. He tenido que hacerlo, y no me arrepiento. No sé lo que pasará el día de mañana, quizás hasta perdamos el contacto y no volvamos a vernos, pero me quedaré tranquilo sabiendo que la única persona por la que he conseguido sentir algo será feliz el resto de su vida.

—Te dije que lo conseguiríamos, te lo dije, mi arisca y enfadica favorita.

Ella me sonríe sincera, con mi mano entrelazada en la suya. Todos están mirándonos sin entender nada.

—No podría haberlo hecho sin ti —dice, y creo que en el fondo no se da cuenta de que, en cierto modo, tiene razón, porque he tenido que soltar una gran cantidad de dinero. Por ella merece la pena, todo merece la pena.

Capítulo 31



Ahí está, delante de mí, feliz como si fuera él quien ha recibido la mejor noticia de su vida. No es así, está feliz por mí, y eso me gusta y me sorprende a partes iguales. Nunca nadie se había vuelto tan feliz por algo mío, ni siquiera Lu o mi padre, que por cierto sigue mirándome atónito y sin entender nada de lo que está pasando, igual que el resto de los chicos.

Enzo se ha convertido en una parte muy importante de mi rutina y de mi vida, es con la persona que más tiempo comparto, y, sin saber por qué, eso cada día me gusta más. Me alegra pensar que hay alguien en el mundo que me entiende o que al menos lo intenta, alguien que comparte mis alegrías y, sobre todo, que respeta mi tristeza y mis cambios de humor tan drásticos y comunes. Sé que el día de mañana podríamos llegar a ser grandes amigos. A día de hoy, junto con Lu, es lo más parecido a un amigo que tengo, y eso me pone contenta.

—Cielo, ¿qué está pasando? —me pregunta mi padre.

—He conseguido un local, papá. Está en ruinas, lo que significa que podré hacerlo todo a mi manera y a mi gusto —le digo sonriendo.

Mi padre me abraza fuerte. Sabe lo importante que es para mí, y sabe que es un paso más para recuperar a la hija feliz que un día perdió.

—Eso es maravilloso, cielo. Quiero que me cuentes todo, con pelos y señales.

—Irina, felicidades, tía, te lo mereces muchísimo. Cuánto me alegro. Si necesitas ayuda con esa tienda, sabes dónde estoy —me dice esta vez Alexis, dándome un abrazo de los suyos.

—Gracias, y gracias, contaré contigo si lo necesito, Alexis.

—Te va a ir genial, ya lo verás —me dice, y se aleja para dejar que Enzo se acerque de nuevo.

—Venga, chicos, os invito a cenar para celebrarlo —les digo a todos.

Míriam se me queda mirando, celosa por la escena que acabamos de montar Enzo y yo.

—Yo no voy, tengo mejores cosas que hacer —dice Míriam.

Ella parecía mucho más simpática el primer día que la conocí, parecía mucho más agradable. Supongo que un hombre guapo y de ojos casi negros es el culpable de que ya no quiera ser tan simpática conmigo.

—Perfecto, pues estamos todos —dice Enzo, rodeándome los hombros con su brazo.

Me siento nerviosa cuando noto su piel en contacto con la mía. Miro al resto del grupo, esperando su respuesta.

Todos asienten con la cabeza, y luego cogen sus cosas para irnos de la escuela. Mi padre es el último en salir, puesto que se queda un par de minutos apagando las luces y cerrando las aulas. Nosotros

esperamos en la calle. Todos me felicitan y me abrazan cuidadosamente, ya que no tenemos mucha confianza para estos gestos de cariño.

Enzo me mira alejado. Tiene su teléfono en la mano y observa detenidamente la pantalla, sonriente.

Arqueo las cejas, ya que no sé lo que está viendo. Se me pasan mil cosas por la cabeza.

«¿Estará conociendo a alguien? ¿Le gustará alguna chica?», pienso.

Si es así, ojalá sea alguien tan buena y amable como él; se merece eso y más. Creo que nadie podría estar a su altura, y le será difícil encontrar a alguien con un corazón tan puro. Aunque seguro que lo hará en algún momento de su vida. Yo estaré para verle enamorarse, y aguantaré sus dramas de novios; me quedaré horas al teléfono, escuchándole hablar sobre su novia, y eso me hará muy feliz.

«¿Verdad?», pienso.

A pesar de que tengo claros mis sentimientos por Enzo, a veces me encantaría haberle conocido hace años, cuando todavía creía en el amor, cuando no me había apagado, cuando no me habían matado y rematado varias veces, cuando aún era yo misma, cuando quería vivir la historia de amor más bonita del universo. Pienso en lo feliz que me hubiera hecho como pareja, en lo diferentes que serían las cosas ahora, en que quizás, solo quizás, no hubieran muerto mi madre y mi hermano. Porque, si le hubiese conocido antes, Álvaro no hubiera existido, jamás hubiéramos estado juntos, y nunca me habría prohibido cosas como ir al cumpleaños de mi padre. Ya es tarde. Enzo ha llegado demasiado tarde, y esa Irina que podría haberle amado y ser feliz ya no está.

Mi padre sale por fin y nos informa de que tiene el sitio perfecto donde podríamos ir, tan solo a unos pocos minutos de donde estamos.

Todos caminan cerca de mi padre. Yo les sigo unos pasos por detrás. Disfrutando de este pequeño instante de felicidad y deseando que, a partir de ahora, todo siga siendo así.

Cojo mi móvil para enviarle un mensaje a Lu e invitarla a que venga a la celebración.

—¿Un girasol? —dice Enzo, refiriéndose a la foto que tengo de fondo de pantalla.

Me asusta y le miro desconcertada.

—Me has asustado —digo riéndome—. Sí, un girasol. Me encantan, me recuerdan mi infancia. Mi madre solía regalarme un girasol una vez al mes, porque sabía lo feliz que me hacía ponerlos en mi balcón —le cuento con añoranza.

—Me hubiera encantado ver tu cara cada vez que recibías uno.

—Era feliz. Aquella era una buena época de mi vida. Ojalá la hubieras visto.

Me quedo callada tras decir lo que he dicho, deseando que la tierra me trague.

¿Por qué desearía que él hubiera visto aquello? No tenía sentido lo que acababa de decir, o al menos no quería dárselo. El sonido del mensaje de confirmación de que vendrá a cenar Lu me trae de vuelta a la realidad y le mando la dirección para que venga en cuanto pueda.

Capítulo 32



El restaurante es agradable, con ambientación mexicana, como si de verdad estuviéramos en un restaurante de México. Tiene hasta el mínimo detalle, todo bien cuidado, con un olor increíble y una decoración maravillosa.

Los camareros van vestidos como mariachis, todos nativos y superagradables. Han reconocido a mi padre en cuanto hemos entrado por la puerta y nos han sentado en la mejor mesa del restaurante, alejados del resto, divididos por una cortina, y con una gran televisión conectada a un equipo de música para que pongamos lo que queramos mientras cenamos.

—¿Dónde está mi empresaria favorita? —dice Lu, abriendo las cortinas.

Me levanto corriendo para abrazarla y vuelvo a derramar alguna lágrima de felicidad, al igual que ella.

Sabía que esta noticia la haría feliz y querría compartirla conmigo, igual que yo con ella. Es una gran amiga; tiene sus cosas, como todo el mundo, pero es maravillosa. Quizás un poco distante a

veces, ya que vive en su mundo, pero cuando la necesitas, está ahí la primera siempre. Tengo mucha suerte de tenerla.

—Te lo mereces, amiga mía, más que nadie en el mundo —me dice mientras sigue abrazada a mí.

—Gracias, Lu, esto es muy importante para mí.

Le indico a Lu cuál es su silla después de presentarle a todos los chicos, menos a Enzo, al que tuvo la oportunidad de conocer aquella noche en el pub donde trabaja su novio como DJ.

Lu se sienta a mi lado izquierdo. Enzo está a mi otro lado. Los demás están situados como han querido, todos en la mesa circular donde nos han sentado. Hablan entre sí, y parece que están disfrutando. Mi padre tenía razón: son un gran grupo de chicos, muy diferentes entre sí, pero comparten dos cosas: la pasión por el teatro y el respeto a mi padre. De ahí que hayan dejado sus cosas personales para venir a celebrar que me han dado un local para cumplir mi sueño.

—¿Ya saben lo que van a pedir? —nos dice el camarero con su gran acento.

Todos pedimos lo que queremos. Enzo y yo vamos a compartir unos nachos y unos tacos de pollo y verduras con salsa picante.

Esperamos a que nos traigan la cena mientras disfrutamos de una gran conversación, al menos para mí, ya que les estoy contando el proceso de cómo decidí ser autónoma y tener mi propio negocio. Enzo me mira sin pestañear. Aunque ya sabe la historia más o menos resumida, escucha atento como si fuese la primera vez que me oye hablar de esto.

—¿Quieres que luego vayamos a mi casa? —me pregunta Enzo, bajando la voz para que nadie nos oiga.

—Claro —le digo.

Probablemente, hoy sea uno de los mejores días de mi vida. Por fin, después de tanto tiempo, me siento feliz, y siento también que voy recuperando las ganas de volver a ser yo y de poder vivir una vida tranquila y buena.

Sé que Enzo tiene mucho que ver. También sé que no es muy normal que una persona a la que apenas conozco haya puesto mi vida patas arriba y haya conseguido lo que mi padre y Lucía llevan intentando mucho tiempo. Es increíble, ni siquiera sé describirlo con palabras, porque tampoco sé el motivo por el que Enzo ha logrado este avance.

Después de la maravillosa cena, hablando y riendo todos, nos levantamos y pago la cuenta feliz. Hemos pasado un rato muy agradable.

Capítulo 33



Tras un agradable paseo con Enzo, disfrutando de la buena noche que hace hoy en Madrid, llegamos a su casa. Él abre la puerta y yo le sigo. Me informa de que va a ir al baño, a cambiarse de ropa para estar más cómodo. Yo me quedo en el salón mientras tanto. Mi mirada se queda fija en un montón de sobres que parecen cartas que están encima de un pequeño mueble que tiene debajo de la televisión.

Me acerco a las cartas y empiezo a ver lo que parecen ser los nombres de sus padres. Entiendo que son cartas que Enzo ha escrito, pero que no ha mandado. Puedo calcular que hay más de cuarenta. Una de ellas está sin cerrar, por lo que decido ver lo que contiene.

Se me encoge el corazón cuando veo que en la carta pide una y otra vez perdón a sus padres.

Enzo es una persona decidida y valiente, por lo que no consigo entender cómo no ha mandado estas cartas. Supongo que el miedo

y la culpa que tiene dentro se lo ha impedido, y me da rabia pensar que sus padres nunca van a leer lo que siente su hijo por ellos.

Cojo mi teléfono para hacer una fotografía de la dirección de los padres. No sé si lo que estoy pensando será una decisión acertada y correcta, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Sé que esto no me corresponde a mí; también sé que Enzo necesita un empujón para dar el siguiente paso.

Oigo abrirse la puerta del baño y corro a sentarme en el sofá para disimular con mi teléfono en la mano, como si estuviese mandándole un mensaje de agradecimiento a Lu por haber podido venir a la cena.

—¿Está todo bien? —me pregunta Enzo.

—Todo perfecto. ¿Quieres que veamos algo en la televisión?

—No. Tengo otra idea, acompáñame.

Me levanto del sofá y salimos de su casa. Nos situamos enfrente del ascensor y Enzo me da una especie de tela con la que me tapa los ojos.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

No me responde. Me agarra la mano para ayudarme a caminar sin peligro.

Entramos en el ascensor y noto que subimos hasta que paramos y Enzo vuelve a darme la mano. Me asusto con el ruido de una puerta. Me dice que me tranquilice, que no hay ningún problema.

En ese momento dejo de oírle y comienzo a decir su nombre, pero no oigo respuesta. Me quito la tela de los ojos y no veo absolutamente nada. Todo está a oscuras. Vagamente me fijo en que tengo una puerta delante de mí, la cual no dudo en abrir.

Me asombro al ver lo que hay. Estamos en la azotea del edificio, desde donde se puede ver todo Madrid. Con luces tenues colgando y dando una ambientación preciosa, todo lleno de flores. En el suelo,

justo en el centro de la azotea, una manta con dos copas, una botella de champán sin abrir y unas fresas con chocolate a su lado. Enzo aparece por el lado izquierdo con un mando en la mano con el que activa la música y empieza a sonar *Burning Love* de Elvis.

—¿Qué es todo esto? —pregunto sonriente.

—*Lord Almighty…* —comienza a cantar la canción.

Niego con la cabeza mientras sonrío al ver la increíble actuación de Enzo como Elvis Presley. Me río en voz alta cuando Enzo coge mi mano para invitarme a bailar. Damos saltos al ritmo de la música y me hace girar un par de veces sobre mí misma para después cogerme de la cintura y elevarme. Parece que estemos en los años 60, en una pista de baile deslumbrando a todos.

—*Burning Love.*

—*Burning Love.*

Cantamos a la vez mirándonos a los ojos, y nos reímos con la coincidencia.

«¿Eso será lo que somos nosotros?», pienso.

¿Un amor ardiente? No, claro que no. Solo somos dos personas disfrutando de esta maravillosa noche y de la gran noticia que me han dado. Cómo disfruto de estas pequeñas cosas con Enzo, de nuestra habilidad para hacernos reír mutuamente y de lo sano que resulta todo cuando nos alejamos del mundo y solo existe esto, una canción, un baile y dos personas a las cuales no parece importarles nada más.

Me separo de Enzo para hacer mis propios pasos de baile, y él me aplaude para animarme. Le miro desafiante y le invito a acercarse con mi dedo. Me obedece y se acerca a paso lento, al ritmo de la canción, interpretando a un hombre deseado e interesado en mí. Yo hago que me abanico mordiéndome el labio, y le miro como si de verdad estuviese rendida a sus pies.

Me tropiezo sobre mí misma y Enzo me coge de la cintura. Agarro su cuello con mis manos y le miro directamente a los ojos, respirando fuerte y acelerada.

Quiero pensar que estoy acelerada de bailar y cantar, pero una parte de mí sabe que no es solo por eso. Enzo es culpable también de esta sensación.

Es guapo, eso no puedo negarlo; es atractivo, de los chicos más elegantes que haya visto; solo es eso, no siento nada más por él, solo una atracción física.

«¿Verdad?», pienso.

Claro, no puede ser de otra forma, no debe ser de otra forma. Estamos bien como estamos, siendo un proyecto de amistad, dos personas que comparten traumas pasados y que han encontrado una forma de evadirse de ellos mismos.

Capítulo 34

Enzo



Ayer fue un día largo. Irina tuvo la firma del local y empezaron los papeleos del cambio de dueño. Obviamente, estuve allí con ella, no iba a dejarla sola en un día tan importante. Además, quería acompañarla y ver lo feliz que estaría mientras firmaba aquellos papeles. Antes de ir, llamé al dueño anterior para pedirle por favor que no dijera nada sobre mí: quería mantener el secreto.

Después fuimos al local e Irina me estuvo contando cómo quería decorarlo. Quería que las paredes fueran rosas de dos tonos, a rayas, de las que colgasen grandes enredaderas, y que en cada esquina hubiese un farolillo de luz. También quiere poner unas largas y extravagantes doradas cortinas, como si fueran de un palacio, en la zona de los probadores. Unos sillones de terciopelo negros en el centro de la tienda, para que los clientes esperen sentados, y, por último, lo que más me gusta, un gran cuadro de la torre Eiffel de París, en la pared de la zona de caja.

Me he ofrecido a ayudarla, no quiero que lo haga sola. Sé que tiene a su padre y a su amiga Lucía, pero yo también quiero formar parte de este proyecto y del proceso tan largo que conllevará hacerlo. En el fondo, y aunque ella no lo sepa, formo parte de esto desde el momento en el que llamé al anterior dueño y le ofrecí el doble de dinero. Eso para mí es insignificante. Lo que de verdad quiero es pasar tiempo con Irina decorando ese local que es tan importante para ella, nada más.

Sonreía tanto ayer que era imposible no quedarse embobado mirándola. Parecía una niña de 5 años cuando ve por primera vez su juguete favorito debajo del árbol de Navidad. Y así es como me gusta, así es como quiero que se sienta, feliz y llena de luz. Porque eso es lo que se merece, y yo se lo quiero dar, sin obtener nada a cambio. Mi mejor recompensa siempre será verla feliz.

Después del tema del papeleo, nos fuimos a comer a un bar cerca del parque del Retiro. Durante la comida, Irina no se mantuvo callada en ningún momento. Fue agradable verla así, cuando normalmente es una persona bastante callada. Degustamos una mariscada, que estaba riquísima, por cierto, y después comimos un helado de una de las heladerías más famosas de Madrid mientras dábamos un paseo por el Retiro viendo flores, plantas y árboles. Pasamos el día juntos, por lo que tuvimos mucho tiempo para hablar.

Me contó acerca de ese tal Álvaro, su exnovio, al que odio por hacerle tanto daño y haber destruido la esencia que tanto añora Irina. Me habló de su hermano, un tipo fantástico, al que me hubiera encantado conocer. Por supuesto, me dijo también lo maravillosa que era su madre y cuánto la echaba de menos.

Yo le hablé de mi pasado más a fondo, de esas cosas terribles que hice cuando era crío. De lo que robaba para comprar cigarrillos y botellas de alcohol e irme de fiesta con amigos, de las peleas en las

que me metí y de las chicas que conocí, con las que nunca tuve nada, pero que me encantaba saber que se morían por mí.

Odio tanto a esa persona que fui en el pasado, a ese chico hueco y sin sentimiento alguno, con mala cabeza y con un horrible comportamiento… Hasta que el señor Castro me encontró y me ofreció la oportunidad de cambiar. Fue ahí cuando supe que la vida es mucho más que esas fiestas y peleas, que yo soy mucho más que aquel joven rebelde buscando líos todos los días; supe que la vida me tenía preparado algo muy bonito si era capaz de aprovecharlo, y entonces la conocí a ella, a Irina. Y entonces lo supe: todo había merecido la pena. Cada cosa horrible que había hecho tenía un sentido. Cuando la vi por primera vez lo supe. Irina era lo que la vida me tenía preparado.

La vida quería reírse de mí poniéndome delante a la mejor chica que he podido conocer, haciendo que me enamorase de ella y no fuese correspondido. Ese era mi karma, ese ha sido siempre mi destino: conocerla.

No sé lo que es el amor; de lo único que estoy seguro es que debe de parecerse a lo que siento por ella. Debe de ser algo así, porque jamás había sentido nada semejante.

Echo de menos a mis padres. Cada día que pasa pienso en llamarles o escribirles, pero siempre acabo arrepintiéndome y dejándolo a medias. El miedo me supera, y la reacción de ellos me aterra. Ni siquiera tengo contacto por cosas importantes o por el dinero que su empresa le genera a mi banco, con el cual he podido pagar el local de Irina. Esto no lo sabe nadie, salvo el señor Castro e Irina, a la que le he contado solo algunas cosas.

Capítulo 35



Hoy no veré a Enzo. Tengo otros planes que me interesan solucionar y arreglar. No sé si haré bien, pero lo único que tengo claro es que, si no lo hago, me arrepentiré y me dolerá el alma por seguir permitiendo esta situación cuando soy consciente de ella.

Debo hacer algo, siento que es lo mínimo que puedo hacer.

Miro la fotografía tomada desde mi móvil para poner la dirección en mi GPS y conducir hasta allí.

Hacía mucho tiempo que no conducía, que no veía mi precioso coche, mi gran Evoque color rosa palo, el que me regalaron mis padres cuando aprobé el carnet de conducir justo cuando cumplí la mayoría de edad. Recuerdo cuando Fran y yo hacíamos carreras por los polígonos y quien ganaba se ahorraba limpiar los platos de la comida o de la cena del día siguiente. Recuerdo cuando mi padre me llevaba a conducir para que siguiese practicando y fuera una conductora ejemplar el día de mañana. Forma parte de unos recuerdos que desearía volver a vivir.

Cuando por fin el GPS me marca que me queda un minuto para llegar a mi destino, los nervios me empiezan a invadir. Lo que me rodea son chalets enormes, grandes árboles y coches de marcas lujosas.

Aparco y me bajo mientras cojo fuerza para lo que estoy a punto de hacer. Llamo al telefonillo de la puerta 30 y espero a ser atendida.

Una mujer de pequeña estatura, de pelo blanquecino y de grandes ojos azules aparece delante de mí. Ataviada con un gran vestido negro que resalta su figura delgada.

—Hola. ¿Puedo hacer algo por ti? —me pregunta.

La observo fijamente, sin saber cómo presentarme ni qué decirle.

—¿Es usted Melinda Montero?

—Soy yo, ¿ocurre algo? —me pregunta asustada.

—Disculpe, no quería molestarla. Mi nombre es Irina Castro. Conozco a su hijo Enzo.

Por la mirada perdida de su madre y su cara de susto puedo confirmar que no esperaba que alguien llamase a su puerta a estas horas a hablarle de su hijo.

—¿Enzo está bien?

—Lo está. Solo quería hablar con usted y con el señor Aguilar, si fuese posible.

—¿Qué pasa, Melinda?

Detrás de ella aparece un señor que parece más mayor, de pelo blanco, de ojos marrones y gafas, alto y corpulento para su edad. También es muy elegante, tanto como ella. Entiendo al momento que se trata del padre de Enzo.

—Esta joven ha venido para hablar de Enzo —le explica la mujer.

—¿Qué ocurre? —pregunta él, mucho más serio.

—Todo está bien. Le comentaba a su mujer que venía para hablar sobre una cosa de su hijo.

—¿Usted es la novia? —me pregunta.

—No, yo solo soy… Soy… —digo dudando—, soy una amiga suya.

—Pues adelante, pase y cuéntenos —dice el padre.

Lo primero que encuentro es un gran jardín con una fuente en el medio y unas grandes escaleras para entrar a la casa. Toda ella es de color blanco, llena de decoraciones: cuadros, espejos y plantas. Al fondo del *hall* hay unas escaleras para subir a la planta de arriba. Varias puertas llevan a diferentes estancias. Caminamos hacia el lado derecho, el salón. Elegante y acogedor a partes iguales, con un gran sillón y una mesa central, la televisión encima de la chimenea, y una puerta de cristal que lleva a un patio trasero.

—Póngase cómoda. ¿Quiere algo de beber? —me pregunta el señor Aguilar.

—No. Gracias, así estoy bien —digo sonriente.

Ambos se sientan enfrente, delante de mí, esperando que les diga lo que sea. No sé bien cómo empezar, ni tampoco lo que pretendo conseguir con esto. Necesito que sepan lo maravilloso que es su hijo.

—Verán… Enzo y yo últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos, y eso me ha hecho conocer lo increíble que es.

—¿Ha venido aquí a decirme cómo es mi hijo?

—Déjala hablar, Mauro, por favor —dice Melinda.

—Lo que he venido a decirles es que sé las cosas horribles que hizo en el pasado y lo mal que ustedes lo pasaron… Enzo ya no es así. Ahora es un gran hombre, amable y bueno, con un corazón precioso y enorme, siempre dispuesto a ayudar a todo el mundo que le rodea, como hizo conmigo… —Hago una pausa para coger aire—. Su hijo me ha salvado y me ha devuelto la esperanza y las ganas de

vivir. Lo ha hecho con cariño y paciencia, y lo ha conseguido él solo, sin ayuda de nadie.

—No tiene derecho a venir a mi casa a hacerme entender que usted conoce a mi hijo más que yo o mi mujer, su propia madre, quien le dio la vida, señorita Castro —me dice alzando el tono de voz.

—Disculpe, pero no vengo a decirle eso. Estoy aquí para decirles que su hijo les ha escrito más de cuarenta cartas que no es capaz de mandarles porque se siente avergonzado y no sabe cómo pedirles perdón. Les echa de menos todos los días de su vida, muchísimo. Lo sé porque soy capaz de ver dentro de su alma, y aunque él siempre parezca feliz, en el fondo siente una pena terrible por no tenerles a ustedes al lado.

Melinda se tapa la cara para que no pueda verla llorar, y su marido la consuela. Yo les miro avergonzada y enfadada a la vez, al ver cómo pueden ser tan duros con su hijo.

—Espero que se haya quedado satisfecha. Ahora váyase de mi casa —me ordena Mauro.

—Deberían hacerme caso y darle una oportunidad a su hijo, al hombre que es ahora y a la lucha constante que tiene diariamente por mejorar, por ustedes, porque todo lo que hace lo hace por ustedes. Enzo es un gran actor. Mi padre le ofreció la oportunidad y le mostró la maravillosa vida que se puede tener. Deberían llamarle y hablar con él. Yo solo he venido a decirles que su hijo se merece una oportunidad y que deberían aprovechar el tiempo con él. Que tengan un buen día. —Me levanto del sofá para irme cuanto antes.

—Actor, mi hijo, un actor de pacotilla. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Oigo los gritos de su padre y me doy cuenta de que haber venido hasta aquí ha sido una pérdida de tiempo y de gasolina para mi

coche. Al menos lo he intentado. Pienso quedarme con eso.

Salgo de la casa y me dirijo a mi coche.

—¡Espera! Irina, espera, por favor.

La madre de Enzo me alcanza y me da la mano.

—Gracias por tu valentía. Me alegra saber que mi hijo tiene a su lado a alguien que le quiere y admira tanto. Solo hay que ver tus ojos iluminados cuando hablas de él.

—Tiene que hablar con él, por favor…

Me despido de ella y subo al coche para volver a casa. No me arrepiento de nada, de decir lo bueno que es Enzo y de que sus padres vean lo que se están perdiendo.

Capítulo 36



Estos dos días atrás, Enzo y yo hemos estado comprando cosas para la decoración y para arreglar el local. Hemos empezado con algunos retoques. Enzo ha arreglado el techo. Yo me he encargado de las paredes, de lijarlas y poner yeso donde era necesario. Tenemos que esperar para pintar, ya que tiene que secar bien. Hemos conseguido el contacto de una empresa que pone la tarima en el suelo bastante económica. Me he encargado de decirles el tono exacto de blanco que quiero para el local, y me han dicho que mañana podrían empezar, lo cual me pone bastante contenta.

Enzo ha estado fuera toda la mañana, viendo tiendas de muebles y pidiendo presupuesto para la instalación. De momento, son bastante caros y se me van de precio, aunque sé que encontraré uno pronto; no pierdo la esperanza. Entretanto, me he dedicado a terminar el papeleo que faltaba. He ido al banco a arreglar el tema del dinero que quedaba pendiente, y por último he ido a ver rótulos a una tienda para ver cómo podría personificarlo.

Hace un rato que Enzo se ha ido al ensayo. Yo me he quedado en el local terminando de rematar lo que estaba pendiente. Estoy deseando verlo terminado, relajarme y empezar a trabajar. He encontrado una página de publicidad bastante barata, con la que ya he hablado para que durante los tres primeros meses me promocionen en redes, radio y televisión.

De momento, no he vuelto a saber nada de los padres de Enzo, no han dado señales de vida. Por otra parte, no creo que vayan a hacerlo. He perdido la esperanza de que Enzo vuelva a tener contacto con ellos y recupere esa familia que tanto añora. Me niego a pensar que unos padres puedan negarle la palabra a su hijo, a pesar de lo malo que pudo hacer en el pasado. Me niego a pensar que ni siquiera puedan darle la oportunidad de ver si ha cambiado realmente.

He llamado a Lu varias veces hoy; no ha respondido ninguna. Desde que empezó la relación con su querido novio, se ha distanciado de mí bastante. Una parte de mí la entiende: cuando yo estaba con Álvaro, me alejé de todo; pero echo de menos a mi mejor amiga. Antes éramos inseparables. Imagino que tomamos caminos diferentes y, tarde o temprano, nuestras vidas se bifurcan.

Salgo del local después de recoger una bolsa de deportes que llevo escondiendo todo el día para que Enzo no me pregunte por ella. Cierro con llave y bajo el cierre de persiana para dejar todo protegido. Camino directa al domicilio que tengo en mente, sin saber si va a ser un error o si, por fin, después de tanto tiempo, podré liberarme.

Me paro delante del edificio alto y grande donde guardo varios recuerdos dentro, donde he vivido el dolor más grande de mi vida y donde más infeliz he sido. Llamo al telefonillo, al 4.º C.

—¿Quién?

La voz de Álvaro me penetra los oídos, recordándome de golpe todo el dolor que me causó en el pasado y el odio que le tengo hoy en día.

—Baja —digo.

El telefonillo deja de oírse y no tardo en ver la figura de Álvaro abriendo el portal.

Moreno, de pelo corto, de ojos color verde claro, alto y fuerte, vestido de negro, igual que siempre. Tatuado de cuello a pies, y con esa cara de chulo que en su día tanto me gustaba. Le miro extrañada el *piercing* que se ha hecho en la ceja y puedo decir que le queda bastante mal, que no le favorece nada. No sé si es porque ya no tengo una venda en los ojos o ya no le tengo en un pedestal, pero está bastante más feo que antes.

—Vaya, princesa, qué alegría volver a verte —dice con ese tono tan grave de voz.

—Aquí están tus cosas… A partir de ahora ya no nos ata nada. No quiero volver a verte nunca —le digo, entregándole la bolsa.

—Me gustas así, chula y arrogante, sin corazón y fingiendo que no te mueres por besarme —dice, acercándose a mí.

No comprendo por qué no retrocedo o no me aparto de él. Me niego a creer que aún tiene algún poder sobre mí.

—¿Lo ves? Te dejarías besar por mí, porque sabes que no hay nadie en este mundo que te haga sentir lo mismo que yo, ni siquiera la mitad. Vuelve conmigo. Sabes que puedo darte lo que necesitas —me dice dándome un golpecito en la nariz.

Me aparto de inmediato y niego con la cabeza. Soy idiota al pensar que estaba preparada o que era lo suficientemente fuerte para hacer esto sola.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino, Álvaro —digo, amenazándole con un tono de voz tan grave y fuerte que hasta a mí

me sorprende.

Camino para dejarlo solo en su portal y no puedo evitar derramar lágrimas como una loca. Pensaba que podría hacer esto, y es lo que más me duele, que quizás no lo estaba, y todo este tiempo he pensado que gracias a Enzo era más fuerte. Pero no soy nada, no soy fuerte, y mucho menos valiente para afrontar esta situación.

Pienso en el dolor que sufrí en mi relación, en todas las noches llorando, en los insultos, en cómo sabía dónde hacerme daño cuando discutíamos, en cómo se volvía cada vez más agresivo, en cómo me iba prohibiendo cosas sin darme cuenta de ello, en cómo intenté aferrarme a un amor que no existía. Pero le quería, joder, le quería más de lo que nadie puede llegar a imaginarse. Dejé de quererme a mí solo para quererle a él. Me apagué para que él brillase. Pensaba que nuestro amor era real, que lo nuestro tenía un significado también para él. Hubiera apostado lo que tenía que moriríamos juntos y pasaríamos una larga y feliz vida juntos. Me equivoqué, y me duele darme cuenta tarde, pero no me duele por él, ya no. Me duele por mí. Al principio me dolía haber perdido a quien más he amado en el mundo, al hombre con el que llevaba compartiendo ocho años de mi vida, ocho años que, por un momento, llegué a pensar que había sido feliz, muy feliz. Luego me di cuenta de que esa supuesta felicidad había sido fruto de mi imaginación, que nunca había existido, que nosotros nunca nos habíamos amado de verdad, y que él solo me había utilizado para tener un lugar fijo al que volver siempre.

Capítulo 37

Enzo



Estaba cansado de recoger mi casa, de ensayar el guion y de estar en el teatro con los chicos. Cada vez queda menos para terminar, y tengo una sensación agridulce. Por una parte, estoy feliz por terminar este proyecto; por otra, está la tristeza de terminar con la rutina y de no saber qué pasará después. Me da miedo que no triunfemos y que el pobre señor Castro no tenga el éxito que merece. También me da miedo que no lo haga todo lo bien que sé que puedo hacerlo… Sin duda, lo que más me aterra es que Irina no se sienta orgullosa de mí.

Salgo del ensayo y camino hacia mi casa. Me resulta raro no haber recibido llamadas ni mensajes de Irina. Es raro no tener noticias de cómo ha ido su día y de lo que ha hecho hoy. Me pongo los cascos del teléfono para ponerme música, y después lo guardo en el bolsillo del pantalón. Hace un día bastante agradable, las temperaturas están subiendo, aunque todavía hay un poco de aire. Prefiero este

tiempo; no me gusta tener ni mucho frío ni mucho calor, por eso valoro tanto la primavera, porque es justo la mitad de todo.

Cuando llego al portal de mi calle, no puedo creer lo que estoy viendo. Irina está sentada en la escalera del portal, encogida y con las manos en la cara. No logro verla muy bien, por lo que decido correr hacia ella, porque me da miedo que haya podido pasar algo.

—¡Irina! —grito acercándome a ella.

No levanta la cabeza. Me agacho para ponerme a su altura. Acaricio su cabeza y cojo sus manos para verla bien.

—¿Qué está pasando? —pregunto asustado.

—Es…, es… —intenta decirme.

Me abraza, y yo hago lo mismo. Intento calmarla acariciando su espalda y susurrando palabras tranquilizadoras en su oído.

—Álvaro ha intentado besarme… —dice finalmente, entre lágrimas.

—¿Qué? —chillo en medio de la calle.

La imagen de un tío que ni siquiera conozco intentando besar a Irina y sabiendo el daño que le ha causado a ella y a sus seres queridos hace que se me nuble la vista y solo quiera partirle la cara a puñetazos. No es justo. Irina no merece esto.

—Yo no me aparté, me quedé quieta sin hacer nada, casi dejo que me bese… Soy idiota, no soy capaz de tener fuerzas por mí misma.

—Irina, no llores, no ha pasado nada. Es normal que te haya pasado, habéis estado juntos muchos años y es normal que hayas dudado, pero eso no significa que no seas valiente ni que no seas fuerte; solo significa que eres humana, y eso es muy importante, ¿sabes? Los humanos cometemos errores, y esos errores son parte de la vida, del aprendizaje —digo, intentando calmarla.

Yo estoy más nervioso que ella, porque no entiendo cómo ese tío puede ser tan egoísta y manipulador para, sabiendo el daño que le

ha hecho a Irina y lo que ella le ha querido, tener la osadía de besarla.

—Enzo, no dejes que esto vuelva a pasarme, por favor, no me dejes sola —me pide, aún abrazada a mí e intentando hacer más fuerza para no soltarme.

—Me voy a quedar siempre contigo, te lo juro.

—No jures esas cosas, los juramentos…

—… Tienen un valor muy importante para ti, lo sé, y por eso te lo juro, porque me voy a quedar siempre contigo, Irina, siempre. Toda la vida, pase lo que pase, yo voy a estar aquí, a tu lado, aunque tú no puedas verme —termino yo su frase.

—Lo tienen, Enzo. Cuando juras algo, tienes que cumplirlo. No quiero que jures algo que no puedas prometer. No quiero que tú me hagas daño —dice, y creo que está empezando a desvariar por el aire que está perdiendo a causa de los lloros.

—Irina —digo levantando su cabeza—, te juro que voy a estar contigo siempre, esté donde esté y pase lo que pase. Aunque tú no quieras saber nada de mí en un futuro, siempre voy a estar para ti, toda una vida, y si hay más vidas después de esta, lo estaré también, ¿entiendes eso? Yo no voy a hacerte daño, y no voy a dejarte sola, jamás.

La ayudo a levantarse para que podamos subir a mi casa después de que me haya contado cómo ocurrió y por qué decidió ir a ver a su expareja. Me dice que para darle sus cosas, cerrar el capítulo y pasar página. Solo deseo prepararle una sopa bien caliente y que se tumbe en el sofá a descansar, porque es lo que necesita: descansar y estar en paz consigo misma.

—Enzo, no sé qué habré hecho bien en esta vida para merecer tu bondad, pero gracias —dice agarrada a mi brazo mientras vamos al sofá.

—No tienes que darme las gracias, esto me hace feliz, tú me haces feliz.

Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos, sin pestañear siquiera y en ese momento me doy cuenta de que no puedo dejarla escapar, de que quiero permanecer a su lado cada día del resto de mi vida y de que ahora mismo es ella lo que me mantiene con vida. Soy yo quien se aparta de ella, porque no quiero confundir la situación y no quiero que piense que estoy a su lado porque me gusta o porque quiero estar con ella. Quiero que confíe en mí y que sepa que soy su amigo. No quiero nada más. La quiero tanto que me conformo con esto, con esta amistad que poco a poco estamos creando. Me conformo, y esto es suficiente. Tenerla aquí conmigo es más de lo que cualquier ser humano puede pedir y merecer.

Estoy enamorado de ella, hasta las trancas, como un idiota, pero no me importa. Quiero enamorarme todavía más, si es posible.

Capítulo 38



Le tenía delante de mí haciendo el ridículo, bailando mientras me preparaba la cena y me cantaba una canción que se había inventado, y en ese momento, todos mis males habían desaparecido. Me sentía a salvo, como si hubiese encontrado el punto perfecto de calma, de paz, y la tranquilidad de saber que estando con él no podía pasarme nada malo. Luego cenamos viendo una película que eligió Enzo. He de admitir que era buena. Una de amor. *Lo mejor de mí,* creo que se llamaba. Es una historia bastante bonita, en la que se muestra que el amor lo puede todo. Más tarde, Enzo me pidió que me quedase a dormir y me dijo que él dormiría en el sofá para no hacerme sentir incómoda. Por supuesto, dije que no y me acabé yendo a casa a intentar descansar y dormir todo lo posible.

Me levanto de la cama bastante cansada y con un sueño tremendo, porque ante mis dudas de anoche de si conseguiría dormir, no he sido capaz de dormir bien. Quizás no hubiese sido mala idea haberme quedado en casa de Enzo a dormir; allí al menos sentía una paz que ahora no siento. Me sentía segura estando con

él, siempre lo estoy cuando se trata de Enzo. Ahora echo de menos alguna de sus tonterías o de sus consejos, a los que casi nunca hago caso, o simplemente oírle cuando procura calmarme, aun cuando pienso que no consigue hacerlo.

Salgo de la habitación y me encuentro a mi padre en el pasillo, con una cara un poco extraña.

—¿Qué pasa, papá?

—Hay una señora en el salón preguntando por ti.

Voy rápidamente al salón. No me creo lo que ven mis ojos.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunto enfadada.

La madre de Enzo está en el salón de mi casa, y la rabia que tengo por lo que pasó ayer se acumula a la que siento ahora al tenerla delante. Saber que esa mujer es la única que puede hacer daño a Enzo, y pensar en que niega la palabra a su hijo me destroza.

—¿Podemos hablar? Por favor.

—Espero que sea rápido. Tengo que ir a ver a su hijo.

—Me gustaría recuperar el contacto con mi hijo. Vengo para pedirte ayuda y consejo. Mi marido no sabe nada, pero me gustaría que él también hablase con Enzo.

—Mire… —busco las palabras correctas—, su hijo está desesperado, intenta perdonarse a sí mismo, y no lo consigue. Así que le pido, por favor, que si quiere recuperarle, lo tengan claro ambos antes de volver a destrozarle la vida.

—No te preocupes. Hablaré con mi marido y tomaré cartas en el asunto. Solo venía a agradecerte lo que estás haciendo. Se nota que te importa mi hijo y que le quieres. Enzo es afortunado por tenerte en su vida.

—No se confunda. Aquí la única afortunada soy yo de tenerle a él. No saben lo que se están perdiendo. Pero no se preocupe, algún día

lo sabrán y querrán recuperarle, y quizás sea demasiado tarde. Porque le aseguro que no hay dos personas en el mundo como su hijo, y si de algo debe estar usted orgullosa en esta vida es de haberlo parido. Y ahora, si me disculpa, váyase de mi casa.

Por fin me quedo sola con mi padre, que no entiende nada. Nos sentamos para explicarle de la mejor forma posible lo que acaba de pasar.

Mi padre me cuenta que la madre de Enzo se ha presentado en casa diciéndole que me conocía, y que en cuanto le dije mi apellido y que mi padre es profesor de teatro, supo enseguida cómo localizarme. Valoro que haya tenido la valentía de venir aquí, pero no pienso reconocerlo hasta que no hable con Enzo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, papá, lo que sea, ya lo sabes.

—¿Enzo te gusta? —pregunta directo y firme.

¿Me gusta? No, no me gusta, aunque sí es algo raro lo que siento por él. Obviamente, reconozco que es espectacularmente guapo y precioso, pero no me gusta. Es al único chico que he dejado entrar en mi vida después de lo de Álvaro, lo que no significa nada tampoco; es solamente por lo buena persona que es.

Al menos eso creo.

—No, papá. Somos amigos, estamos construyendo una amistad increíble que podría llegar a durar toda la vida si seguimos así.

—Es que me extraña tanto que seas feliz y que hayas dejado que Enzo te conozca tanto… No sé hija, te veo feliz. Cuando estás con él, eres otra persona. Él se mueve, tú te mueves; a él le pasa algo bueno, y lo celebras como si fuese tuyo; compras un local en ruinas, y es el primero en ayudarte…

—Por eso mismo, papá, somos amigos —digo levantándome del sofá, y le doy un beso en la cabeza.

—Es que, cariño, yo sé muy bien lo que es el amor verdadero, y quizás lo tengas delante de tus narices y todavía no lo veas. Lo que no quiero es que pierdas el tiempo, Irina. Porque hay trenes que solo pasan una vez y no esperan. No quiero que pierdas tu tren por estar recogiendo maletas llenas de recuerdos antiguos que pueden impedirte vivir nuevas experiencias —me dice, siempre tan metafórico y filósofo.

Pienso en la frase que acaba de decirme mi padre: «Me extraña tanto que seas feliz». Es complicado que un padre te diga eso, y más cuando él también ha sufrido tanto. Es cierto. Hasta hace poco no era feliz, y tampoco quería serlo. Ahora las cosas están cambiando, tengo ganas de luchar por ser feliz, aunque a veces sufra mis bajones. Las cosas han cambiado, y lo han hecho porque Enzo está en mi vida.

¿De verdad cree que Enzo es «mi tren»? ¿Que tengo ese tren delante de las narices y estoy perdiendo el tiempo? Papá siempre dice esas cosas; lo hace porque le encanta dramatizar.

¿Verdad? Sí, es por eso. Solo es papá siendo papá.

Capítulo 39



—Despierta, dormilona.

La voz de Enzo suena en mi habitación y abro los ojos para confirmar que es real. Lo veo sentado en mi cama, vestido de negro y con una mochila.

—¿Qué estás haciendo aquí? —digo frotándome los ojos.

—Vístete, nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde? —pregunto incorporándome en la cama.

—No hagas preguntas, por favor. Coge una mochila con ropa y algún bañador. La mochila, que sea lo más pequeña posible. Venga, date prisa.

—Enzo, no estoy entendiendo nada —digo levantándome.

—Eso no importa, venga. Te dejo sola. Voy a ver a tu padre. —Sale de la habitación.

Me apresuro. Estoy nerviosa porque no sé adónde vamos ni cuánto tiempo. Enzo es demasiado impulsivo.

Cojo mis cosas y la ropa que creo que puede ser importante. Salgo al salón después de haberme vestido de la forma más cómoda posible, una camiseta blanca y unos vaqueros negros. Me he puesto las deportivas y me he recogido una coleta.

—Ya estoy preparada.

—Perfecto, nos vamos —dice cogiendo su mochila y levantándose del sofá.

Se despide de mi padre. Ambos mantienen una sonrisa cómplice. Mi padre le abraza y oigo que le da las gracias al oído.

—Bueno, papá, espero que no me secuestre, y si lo hace, al menos que no seas cómplice, que sepas dónde voy a estar o lo que sea que vaya a pasar. Te llamaré después, te quiero —le digo dándole un beso.

—No me llames. Tranquila, y disfruta de todo. Nos veremos pronto. Te quiero, cielo. —Me abraza.

—¿Acabas de decir que no te llame? Vale, bien. Me va a secuestrar y eres cómplice, maravilloso.

—Irina, hija, que te largues —dice, riéndose y dándome otro beso.

—Tú no eres mi padre —digo acusándole con el dedo índice—. ¿Qué has hecho con mi padre?

Mi padre cierra la puerta y no me responde. Me quedo mirando a Enzo sin entender nada. Él parece estar disfrutando.

—¿Se puede saber de qué cojones te estás riendo tú? —digo, intentando poner un tono más serio.

—Eres adorable, te lo juro. Cuando te pones en ese modo melodramático, eres adorable. Y ahora vamos, tengo prisa —dice, agarrando mi brazo y tirándome hacia él.

Salimos de mi casa y cuando llegamos a la calle lo primero que veo es la moto de Enzo.

—¡No pienso subirme ahí, Enzo! —grito alterada.

—Tranquila, te juro que todo va a estar bien, no pienso permitir que me sueltes. Iré despacio, y si necesitas que paremos, lo haremos. Por favor, confía en mí. Jamás dejaría que te pasara algo malo —me dice acariciándome el pelo.

—Enzo… No estoy preparada para esto, de verdad, no puedo —digo nerviosa.

—Irina, vamos a hacer esto juntos, y lo vamos a superar, te lo juro.

Lo pienso varias veces, dudando de si tomar la decisión o no, pensando en que, si subo a la moto, puedo estropear todo o entrar en un ataque de pánico.

—Voy a subir, pero por favor, ten mucho cuidado. Es muy importante este paso para mí, Enzo —le digo abrazándole.

—Todo va a estar bien, cariño.

¿Acaba de llamarme cariño? Sí, lo ha hecho, y no sé si me asusta o me gusta oír ese tipo de palabras saliendo de su preciosa boca. Me aterra pensar que alguien me pueda hablar así después de lo que pasó con Álvaro; me aterra que alguien pueda sentir algo por mí, porque yo no puedo sentir nada, ni siquiera por el increíble hombre que tengo abrazado a mí, calmando mis miedos y haciendo que sea valiente para enfrentarme a la vida. Si no puedo amar a un hombre como Enzo, nunca podré amar a nadie. Lo tengo claro.

Es perfecto, él y todo lo que hace. Cómo se preocupa por todo, por mi bienestar, por mi felicidad, por mis sueños, mis miedos, mis alegrías… Por todo. Así es, así es Enzo, y así cada día le voy queriendo más. No, queriendo no, bueno, yo me entiendo, da igual. No, no me entiendo.

«Irina, eres idiota, idiota de verdad. ¿Quieres besar a este hombre de una vez? ¿Puedes enamorarte de él? Gracias», pienso.

—¿Te ayudo a subir?

Asiento con la cabeza y cojo su mano para subir en la moto. Estoy muy nerviosa y deseo que esto pase cuanto antes. Enzo guarda las cosas y sube en la moto, me agarro fuerte a él y comienza a reírse como un loco.

—No me cojas tan fuerte, por favor, me estás dejando sin aire.

—Perdón —digo soltándole un poco.

Agarra mi mano y la vuelve a poner exactamente donde estaba, e igual de fuerte.

—Si así estás más segura y tranquila, yo estoy cómodo, así que nos vamos.

Apoyo la cabeza en su espalda y sonrío, sabiendo que no puede verme.

Capítulo 40

Enzo



Saber que estaba confiando en mí me llenaba de alegría; saber que había dado el paso de subir a mi moto, a pesar del miedo y el trauma que tiene, me hacía pensar que sería capaz de superar cualquier obstáculo en su vida. Afirmaba la confianza que tenía en que ella era sin duda la persona más fuerte que había conocido. Según hemos ido avanzando en el camino y el tiempo pasaba, se iba soltando un poco más, algo que me hacía feliz al pensar que me tenía más confianza, aunque mentiría si dijese que no prefiero tenerla cerca de mí.

La idea del viaje exprés me pareció una auténtica locura, sobre todo pensando en todas las cosas que tenemos que hacer todavía en Madrid, tanto en el local como en la obra, así que antes de reservar nada tuve que pedirle permiso al señor Castro para abandonar la escuela un par de días, y también para llevarme a su hija, algo que le fascinó desde el primer momento. Recuerdo cómo

sonreía al pensar que su hija vería por primera vez el mar y podría desconectar dos días en la playa, sin ningún problema de por medio.

¿Tanto confía ese hombre en mí? Quizás sí, a pesar de todo, él ha visto lo bien que nos llevamos su hija y yo, y también ha visto cómo he cambiado desde que me ayudó a cambiar mi vida. Algo me dice que no es solo por mí por quien hace esto. Creo que ve el cambio de Irina al igual que yo, la forma en la que ahora sonríe, la forma en la que parece estar sanando, y eso le ha hecho darme un voto de confianza para que me lleve a su hija lejos de sus brazos, aunque le he prometido que le mandaría mensajes de vez en cuando. Parece que sabe que estamos bien, sobre todo ella.

Así que no dudé en reservar una cabaña de madera de un camping en Valencia. Quería algo que no estuviese muy lejos y no fueran muchas horas de viaje, lo primero por Irina y la moto, y lo segundo por ser un par de días, para aprovechar y disfrutar todo lo posible. El domingo por la noche tenemos que estar de vuelta.

He estado buscando rutas que no me llevasen cerca de la playa para que Irina no sospechase. Me ha sido imposible, así que al final hemos tenido que parar en el paseo marítimo antes de llegar al camping.

Me quito el casco de la moto y miro a Irina, quien todavía sigue sujeta a mí y con los ojos cerrados.

—¿Hemos llegado? —dice asustada.

—Claro. Y lo has hecho estupendamente bien, eres una campeona.

Bajo de la moto y la ayudo a bajar.

—¡Oh, Dios mío! —grita feliz.

La miro sonreír y dar pequeños saltos de alegría.

—Enzo, estamos en la playa. —Hace una pausa—. ¡Estamos en la playa Enzo, veo el mar! —dice señalando la orilla.

Irina me abraza, y yo hago lo mismo. El abrazo dura tan solo unos segundos, porque Irina vuelve a estar dando saltos y vueltas sobre sí misma.

—Espero que sea de tu agrado.

—¿Estás de broma? ¡Esto es lo mejor del mundo, Enzo! —dice mientras empieza a correr como una loca a la orilla.

Apago la moto y me guardo las llaves en el bolsillo para correr detrás de ella.

—¡Irina, espera! —grito para que me oiga. La veo quitarse las zapatillas para mojarse los pies en la orilla. Me sitúo a su lado y veo una lágrima caer por su mejilla.

—¿Está todo bien?

—Sí, sí. No sabes cuánto me gustaría que Fran estuviese aquí para verlo conmigo —dice apoyando su cabeza en mi hombro.

—Él está aquí, contigo y conmigo —digo mientras señalo su corazón.

Irina se seca las lágrimas y se agacha para empezar a salpicarme con el agua.

—¡Espera, llevo las llaves de la moto! —grito.

Tiro las llaves de la moto a la orilla y cojo a Irina en brazos para adentrarnos un poco en el mar. Nos miramos y sonreímos. No dejo que dure mucho, puesto que le hago una aguadilla.

—¡Oye, eso no vale! —dice escupiendo agua.

—Venga, tenemos que secarnos para poder irnos.

—¿Vamos a un hotel?

—Digamos que soy más… —pienso una palabra adecuada para definirlo— rústico.

—¿Rústico? Me das miedo, Enzo. A saber, viniendo de ti, a ver dónde vamos —dice saliendo del agua.

Después de un rato al sol volvemos a subir a la moto para irnos al camping.

El dueño del camping nos da la bienvenida y nos entrega la llave de la cabaña. Ya estaba pagado, así que nos ahorramos el tiempo de la otra gente que todavía no lo ha hecho.

—Parece que es aquí —digo.

Irina abre los ojos y sonríe.

—Es perfecta.

—¿Te gusta?

Ella asiente mientras cojo las mochilas.

Es una cabaña pequeña y de madera. Con un porche con sillas y una mesa. Hay un pequeño salón con un sofá, y una televisión pequeña al lado de una chimenea; también, una pequeña nevera. Una puerta lleva a la habitación, de dos camas separadas, como yo había pedido, y un gran espejo. Todo es muy bonito, aunque no tenga muchas cosas, es precioso. El baño, en vez de ducha, tiene un *jacuzzi* y un gran mueble de lavabo con un espejo en la pared.

—Esto es maravilloso, Enzo, no tenías que hacerlo —dice Irina apoyada en la pared de la habitación.

—Hay dos camas, para que no te sientas incómoda.

—Enzo, dormir contigo un par de noches no me hubiese importado, pero gracias por el detalle.

Se sonroja, porque imagino que no era exactamente lo que quería decir. Supongo que en su cabeza sonaba mejor, pero me alegro de que lo haya dicho. Una parte de mí se alegra de saber que a Irina «no le importa dormir conmigo un par de noches», aunque a mí me encantaría dormir con ella el resto de mi vida.

—Siempre podemos juntarlas —digo para suavizar su vergüenza.

Nos reímos, e Irina se tumba en la que será su cama, justo al lado de una ventana.

—Vamos a descansar un poco; después iremos a cenar.

—Enzo, no me he traído ropa para irnos a cenar a ningún restaurante ni nada por el estilo —dice agobiada.

—Yo no he dicho que vayamos a un restaurante.

—¿Y dónde si no?

—Irina, descansa, relaja la mente y déjate llevar, por favor. Solo un poco, aunque sea solo estos dos días, pero déjate llevar, por favor —digo tumbándome en mi cama.

Capítulo 41



Después de haber descansado algo y de habernos dado una ducha, salgo con el pelo mojado y con lo primero que he cogido de la mochila, un vestido corto de color blanco. Enzo se ha puesto un pantalón negro y una camiseta blanca.

—Estás muy guapa.

—Qué forma de decirme que estoy hecha un asco, porque no me he traído ropa —digo riéndome.

—¡Oye! Va en serio. Estás muy bien, ese vestido te queda perfecto.

—Bueno, gracias. ¿Vas a decirme ya adónde vamos?

—Tenemos que ir en moto. Mientras te duchabas he ido a comprar unas cosas al supermercado que ya he guardado en la moto, así que estamos listos.

Caminamos hasta la motocicleta y, con menos nervios que la primera vez, me subo y me agarro a su cintura después de ponerme el casco.

El recorrido no es muy largo, aunque a mí se me hace eterno por no saber adónde nos dirigimos y lo que Enzo tiene preparado para hoy. Me alegra saber que vamos a pasar estos días juntos, lejos de nuestra realidad y de nuestra rutina. Necesitaba escapar de Madrid, y no imagino mejor compañía ahora mismo que Enzo, por lo que agradezco que haya planeado esto para mí. Tengo mucha suerte de tener su amistad.

A lo lejos, aún subida en la moto, veo adonde me ha traído y comienzo a llorar solo de ver lo maravilloso y precioso que resulta lo que tengo delante.

Bajamos de la moto y Enzo me mira esperando algún comentario. Ahora mismo estoy sin palabras, no sé cómo reaccionar ni qué decir. Es una maravilla.

Un campo de girasoles se encuentra ante nosotros. Sé que esto no debe ser legal, pero no me importa, para mí es un sueño hecho realidad.

Los girasoles son tan bonitos que resulta maravilloso poder disfrutar de la cantidad de ellos que tengo ahora mismo delante.

—Enzo…, esto… ¡es increíble! —digo abrazándole.

—¿Te gusta?

—Gracias, gracias, gracias. No sé cuántas veces podría agradecértelo. Es un sueño hecho realidad, Enzo —digo entusiasmada.

—Pues es todo tuyo. Bueno, hasta que nos encuentre la policía; mientras tanto, es todo tuyo.

Corro por el campo de girasoles, riendo y siendo la persona más feliz del mundo. Oliendo los girasoles y disfrutando del gran paisaje que tengo ante mis ojos.

—Irina, espera, vamos a encontrar un sitio donde cenar.

Enzo busca donde extender una toalla en medio del campo para cenar.

Enzo saca los alimentos de la bolsa. Ha comprado gran variedad de comida para disfrutar al completo de la experiencia que estamos viviendo.

—Nachos con queso *cheddar,* un clásico y delicioso.

—Me encantan —digo.

Saca el resto: una tortilla de patata, una empanada de atún y aceitunas con sabor a anchoa. De beber, ha comprado una botella de vino blanco, y de postre, unas fresas con chocolate.

—Es perfecto, de verdad.

—Lo que te mereces, Irina. No es más que lo que mereces por tu esfuerzo —dice sonriendo.

Comenzamos a comer mientras escuchamos música desde el altavoz que Enzo había guardado en la mochila.

—¿Te apetece algo en especial? —dice refiriéndose a la música.

—¿Qué tal un poco de nuestro rey? —digo refiriéndome a Elvis.

—Es la mejor idea, ya sabes que siempre quiero escucharle.

Ponemos una lista de reproducción de canciones de Elvis y disfrutamos del atardecer mientras comemos y mantenemos una conversación sobre la vida.

Enzo me cuenta lo entusiasmado que está con la función de teatro y las ganas que tiene de impresionar a mi padre. Es increíble cómo Enzo admira y quiere a mi padre, y es halagador también para mí saber que mi padre es un hombre tan respetado y querido.

—¿Bailamos? —me pregunta.

—¿Aquí?

—Claro, venga. Además, si nos ve la policía, seguro que les damos pena, porque pareceremos una pareja de enamorados. Seguro que así no nos multan —dice ofreciéndome su mano para levantarme.

Bailamos al ritmo de *Always On My Mind.*

Agarrados de la mano y con las frentes apoyadas el uno en el otro, bailamos riéndonos y disfrutando de lo que estamos viviendo.

—No quiero que esto termine nunca —dice Enzo.

—Yo tampoco.

Algo dentro de mí me dice que no nos referimos a lo mismo, ni mucho menos. Yo me refiero a este momento, y Enzo a nuestra amistad, no tengo dudas. Sé que ambos sentimos cosas diferentes, pero hasta que eso no sea un problema, yo tampoco pondré límites.

Capítulo 42



El resto del fin de semana fue increíble también. El sábado fuimos a pasar el día a la playa. Estuvimos haciendo castillos de arena y alquilamos un tobogán de pedales con el que nos fuimos a navegar todo lo que nos fue posible antes de cansarnos y, obviamente, quemarnos con el sol. Pasamos tanto tiempo a solas que hablamos de miles de cosas. Enzo me contó cosas íntimas de su infancia, como lo mucho que le gustaba jugar al fútbol y que todas las tardes merendaba un bocata de chocolate; también, que tuvo un perro al que llamó Charlie, que murió con diez años, por una enfermedad del corazón.

Yo le conté mis vivencias con mi hermano, que nos gustaba jugar en una casa del árbol que había en un parque al que íbamos de niños, y lo mucho que lloramos cuando lo derrumbaron. También le he contado la maravillosa costumbre que tengo de mirar la luna y las estrellas todas las noches. Por no olvidar también lo mucho que me agradaba tumbarme en el suelo a que mi padre leyera sus guiones, aunque a mí no me gustase ese mundo.

Luego hablamos de planes de futuro. Le dije que me encantaría vivir en un lugar de playa, fuera de la ciudad, en una pequeña casa de madera, oliendo el mar y viendo las olas todas las mañanas al desayunar, mientras mi perro, al que llamaría Salem, jugaba en mi precioso jardín. Y todo eso con la mente tranquila, pues ya tendría funcionando varias tiendas de mi negocio.

Sueños idiotas por mi parte, ya que a veces siento que ni siquiera me funcionará tener solo una tienda abierta en Madrid.

Enzo me ha dicho que sus planes de futuro son bastante diferentes, que a él le encantaría triunfar en el mundo del cine, que le encantaría vivir en una gran ciudad fuera de España y ver todos los días a la multitud de la ciudad, pero que vendría de visita a mi pequeña casa de la playa.

Quién sabe lo que pasará en el futuro, cuando ni siquiera sé lo que está pasando en el presente.

Luego fuimos a cenar a una marisquería del puerto de Valencia donde se podía oler el pescado recién sacado del mar y donde solo sonaba el ruido de las olas golpeando las rocas. Fue una velada estupenda.

El domingo nos hizo un mal día, ya que llovió todo el tiempo. Compramos un paraguas con el que Enzo cargó todo el día para no mojarnos, y dimos vueltas por la ciudad.

Me recordó bastante a cuando nos conocimos. Ese día llovió muchísimo en Madrid, y sin saber que deberíamos agradecer a la lluvia la amistad que nos daría en el futuro, caminamos hacia mi casa sin saber también que sería la primera noche que compartiría con un hombre distinto a Álvaro.

Después, cuando paró un poco la lluvia, cogimos de nuevo la moto para volver a Madrid. Me agarré a Enzo y cerré los ojos por el

miedo que me daba que condujésemos con tanta lluvia y por las horas que faltaban para llegar a Madrid.

Ahora vuelvo a estar en mi cama y en Madrid, recordando cada momento de los que hemos compartido en Valencia, siendo tan felices solos.

Me hubiese encantado que este fin de semana durase para siempre, eternamente.

La compañía de Enzo es la mejor opción que últimamente tengo. Siempre voy a querer estar con él, aunque hayamos estado tres días seguidos juntos, siempre se me va a hacer corto, siempre voy a querer más tiempo.

Creo que es la única persona en el mundo que me entiende y que comparte mis mismas opiniones y pasiones. Es mi mayor apoyo ahora mismo y, sin duda alguna, el mejor amigo que se puede tener.

Soy afortunada de tener a una persona como Enzo, lo soy. Y me gustaría demostrarle mi gratitud, hacerle saber lo importante que es para mí.

Capítulo 43



—No puedo creer que esto esté sucediendo —me dice Enzo.

Me levanto de la cama, recién despierta y con el sol entrando por el balcón.

—No me creo que mi padre te haya dejado entrar a despertarme a las ocho de la mañana. ¡Ya se puede haber muerto alguien para que sea tan importante! —digo malhumorada.

—Mis padres me han invitado a cenar hoy.

Me sobresalto y le miro extrañada, abriendo los ojos y casi sin aire.

—Enzo, es maravilloso.

—No lo es, claro que no lo es. Es horrible, no puedo hacerlo.

Se pone nervioso y empieza a temblar. No dudo en agarrar su mano y acariciar su cara.

—Enzo, iré contigo si lo necesitas, pero tienes que ir. Llevas esperando este momento mucho tiempo, no puedes dejar pasar esta oportunidad.

—No conoces a mis padres, Irina. No puede ser nada bueno —dice nervioso.

«Si tú supieras», pienso.

Claro que les conozco y sé el tipo de personas que son. Y me alegro de que mi conversación haya tenido resultado. Lo que espero de corazón es que no se entere de que es cosa mía, no sé si podría perdonármelo.

Puede parecer un gran gesto por mi parte, pero a Enzo le partiría el corazón saber que no ha salido de sus padres querer verle después de tantos años.

—Vamos a ir, Enzo. Vamos a ponernos guapos y elegantes. Y vamos a ir a esa cena. Todo va a salir bien, ya verás —le digo apretando su mano.

—Irina, no tienes que venir si no quieres. No he venido a pedirte que vengas conmigo, pero necesitaba contártelo.

—Enzo, quiero ir y voy a ir. No insistas más. Ahora ve a casa a arreglarte. Te recogeré a las siete en tu casa. —Le beso en la mejilla.

—Eres la mejor —dice levantándose de la cama.

—Lo sé, gracias —digo con una confianza que me resulta agradable.

Noto que voy recuperando mi humor, ese que antes usaba siempre, el que me gustaba tanto y que también perdí por culpa de Álvaro. Poco a poco está volviendo, todo está volviendo.

Me tomo el café en mi balcón. Hoy me apetecía estar aquí sola, pensando en cómo será esta noche, disfrutando del sol y fumándome un cigarro. Necesito despejar la mente y esperar que todo salga bien hoy.

Durante el día espero a que sea la hora apropiada para empezar a prepararme. Le pido opinión a mi padre sobre qué puedo ponerme.

—¿Sabes? Tengo una idea, ven conmigo.

Entramos en su habitación y abre un pequeño baúl del que saca un vestido plateado de seda, largo y de tirantes.

—¿Qué es esto? —Observo el precioso vestido.

—Es el traje que usó tu madre cuando conoció a mis padres. Lo más sensato es que lo uses tú para conocer a los de Enzo —dice sonriendo.

—Papá, Enzo y yo solo somos amigos. No es necesario, pero gracias.

—Irina, hace meses que no te veía tan feliz. Sé que sois amigos, y también creo que un amor como el vuestro no se encuentra tan fácilmente.

—¡Papá, no le amo! Ni él me ama a mí. Solo somos amigos.

—Si eso es lo que tú crees y es lo que quieres, estoy de acuerdo, pero vuestras miradas no me dicen lo mismo, y sé que Enzo te hace feliz, y eso me llena de orgullo.

—Gracias por el vestido, papá y… por la charla, o lo que haya sido esto. Voy a arreglarme.

Le doy un par de vueltas a las palabras de mi padre, a lo que me ha dicho, pensando si pudiese ser cierto. Estaba y estoy tan cerrada al amor y a sentir algo por alguien que no soy capaz de ver más allá de lo que debería ser, nunca de lo que quiero que sea.

¿Quiero que sea así? ¿Quiero que Enzo sea más que un simple amigo? No, no quiero, no estaría bien, no debe ser así. Debe mantenerse como está, y no puedo confundir mis sentimientos jamás. Es mi amigo, y siempre lo será.

Me doy una ducha rápida y me pongo el vestido después de secarme el pelo y el cuerpo. Me recojo el pelo en un moño elegante y desaliñado a partes iguales, y, por primera vez en mucho tiempo, me maquillo demasiado para lo que me gustaría.

Me veo demasiado elegante, totalmente diferente a quien soy en realidad. Enzo se lo merece, y es un placer para mí. A esto me refería cuando dije que tenía que demostrarle lo importante que es para mí y lo agradecida que estoy por todo lo que ha hecho por mí.

Llego al portal de Enzo y le veo salir, tan guapo como nunca. Lleva un traje gris y una camisa negra debajo, a juego con los zapatos. Peinado su largo pelo hacia atrás.

Monta en el coche y se queda mirándome sin decir nada.

—¡Oye! Si pareces otro, estás fantástico —le digo acariciando su pierna.

—Estás preciosa, Irina, absolutamente preciosa. Por favor, mis padres van a pensar que tengo demasiada suerte. Quizás debería buscar a alguna chica un poco más fea para esta cena —dice bromeando, aunque no suena como siempre, y sé que es por los nervios.

Capítulo 44



Llegamos al mismo sitio donde hace unos días vine a montar el numerito, donde me enfrenté a los padres de Enzo y donde, por primera vez en mucho tiempo, saqué mi carácter y encaré la realidad de la vida de Enzo, donde comprendí lo que Enzo me había contado, y también lo que no expresa al mundo. Ahí comprendí que la fortaleza de Enzo es tan solo una coraza para protegerse del dolor que ha sentido a lo largo de su vida por el rechazo de sus padres, dolor que todavía siente.

—¿Preparado? —le pregunto.

—Soy yo quien debería hacerte esa pregunta. No conoces a mis padres; todavía estás a tiempo de salir corriendo —dice poniendo una mano en su frente.

—Enzo, no voy a dejarte solo, no voy a abandonarte —digo cogiendo su mano y acariciando su cara con mi otra mano.

—No sé qué haría sin ti —dice, y provoca que me dé un vuelco el corazón.

—Somos uno, somos tú y yo contra todo el mundo, solo nosotros, ¿vale? Céntrate en eso.

—Solo nosotros —repite autoconvenciéndose.

Sus padres aparecen por la puerta. Les miro casi suplicando que hagan como que no me conocen y solo fuese una amiga de su hijo que ha ido a acompañarle a la cena.

—Enzo, gracias por venir, hijo —dice su madre, abrazándole.

Enzo está incómodo; puedo verlo en su cara y en sus músculos tensos.

—Hijo —dice su padre con un tono cortante y apretando su mano.

—Esta es Irina, mi amiga, la única que tengo, y la mejor que tendré.

Sonrío ante su comentario, y saludo a sus padres apretando su mano, fingiendo no haberles insultado hace unos días, cuestionando su forma de ser padres.

—Es un placer —dice su madre.

—Igualmente, espero no molestarles.

Entramos en la casa. La madre de Enzo ya tiene todo preparado en el comedor. Ha hecho un pollo asado al horno con guarnición de patatas y ensalada.

Nos sentamos, yo al lado de Enzo, y sus padres frente a nosotros.

—La comida está deliciosa —digo.

—Gracias.

La tensión se siente en el ambiente, crea un entorno desagradable que preferiría evitar. Todo sea por Enzo y por acompañarle en esta situación.

—¿A qué te dedicas ahora? —le pregunta su padre.

—Estoy en la escuela de teatro del padre de Irina. Estamos haciendo *Romeo y Julieta.* Soy el protagonista, y se estrena en menos de un mes —cuenta Enzo emocionado.

—Enzo es uno de los mejores alumnos que ha tenido mi padre en años —digo sonriendo.

—¿Y te gusta lo que estás haciendo? —pregunta su madre.

—Por supuesto. El señor Castro hace que todo sea fácil y sencillo. Ama tanto su trabajo que es capaz de hacer que cualquiera lo ame.

—Antes no te interesaba nada de eso —dice su padre.

—Lo sé, pero ahora sí, ahora todo tiene sentido —dice Enzo, y su mirada se clava en mí, como si me lo estuviese diciendo a mí o refiriéndose a mí.

Yo me dedico a comer, no quiero meterme ni opinar al respecto. Es mejor opción disfrutar del pollo asado.

—¿Pretendes dedicarte a ello? —pregunta su padre.

—Todo lo que pueda. El éxito que tenga la obra repercutirá en mí, así que dedico todo el tiempo a la obra para asegurarme un gran futuro en este mundillo, sí —cuenta emocionado.

—Vaya planes de futuro de mierda tienes, hijo —dice.

Le miro asombrada por la poca delicadeza en su forma de decir las cosas. Enzo está apenado.

—Papá… —intenta decir.

—Sigues siendo el mismo que hace años, al que dejé de hablar porque no tenía un futuro claro, y el que sigue teniendo ideas de mierda. Deberías encontrar un trabajo estable y dejarte de obras de teatro, que parece que te están afectando al cerebro.

—¡Su hijo es un actor increíble y triunfará en lo que se proponga! —digo, dando un golpe en la mesa y levantándome.

—Irina, no es necesario —dice Enzo cogiendo mi mano.

—¡Lo es! No tienen derecho a hablarte así. Has venido aquí a demostrar el buen hombre que eres y lo que has mejorado y cambiado. Deberían darle una oportunidad a su hijo, y quizás,

también, mirarse al espejo y ver que las mejores personas no son las que más dinero tienen.

La madre de Enzo se mantiene en silencio, agacha la cabeza y sigue en su sitio.

—Me avergüenzo de tener unos padres como vosotros. No tendría que haber venido, y no debería haber traído a Irina aquí para que os conociese —dice Enzo enfadado.

Enzo se levanta y coge mi mano. Salimos por la puerta, dejando a sus padres sentados. Me lleva a una especie de jardín con piscina que no había visto la vez anterior. Es la parte trasera a la que solo se tiene acceso por dentro de la casa.

—Perdóname —dice Enzo.

—No es tu culpa. Que tus padres no sepan apreciar lo buena persona que eres y lo que estás trabajando no es tu culpa, Enzo.

—Es mi culpa haberte traído aquí sabiendo lo que pasaría —se lamenta.

Enzo se sienta en el borde de la piscina. Hace un poco de aire, por lo que me presta su chaqueta. Al ir a sentarme con él, caigo de cabeza a la piscina.

Enzo se ríe a carcajadas por mi torpeza.

—Ayúdame —digo, extendiendo una mano.

No tarda en prestarme su ayuda, lo que aprovecho para empujarle directo al agua. Enzo se sumerge, y al levantar la cabeza, los pelos se le pegan a la cara.

—¿Ahora quién se ríe? —digo carcajeándome y apartando los pelos de su cara con cuidado.

Enzo me mira y se acerca a mí lentamente; yo hago lo mismo y pongo los brazos sobre su cuello. Ambos sonreímos, y antes de que el momento empiece a ser incómodo me separo y le suelto.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

—Creo que sí, ya es hora de irnos.

Capítulo 45



Hoy es mi cumpleaños, el día que más odio en el mundo desde que mi madre y Fran no están conmigo, el día que deseaba que no llegase, el que preferiría borrar del calendario si fuese posible.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!

Mi padre entra a la habitación con una tarta con velas para despertarme, como ha hecho todos los años anteriores de mi vida.

—Papá, por favor…

—Pide un deseo y sopla las velas —me suplica.

Cierro los ojos y deseo con todo mi corazón que la vida sea mejor y que mi proyecto y el de Enzo salgan bien, pero, aunque sea imposible, pido que mi madre y mi hermano vuelvan conmigo.

—Qué mayor te haces, hija mía —me dice abrazándome.

—No me lo recuerdes, por favor —le digo sonriendo.

—¿Vendrá Enzo hoy?

—Él no sabe que es mi cumpleaños. No he querido decírselo porque, bueno, ya sabes, no quiero que todo el mundo me recuerde el día que es hoy —digo mirando al techo.

—¡Pero es tu mejor amigo!

—El único que tengo, más bien. Hasta hace unas semanas pensaba que tenía una mejor amiga, que me ignora cada día más, así que Enzo es el único amigo que tengo —me sincero.

—Por eso pensaba que se lo dirías, por eso deberías…

—Por favor, papá. Enzo tiene mil cosas que hacer antes que preocuparse de mi cumpleaños. Tiene la obra, acaba de discutir con sus padres… No es buena idea.

El telefonillo de casa suena, y mi padre camina hacia allí para cogerlo. Por unos segundos no oigo nada. Entretanto, cojo el cuadro de la foto de mi madre y mi hermano y les doy un beso.

—No vas a creer quién está aquí —dice mi padre.

Me doy la vuelta y veo a Enzo, parado justo al lado de mi puerta, con esa sonrisa tan bonita.

—De verdad, deberías cambiar esta habitación, es horrible —me dice.

—¡Oye! Yo no me meto con tus cosas —digo riéndome.

Mi padre nos deja solos. Enzo se sienta en la cama, yo me tumbo y apoyo mi cabeza en su pierna. Él me acaricia el pelo y la cara.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? —me pregunta.

—¿Por qué deberíamos hacer algo?

—Porque quiero hacer algo diferente antes de ir al ensayo. No me apetece quedarnos aquí en esta habitación encerrados.

—No quiero hacer nada, salvo ir al local para seguir con todo lo que queda por hacer. ¿Te parece buen plan?

—Por supuesto que sí, me parece perfecto.

Enzo y yo seguimos tumbados en la cama, mirando al techo y hablando de la vida, contándonos historias y haciéndonos bromas.

No se puede imaginar lo que me alegra que no sepa que hoy es mi cumpleaños. Que no me felicite y que no tenga que decirle por

qué odio esto, por qué me duele tanto no tener a mi hermano y a mi madre, y también pienso en lo mucho que me gustaría que se hubiesen conocido. Mi madre hubiese querido a Enzo desde el principio, mi hermano me lo hubiese intentado robar en varias ocasiones para tener un amigo, y sé que hubiésemos pasado mucho tiempo juntos. También sé que, si eso no hubiese pasado y lo de Álvaro no hubiese ocurrido, quizás mi relación con Enzo fuese diferente.

—Oye, enfadica, borde y arisca —me dice.

Me doy la vuelta para mirarle mientras seguimos tumbados y me apoyo en su tripa.

—¿Vas a decirme algo bonito alguna vez?

—Sí. Feliz cumpleaños, Irina Castro Lara.

Noto cómo se me cambia la cara enseguida. No entiendo cómo ha podido enterarse, y no sé cómo reaccionar.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy más inteligente de lo que crees —dice, y me da un golpecito en la nariz.

—Gracias, pero tienes que saber que odio mi cumpleaños y no quiero que celebremos nada.

—Tarde.

—¿Qué?

Enzo saca un sobre de su bolsillo que me entrega en la mano.

Lo abro y hay tres folios dentro; el primero…

> Feliz cumpleaños a la alegría de mi vida y a mi razón de vivir. Feliz primer cumpleaños a mi amiga y compañera de aventuras, a ese descubrimiento que tan feliz me hace y, sobre todo, a la persona que ha puesto mi vida patas arriba. No importa lo que pase, los años y la distancia, siempre volveré a ti. Aunque nos separemos por cualquier cosa absurda o importante, siempre volveré a ti, Irina. Feliz primer cumpleaños de todos los que quiero pasar viéndote crecer.

Las lágrimas comienzan a caerme por los ojos. Sé que suena patético, pero jamás me habían dicho nada tan bonito, nadie me había escrito una carta.

—Enzo, es preciosa, gracias.

—Continúa, por favor.

El siguiente folio me sorprende todavía más. Veo una frase larga, y el dibujo de una estrella.

> Ni todas las estrellas del cielo son tan bonitas como cuando sonríes porque de verdad eres feliz. Por eso te merecías tanto como ellas estar en el cielo, cerca de tus seres queridos.

—¿Qué significa esto? —pregunto sin entender nada.

—Que ahora hay una estrella en el cielo que tiene tu nombre.

Le abrazo tan fuerte como puedo y, por primera vez, sonrío por un motivo real. Enzo me ha hecho feliz.

—Y ahora, por último… —digo sacando el folio que me queda.

Veo dos billetes de avión con destino París que sale en cuestión de tres horas y me quedo embobada sin decir nada, abriendo los ojos como platos, pensando en la gran locura que Enzo está haciendo al regalarme un viaje a París.

—¡Enzo, esto es demasiado!

—Te lo mereces, Irina. Deja ya de pensar que vales menos.

Nos abrazamos. Por mi parte, podría decir que es el abrazo más sincero que he dado en mucho tiempo. Enzo acaba de hacerme un poquito más feliz de lo que pensaba que sería hoy, incluso ha conseguido que me apetezca celebrarlo y hacer algo en este día de mierda.

Capítulo 46



El vuelo se me ha hecho aterrador. Jamás he viajado en avión, y me puse muy nerviosa al ser la primera vez. Suerte que tenía la mano de Enzo entrelazada con la mía para calmarme durante las dos horas de vuelo hasta el aeropuerto de Orly Paris. Nos pusimos los cascos para escuchar música relajante, de la que nos gusta escuchar a ambos, y el viaje se hizo más llevadero. También comimos algo en el avión, demasiado caro para lo poco que era, pero de eso se aprovechan en estas situaciones.

Me preocupa el local. No he hecho nada estos días con tanto viaje a la playa y ahora a París, aunque también es cierto que es un gran motivo para haber abandonado el trabajo duro. Me sorprende que mi padre estuviese al tanto de todo y no me haya contado nada, sabiendo el trabajo que tengo pendiente y que el estreno de la obra está a la vuelta de la esquina.

En cuanto llegamos al aeropuerto, montamos en el metro para dirigirnos a nuestro hotel. Al llegar, no podía creer lo que mis ojos veían: desde la ventana de nuestra habitación se podía ver la

mismísima torre Eiffel, la cual, he de reconocer, es más impresionante en persona que por fotos y vídeos. Nuestro viaje tiene una duración de tres días, y tengo prisa por conocer la ciudad, que ya me tiene cautivada y enamorada con cada cosa que veo.

Nuestra habitación es una *suite* en la última planta. No quiero pensar lo que le ha costado a Enzo; prefiero no hacerlo, porque tendría otro motivo por el que odiar mi cumpleaños, aunque, sin duda, creo que este no voy a olvidarlo jamás.

Dejamos las maletas en la habitación y ahora estamos caminando al lado del Sena, disfrutando de las preciosas vistas de la Ciudad de la Luz y de la gente tan pija parisina que vemos. Estamos buscando un buen restaurante donde cenar. Aquí los horarios son muy diferentes: la gente de París cena bastante pronto comparada con la de España. Nos costará adaptarnos a cenar a las ocho de la noche, aunque estoy segura de que lo haremos.

Después de tanta búsqueda, Enzo señala un pequeño barco que hace un recorrido por el Sena enseñando la ciudad y donde por diez euros más te incluyen una cena dentro del barco. No dudamos en subirnos al siguiente que pasa por el embarcadero.

—Esto es demasiado bonito para ser real —le digo.

—Dicen que París tiene una magia que no es posible explicar.

El camarero nos asigna una mesa en lo alto del barco, al aire libre y bajo las luces de las velas del navío y las farolas de la ciudad. Cuando el resto de los pasajeros sube a bordo, el trayecto empieza. En el menú está incluido *la raclette,* una especie de queso fundido con variedad de embutidos y patatas, unos caracoles, que no pienso comer, y de postre, un delicioso *croissant,* que disfrutaré bastante.

—¿Por qué haces todo esto? —le pregunto.

—Los amigos hacen estas cosas, Irina. Se cuidan y se quieren. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Lo sé, pero… es demasiado —digo señalando el barco y la preciosa ciudad de París.

—Te prometo que viajaremos por todo el mundo si es necesario. Tienes que salir de Madrid más a menudo, y dejar que el mundo disfrute de conocerte —me dice mientras pega un bocado del primer plato.

Las vistas son increíbles. Sin duda alguna, lo que más llama mi atención es la preciosa catedral de Notre Dame. Incluso estando en obras, se puede apreciar la belleza de este gran monumento. Es una lástima que todavía no la hayan terminado, porque, siendo la torre Eiffel el monumento más conocido de la ciudad, la catedral me impacta mucho más.

—¿Avisaste a tu padre de que hemos llegado?

—¡Vamos a mandarle una foto para que vea dónde estamos! —le digo.

Saco mi teléfono y Enzo y yo posamos para hacernos diversas fotos. Haciendo el tonto, en otra un poco más serios, y en otra sonriendo. Mi favorita es la que se ha hecho sola cuando nos estábamos mirando, pensando que ya habíamos terminado la sesión de fotografía.

—¡Es preciosa! Pediré que la impriman y que hagan dos copias, así tendremos una cada uno.

Enzo no dice nada; me mira y asiente con la cabeza.

Joder, es demasiado bueno para este mundo, es demasiado bueno para mí, y tengo miedo de arruinar esta maravillosa amistad que hemos creado.

Todavía recuerdo el primer día que nos vimos, desde ese momento nos hemos vuelto inseparables.

—¿Qué te gustaría visitar mañana?

—Todo. —Me río—. Pero me encantaría ver el barrio Rojo, dicen que es precioso por la noche.

—Barrio Rojo, allá vamos. —Sonríe.

Enzo me explica cuál es su idea de ruta para mañana, ahora incluyendo mi deseo de ver el barrio Rojo por la noche. Le miro fijamente mientras me lo enseña en el móvil, pensando en lo afortunada que soy y en la suerte que tendrá la mujer que algún día ocupe su corazón.

Capítulo 47

Enzo



La veo dormir, tan indefensa como preciosa a partes iguales, descansando a mi lado, acostada y tapada con las sábanas para no sentir el frío de la noche de París, y es aquí donde me quisiera quedar toda la vida, viendo a esta mujer que me ha cautivado, pasando todos y cada uno de los días que me queden de vida disfrutando de su compañía.

La miro y no entiendo cómo le han podido hacer tanto daño, cómo la han podido utilizar y la han destrozado tanto. Estoy seguro de que si el resto del mundo la viese como yo la veo, la encerrarían en una cajita de cristal para que nada malo pudiese pasarle. Es lo que yo pretendo: protegerla del dolor y el sufrimiento todo lo que pueda, porque es lo que merece.

Ella no lo sabe, pero cuando duerme su boca sonríe y sus mejillas se ponen rosadas más de lo normal. Respira tan suave que hasta parece que no lo hiciese, y yo, sin poder dormir por admirarla,

podría quedarme despierto todas las noches con tal de verla tan dulce y feliz, como si no tuviese ningún problema ni trauma encima, como si jamás la hubiesen lastimado. Sigo pensando que cualquier cosa que haga nunca estará a su altura; cualquier viaje, gesto o palabra nunca podrá superarla.

Me levanto sin hacer mucho ruido y voy al balcón para fumarme un cigarro mientras disfruto de las vistas de la ciudad. Pienso en una locura. Necesito hacerlo, si no, no me quedaré tranquilo. Cojo el teléfono de Irina y copio en el mío el de su expareja, Álvaro, al que necesito decirle unas cosas.

No sabes quién soy ni lo sabrás nunca. Te hablo como hombre y sin perder los papeles. Espero que no vuelvas a molestar a Irina ni se te pase por la cabeza hacerla llorar jamás. Has tenido la suerte de tenerla años en tu vida, y has sido tan egoísta que te has preocupado por ver el fútbol antes que preguntarle cuál era su director de cine favorito. Has preferido salir de fiesta antes que sacarla a bailar bajo la lluvia. No has sabido lo que soñaba con ser de pequeña, y nunca sabrás en qué mujer quiere convertirse. Jamás te diste cuenta de lo que tenías a tu lado, pero no te preocupes, puedes estar tranquilo, porque yo sí. Y haré por ella todo lo que no has sido capaz de hacer en estos años. La haré sonreír por cada lágrima que tú le has provocado, y la haré reír tanto que olvidará todo el mal que pasó por ti. No vuelvas a escribirle nunca. Desaparece de su vida. Hazle ese favor si en algún momento la quisiste.

Enviar. Bloquear.

No quiero que me responda. Con haberme desahogado me sirve. Solo quería dejarle claro la mujer que ha perdido y lo mucho que se debe arrepentir, pero le estoy agradecido, ya que he podido conocerla. Si dependiese de mí retroceder en el tiempo, daría lo que tengo por que ella no hubiera sufrido nada, aunque implicase no haberla conocido nunca. Preferiría una vida sin haberla conocido si eso pudiese borrar un solo día de su dolor. Una vida por un día me parece justo.

Vuelvo a la cama. Irina está despierta, y la miro extrañado.

—¿Va todo bien?

—He tenido una pesadilla, pero sí, tranquilo —me dice.

Me tumbo en mi cama y ella me sigue mirando.

—¿Puedes dormir conmigo? Por favor —me pide haciéndome un hueco en la cama.

Dudo un instante, pero me levanto de mi cama para meterme en la de ella. Irina me abraza, y yo a ella, para que se sienta protegida.

—¿Quieres contarme esa pesadilla que no te deja dormir? —le pregunto.

—Era sobre Fran. He soñado con su muerte… —Apoya su frente en mi pecho.

La tranquilizo con palabras y caricias hasta que vuelve a quedarse dormida.

—No te dejaré nunca, Irina. No permitiré que nada malo te pase, te lo juro.

Cierro los ojos para poder dormirme. Mañana será un día duro, y nos espera la ciudad para conocerla. Hay que aprovechar, ya que al día siguiente el vuelo sale más o menos temprano y no nos dará tiempo a ver muchas cosas, por desgracia.

Capítulo 48



Como nuestra vida no estaba lo suficientemente llena de locuras, hemos decidido hacer otra más: hacernos un tatuaje juntos. La idea es loca, lo sabemos, pero si no cometemos locuras ahora que somos jóvenes, no las podremos cometer en el futuro.

Al entrar en el estudio de tatuajes, teníamos claro lo que queríamos: la silueta de la torre Eiffel y la inicial del otro en pequeño, justo debajo, en un lateral, en el tobillo derecho.

Cualquiera puede pensar que estamos locos por hacernos nuestras iniciales, pero me parece un gesto tan bonito entre dos amigos que no me importa en absoluto lo que el resto del mundo opine.

Sé que llevaré a Enzo en el corazón toda mi vida, aunque nos dejemos de hablar y nuestros caminos se separen. Sé que una parte de mí le guardará cariño y respeto, y que mi cabeza se acordará de lo feliz que me hizo cada día desde que le conocí. Por eso, no me importa llevarle también en la piel toda mi vida, porque creo que tener un recuerdo de una persona importante es lo que debería estar bien en la vida.

Ambos terminamos de tatuarnos y nos hacemos una foto de los tatuajes para enviársela a mi padre, que nos dice que estamos locos, aunque le encanta la idea y se alegra por nosotros.

«Qué hombre más bueno y dulce me ha dado la vida como padre», pienso.

Al salir del estudio y pagar al amable tatuador que nos ha hecho los maravillosos dibujos que llevaremos toda la vida en la piel, visitamos el museo del Louvre y vemos la *Gioconda* en persona, por la cual quedamos fascinados. Hemos conseguido entrar debido a que Enzo se ha metido en un gran papel, diciendo que era un actor muy conocido en España y que estaba de viaje por la ciudad. Gracias a eso, hemos podido pasar sin hacer colas ni pagar por entrar. Hemos visto todas las obras posibles. Enzo ha hecho el payaso una y otra vez imitando los cuadros, y yo le hacía fotos en cada una de sus grandes poses. Este lugar me ha dejado fascinada. Es increíble lo bonito que es y lo cuidado que está todo, al detalle en cada cosa que hay dentro.

Después hemos ido a ver el Arco del Triunfo, donde hemos aprovechado para comer en un restaurante cercano. Todo estaba muy bueno, aunque los precios en París son desorbitados. Hemos paseado por lo sitios más emblemáticos e interesantes, perdiéndonos por las calles de París con un café en la mano y un *croissant* de acompañamiento, que, por cierto, ha sido el mejor sin duda de todos lo que hemos comido aquí, que no han sido pocos, ya que en cada pastelería o panadería que hemos visto hemos comprado uno para probarlo.

Más tarde, hemos vuelto al hotel para ducharnos y cambiarnos de ropa, más elegantes de lo que hemos ido por el día, ya que la ocasión lo merece.

Estoy deseosa por conocer el barrio Rojo.

Me he puesto un vestido de satén color champán y unos tacones negros a juego con el bolso. Me he recogido el pelo en un moño estirado y me he maquillado lo más natural pero bonito que he podido. Enzo se ha puesto una especie de traje informal, con una camiseta blanca básica por debajo. Está guapísimo. Sin duda, este hombre es increíblemente precioso. El pelo se lo ha peinado de tal forma que le ha quedado hacia atrás, pero con algún mechón rebelde de los suyos por la frente.

—No cabe duda de que París debería envidiarte por la belleza que tienes esta noche —me dice.

—¿No es demasiado? —digo señalando mi vestido.

—Estás preciosa, Irina.

—Tú también lo estás —digo sonriendo.

Capítulo 49



Pedimos un Uber desde la puerta del hotel hasta el barrio Rojo. No podía caminar con los tacones que me he puesto, y mucho menos podía ir en metro tal y como voy vestida. El camino se hace ameno, disfrutamos de las vistas y conversamos con el chófer, quien, para nuestra sorpresa, habla perfectamente nuestro idioma.

—Es aquí, señores. Que disfruten de París. Hacen una pareja preciosa —nos dice.

Enzo y yo nos reímos, pero no le respondemos. Le damos las gracias y bajamos del coche. Es normal que piense que somos pareja: tenemos una relación muy cercana, y supongo que quien no nos conoce puede llegar a confundir nuestra amistad con una relación amorosa. Nos hace mucha gracia que nos lo digan así tan natural.

—Pareja —repite Enzo.

—Pareja preciosa, de hecho —le corrijo riéndome.

Caminamos hacia el Moulin Rouge, que es más impactante verlo también en persona. Los colores rojos, el molino con sus grandes

aspas, la gente haciéndose miles de fotos y riendo a carcajadas. El sonido es agradable, hasta los coches resultan diferentes y bonitos si están aquí, en París. Nos compramos unas crepes mientras caminamos por la calle principal. Observamos y analizamos todo al detalle. Enzo no para de hacerme fotos, y yo a él también le hago unas cuantas, aunque nada que ver con las suyas a mí. Pedimos a la gente que nos hagan fotos juntos para tener el recuerdo. Pienso hacer un álbum en cuanto estemos en Madrid.

No quiero que este viaje acabe nunca. Para nuestra desgracia, mañana a estas horas estaremos cada uno en su casa. Por supuesto, le hablaré a mi padre de este viaje durante días y semanas sin parar. Enzo terminará de preparar la obra, y en pocas semanas, el estreno llegará.

Me da miedo que una vez él acabe la obra y yo abra el negocio, nuestra amistad se enfríe. Esos dos motivos son los que nos han unido y temo que después ya no queden razones por las que seguir siendo amigos.

Cuando la gente se va del Moulin Rouge, nos acercamos para hacernos fotos, en solitario y juntos, tal y como llevamos haciendo todo el viaje.

—¡Levanta una pierna! —me dice Enzo.

—No pienso hacer eso, voy a caerme con estos tacones.

Pongo los ojos en blanco y levanto la pierna como si perteneciera al interior del espectáculo. Espero que no me vea mucha gente haciendo el ridículo, porque es algo vergonzoso ver mi imagen de ahora mismo.

Enzo me imita en sus fotos y nos reímos por la situación. Le devuelvo su teléfono y se queda parado delante de mí, sin decir una palabra. Me mira y sonríe. Se acerca y me da un beso en la frente.

—Sé que no me lo vas a jurar, pero… ¿Me juras que eres feliz?

—Lo soy. No te lo voy a jurar, como bien sabes, pero lo soy, de verdad que lo soy, y mucho.

Le abrazo y él me aprieta con fuerza, como si no quisiera despegarse de mí. Volvemos a la zona de nuestro hotel y caminamos por la torre, todo lo cerca que podemos, ya que no se puede entrar a estas horas. La vemos iluminada: es todavía más bonita que por el día.

—Irina, yo…

—¿Qué? —Enzo me mira y parece estar pensando qué decir. Se pone nervioso y le tiembla el labio. Le cojo la mano para tranquilizarle—. ¿Qué pasa, Enzo?

Se acerca a mí, demasiado, más cerca que nunca. Sus ojos se cierran lentamente y yo me quedo quieta, como si no pudiese moverme o articular palabra. Le miro analizando cada detalle de su rostro en cuestión de segundos, viendo cómo se le marca la mandíbula por los nervios y cómo su nariz se infla más de lo habitual, notando que su respiración y su pulso se aceleran.

¿Va a besarme? No puede ser. Un beso no puede arruinar nuestra amistad, no puedo permitir que una confusión arruine lo nuestro, por mucho que en otro momento le hubiese besado y me hubiese gustado que ciertas cosas fuesen diferentes entre nosotros.

Cojo su mano, y con mi otra mano le paro, presionando despacio su pecho. Apoyo mi frente en él y niego con la cabeza.

—No estropeemos esto por una confusión, ¿vale? Así estamos mejor —le digo susurrando en su pecho e intentando convencerme de que lo que digo es verdad.

—Lo siento, yo… No sé en qué estaba pensando. Me he dejado llevar por la situación y por el ambiente, y no debería. Perdóname, no volverá a ocurrir.

El problema es que yo no sé si no quiero que vuelva a ocurrir o que directamente ocurra aquí y ahora, sin que importe nada más. El problema es que cada vez que veo a este hombre todo se complica, porque cada día que pasa le quiero más, porque sí, le quiero. Y es normal quererle, ¿cómo no iba a hacerlo? Estaba claro que antes o después iba a terminar queriéndole, aunque no del mismo modo que él a mí, porque no puedo permitirme querer a alguien, quererle a él.

—No tienes que pedirme perdón, Enzo. No pasa nada.

No me responde y comienza a caminar a unos pasos, alejado de mí. Yo le sigo detrás. Una parte de mí se lamenta por no haberle besado cuando quizás sí me apetecía, y la otra sigue firme con la decisión de haber frenado el momento.

Entre Enzo y yo no puede pasar nada, no estaría bien, no sería lo correcto.

Ya no sé qué es lo correcto, y no sé si algún día lo sabré.

Capítulo 50



No me quito de la cabeza pensar que anoche casi nos besamos. Al llegar a la habitación, ninguno dijo ni una palabra y nos acostamos enseguida. Sé que Enzo salió un par de veces a la terraza de la habitación a fumar. Supongo que sus pensamientos eran exactamente iguales que los míos… ¿Qué habría pasado si llegamos a besarnos?

Todo hubiese cambiado, nuestra amistad se hubiese estropeado, y nunca funcionaríamos, pero si hay algo que no me quito de la cabeza desde ese casi beso es que probablemente sienta más cosas por Enzo de las que pensaba y de las que estoy dispuesta a admitir.

El miedo me frena en todos los aspectos de mi vida. Siempre me ha pasado, y sabía que el enamorarme no iba a ser fácil, pero tampoco esperaba ni estaba en mis planes encontrar al hombre más perfecto que podría haber imaginado. Cualquier mujer querría estar con él: es atento, cariñoso, bueno, detallista, y nunca pide nada a cambio. Simplemente es Enzo.

He salido de la ducha y me he vestido con lo primero que he cogido. Enzo se ha vestido con sus pantalones vaqueros favoritos, una camiseta negra y sus zapatillas blancas. Estamos listos para irnos a desayunar y pasar el día por París.

—¿Estás lista? —me pregunta.

—Sí, vamos.

Salimos del hotel y caminamos un largo recorrido hasta ver ciertas cosas que nos faltaban por descubrir. En París hay varios rincones preciosos que no son tan conocidos: una plaza llena de palomas y de músicos tocando. Hemos decidido sentarnos en unas escaleras a disfrutar del buen día. Lo que más gracia nos hace son los que intentan estafar a la gente con el típico juego de ¿dónde está la bolita?

Nos compramos unas palomitas y una botella de agua para seguir disfrutando y le damos de comer a las palomas. No son animales que me agraden mucho, pero Enzo es tan animalista que es imposible tener un mal comentario hacia ningún animal, aunque sea una araña o una cucaracha.

Paseamos por una calle que está llena de tiendas. Una llama mi atención. Me apetece tener un gesto bonito con Enzo, por lo que entro directa y me acerco al vendedor, intentando comunicarme con él lo mejor posible, usando el traductor del móvil.

—Quiero un casco de moto negro con una inicial.

El dependiente me pregunta qué inicial sería y le indico la «I» de mi nombre. Quiero que me lleve siempre con él, que cuando no esté conmigo me recuerde y siempre sepa que puede contar conmigo. Enzo se ha quedado en otra tienda, probándose camisetas de recuerdo de París.

—Son doscientos euros.

Me parece horriblemente caro, pero lo pago sin dudar. Enzo acaba de regalarme un viaje a París que seguramente haya costado el triple. Además, si se trata de él, no importa lo que cueste: quiero hacer algo por él.

Me indica que tardará un poco en hacerlo y que puedo pasarme en media hora. Abandono la tienda y vuelvo con Enzo para probarnos camisetas y hacernos fotos en los probadores.

—Quería darte las gracias otra vez por este maravilloso viaje —le digo sincera.

—No tienes que dármelas, ya lo sabes.

No quiero que esto acabe, no quiero volver a la realidad y que nada cambie entre nosotros.

—Enzo, yo…, yo… te…

Enzo me mira sorprendido y extrañado a la vez, esperando a que termine la frase.

—Te agradezco mucho lo que haces por mí.

No sabía muy bien lo que estaba haciendo. ¿Decirle que le quiero? No puedo. ¿Decirle que me hubiese encantado conocerle en otro momento de mi vida y poder estar con él ahora sin miedos? Menos todavía.

No podía hacerle esto, no a él. No puedo condenarle a una vida de dudas y de miedos; él merece que le amen tanto como sé que él me ama a mí.

El amor duele, aunque no debería, por eso quizás esté sintiendo esta presión en el pecho al pensar que algún día Enzo dejará de esperar por mí y conocerá a una persona que le ame. Pero no duele por su culpa, porque él lo hace todo fácil; duele por mí, porque quiero quererle, y aunque lo haga, no puedo quererle tan bien como se merece. Y no puedo condenarle a una vida conmigo, a una vida que acabaría destruyendo al hombre que es.

Salgo de nuevo para ir a buscar el casco de moto. Enzo espera fuera.

—Esto es para ti.

Enzo coge el casco y lo mira asombrado, feliz y con los ojos lagrimosos.

—Es precioso, Irina, es increíble. No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé, pero quería que tuvieses algo que te recuerde siempre a mí.

—Irina, no necesito un casco para acordarme de ti. Siempre te llevo conmigo, aquí —dice poniendo mi mano en su corazón.

Sonrío y le abrazo. Él me aprieta más fuerte y nos quedamos un par de segundos sin movernos, dejando que el tiempo pase.

Capítulo 51



El vuelo se nos hizo corto; íbamos hablando y recordando nuestro viaje. Mi padre ha venido a recogernos al aeropuerto y ya estamos llegando a mi casa. Enzo va a quedarse a cenar, y después se irá a su casa.

Entramos en mi casa y voy a mi habitación para dejar las cosas.

—¿Qué? —pregunto casi gritando al abrir la puerta.

Mi habitación ya no es mi habitación. Bueno, lo es, pero la decoración ya no. Las paredes ahora son una foto inmensa de Fran, mi madre, mi padre y yo. La cama de matrimonio ahora tiene unas cortinas para hacerla nido; hay una lámpara con forma de girasol enorme, cuadros míos y del local, una foto de Enzo y un ramo de girasoles secos encima de una cómoda blanca. Hay un espejo enorme al lado de la puerta del balcón, y una alfombra en el suelo también en forma de girasol.

—¡Papáááááááááá! —Mi padre viene corriendo y me mira. Las lágrimas no pueden dejar de caer de mis ojos al ver algo tan bonito —. Papá, gracias… No tengo palabras.

Mi padre me abraza y me sonríe. Enzo nos mira desde el pasillo.

—De nada, cariño. No es a mí a quien debes dar las gracias —dice, y mira a Enzo.

Desvío la mirada al hombre que ha cambiado mi vida, que me sonríe y también lagrimea a la vez.

—¿Enzo?

—Quería que tuvieses a tu familia siempre contigo, y que pudieses verles en todo momento.

Corro a sus brazos y le atraigo contra mí, le abrazo y lloro apoyada en su pecho.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —le pregunto entre sollozos.

—No sé hacerlo de otra forma. Si se trata de ti, no puedo ser diferente a como soy.

Me separo de él para poder ver todos y cada uno de los detalles de la habitación. Pensar que Enzo tenía preparado todo esto para cuando llegásemos de París es increíble. No tengo palabras para describir la sensación que me embarga.

Enzo es mágico, simplemente. Cada detalle, gesto y palabra suya contienen magia. A veces no entiendo qué he debido hacer en esta vida para merecer a una persona como él.

—Bueno, chicos, la cena ya está lista.

Ambos caminamos al comedor para sentarnos a tomar la ensaladilla que ha preparado mi padre. Nos gusta mucho, pero lo que más estoy disfrutando es la compañía de los dos hombres que tengo enfrente de mí. Mi padre siempre ha sido mi compañero de vida desde que mi madre y Fran no están aquí, y Enzo, sin duda, se ha ganado el convertirse en mi mayor apoyo y pilar fundamental.

A día de hoy, no podría imaginar un segundo de mi existencia sin él. Sé que depender de una persona no es sano y no es bueno, pero la dependencia que tengo de Enzo considero que nunca dejaré de

tenerla. Él ha sido quien me ha sacado de la oscuridad y quien ha conseguido que tenga ganas de seguir viviendo y de luchar por mí y por mis sueños.

No creo que nada de lo que he conseguido este tiempo atrás hubiese sido posible si no le hubiese conocido, sobre todo porque he tenido su apoyo y su ayuda en cada momento.

Cada vez va quedando menos para el estreno de la obra, y a pesar de lo nervioso que está, ha sacado tiempo para mí, y eso lo valoro muchísimo, sabiendo lo importante que es para él.

Capítulo 52



Llevo tres días sin ver a Enzo porque ha estado muy ocupado con mi padre ensayando la obra y repasando los últimos matices, ya que no queda nada para el estreno. He aprovechado para hacer cosas en el local e ir mirando proveedores y almacenes textiles que poder contratar en el futuro, cuando por fin pueda abrir la tienda.

De Lu no sé absolutamente nada. He probado a llamarla en varias ocasiones y no ha respondido. Empiezo a preocuparme por ella, y deseo de corazón que le esté yendo bien, aunque ya no hablemos y parezca que no quiere saber nada de mí.

No la culpo, no le echo en cara que se haya distanciado de mí por su novio, ni porque ahora esté compartiendo la mayor parte de su tiempo con él, porque de una forma u otra estoy haciendo lo mismo, y con una persona que es un simple amigo.

Soy consciente que desde que llegó a mi vida me volví un poco más distante de lo que ya era antes, porque empecé a compartir muchas horas con él, y cualquier plan que me apetecía siempre incluía a Enzo.

Por eso, jamás podré culparla de haberse distanciado de mí. Supongo que es lo que pasa cuando se llega a una edad. La gente toma su propio camino, y al final se acaba bifurcando, hasta que llega un momento en que se vuelve al punto de partida: dos completos desconocidos con un pasado en común.

Supongo que es lo que nos acabará pasando a nosotras, que nos convertiremos en dos personas que se conocían extremadamente bien y que ya no comparten nada en común. Está bien, no es sano cuando se mantiene una relación por los recuerdos o por lo vivido. Es algo que aprendí de mi relación con Álvaro. Sostener lo insostenible nunca lleva a ningún lado; desde luego, a ninguno que sea sano.

Por eso jamás obligaría a nadie a quedarse en mi vida. Quien quiera estar, bien, y quien no, pues también estará bien. Hay que tener la suficiente madurez como para saber hasta qué punto pueden llegar las relaciones de amistad o de pareja, incluso también las familiares.

La puerta de mi casa se abre y pego un bote del sofá al suelo cuando veo a Enzo entrar disfrazado de John Travolta en la película *Grease.*

—Hola, nena —dice.

Le miro extrañada, y no puedo evitar soltar una carcajada al verle disfrazado.

—¿Qué haces? —pregunto entre risas.

La canción *Greased Lightnin´* comienza a sonar en el teléfono de Enzo, y veo que hace la coreografía subiéndose encima de la mesa del salón, haciendo a la perfección cada movimiento al ritmo de la canción, a la vez que canta.

Esperaba que lo hiciese peor; tiene talento este chico.

Mientras veo el espectáculo, aplaudo al ritmo de Enzo y bailo también en el suelo. Estira su mano hasta coger la mía y me invita a subir a la mesa con él.

—¡Enzo, vamos a romper la mesa!

Nos empezamos a reír y seguimos bailando y cantando como si fuésemos dos niños pequeños, sin preocupaciones.

La canción finaliza y bajamos de la mesa, todavía riéndonos el uno del otro.

—Has estado increíble.

—Lo sé, nena, lo sé —dice imitando a Danny Zuko.

—¡Basta, idiota! No me llames así —digo sonriendo.

—Aguafiestas —dice subiendo la mirada.

—¿No tienes ensayo hoy?

—Hablando de eso… Ven, quiero llevarte a un sitio.

Enzo coge mi mano y salimos de casa. Me explica que mi padre le ha dejado las llaves y que por eso ha entrado sin llamar, algo que sospechaba, pero hasta que no me lo ha dicho no entendía cómo lo había hecho.

Caminamos y Enzo pone una venda sobre mis ojos para que no vea nada. Oigo ruidos, de varias puertas y de llaves constantemente. Seguimos caminando hasta que Enzo me sitúa en un sitio, sin quitarme la venda de los ojos.

—*I got chills, they're multiplying…*

Me quito la venda de los ojos en cuanto oigo a Enzo cantar. No puedo creer lo que veo. El escenario de la escuela de mi padre se ha convertido literalmente en la película de *Grease.* Como si fuese la feria de la última escena del film.

Todos los demás están ahí con él, incluso mi padre, disfrazados y bailando como si estuviesen en la película. Enzo salta del escenario para colocarse de rodillas delante de mí, para que hagamos la

escena de cuando Olivia le empuja de una patada al suelo, y es exactamente lo que hago. Estoy disfrutando tanto que me dejo llevar por el espectáculo que están montando.

Solo hacen esa canción. Han preparado todo esto solo para mí y para que dure solo unos minutos. Ahora sí, definitivamente estoy perdida, y admito que me he enamorado de Enzo de todas las formas posibles que puedo admitir.

Capítulo 53



Estos días han sido increíbles. Como siempre, gracias a Enzo y a su bonita forma de hacerme feliz cada segundo. Hicimos miles de cosas en la tienda, y le acompañé a sus ensayos, como ya es costumbre. Veo a mi padre más feliz que nunca, y sé que su felicidad es también gracias a Enzo y a cómo me está cambiando poco a poco. Antes de conocerle, yo estaba perdida, sola y sin ganas de nada, y ahora aquella Irina ya no existe.

Le quiero y le amo, pero no sería capaz de romper nuestra amistad por intentar algo. No lo haría porque, además, no quiero atarme a nadie y aún tengo demasiado miedo a tener una pareja, a volver a compartir mi vida con alguien. Es algo que asumo: no estoy hecha para tener una relación, al menos, no de momento.

¿Enzo me quiere? Probablemente más de lo que soy capaz de imaginar y creer. Pero sé que él no me lo dirá, a menos que yo dé el primer paso. Es demasiado respetuoso y reservado, y después del beso que frené en París…

Hoy vamos a irnos a pasar el día a un lugar, todavía no me ha dicho adónde. Enzo es una caja de sorpresas y nunca me dice adónde iremos. Eso también me gusta; dejarme llevar de vez en cuando no es tan malo como creía. Sé que la idea de Enzo será fantástica, porque desde que le conozco no ha tenido ni una mala idea.

Llevo toda la mañana preparando las cosas y recogiendo la casa. Mi padre no está; creo que ha salido a comprar cosas para la obra, así que he aprovechado para dejar la casa en perfecto estado para cuando llegue.

Tengo la mochila preparada con la ropa que voy a llevarme, aunque no llevo demasiado. Un pijama y otro conjunto para mañana, las cosas del aseo y unas zapatillas; más que suficiente.

Iremos en mi coche, ya que Enzo tiene la moto estropeada y la ha llevado al taller. Le han dicho que iba para largo el arreglo y que volviese a por ella en unos tres o cuatro días.

Oigo el telefonillo de casa. Enzo ya está aquí, por lo que bajo al garaje con todas mis cosas y monto en el coche para salir a buscarle.

Salgo del garaje y ahí está el hombre más bueno y amable que conozco, tan guapo como siempre y con esa sonrisa que es imposible no admirar.

Abre la puerta y monta, se abrocha el cinturón y me da un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa.

—Buenos días —le digo.

—¿Preparada?

—Eso creo —le digo sonriendo.

—Estoy deseando que lo veas.

—¡Basta! No me pongas más nerviosa.

Enzo conecta su móvil con el GPS del coche y vamos a la dirección que me señala la pantalla. Hay una hora de camino, por lo que imagino que es a las afueras de Madrid.

Enzo pone nuestra lista de reproducción de música de Spotify y ambos comenzamos a cantar como locos. El viaje se hace más ameno de lo esperado. Entretanto, voy observando el paisaje y la belleza de Enzo.

Capítulo 54



Aparco el coche y me quedo paralizada por la belleza que se despliega ante mis ojos. Hemos venido a una casa a la orilla de un lago, que supongo pertenece a la familia de Enzo.

Es una casa mediana, de madera y con el tejado negro. Las ventanas y las puertas son de un tono más oscuro que las paredes. Tiene un porche justo a la entrada, donde hay una mesa y un par de sillas. Todo está rodeado de árboles y flores. Se respira la naturaleza y la tranquilidad. Es todo demasiado bonito para ser realidad, por no hablar del gran lago junto a la casa, con un pequeño embarcadero y una barca atada a él.

—¿Te gusta? —me pregunta Enzo.

—Esto… es increíble, es demasiado para ser realidad.

—Después de lo que has trabajado, mereces tener tranquilidad de vez en cuando, Irina.

Agarro la mano de Enzo y le miro a los ojos mientras le sonrío. Él también sonríe y apoya su frente en la mía.

—¿Quieres conocer el interior de la casa?

—¡Claro!

Entramos. Es muy rústica, en tonos de color madera, y bastante antigua. A mí me encanta. Soy fan de este tipo de decoración; me transmite paz y me siento cómoda viendo la gran chimenea que hay en el salón. Estoy imaginando fuego en ella y calentándonos alrededor mientras hablamos o escuchamos música.

La cocina es también de madera. Hay una gran mesa con sillas en el centro, rodeada de encimeras y electrodomésticos. Cuadros y plantas decoran los rincones y espacios vacíos.

El aseo es sencillo, y tiene una bañera de hidromasaje en la que estoy segura de que pronto voy a disfrutar de un gran baño con espuma.

Subimos las escaleras y hay cuatro puertas, una de ellas cerrada. Me intriga, porque Enzo no se detiene a abrirla, sino que avanza a la de al lado.

—Esta es la habitación de mis padres. Llevan años sin venir, incluso más que yo, por eso está tan desaliñada.

Veo tristeza en sus ojos y nostalgia; algo me dice que es por sus padres.

—¿Estás bien?

—Sí, es que me trae demasiados recuerdos.

—¿Sabes que puedes contarme lo que sea, verdad?

—Estoy bien —me dice, agarrando mis manos.

Caminamos hacia otra de las puertas. Cuando la abre, me echo a reír en el acto al ver que está decorada con dibujos animados antiguos, de Disney y de Goku. No tardo en darme cuenta de que se trata de la habitación de Enzo cuando era pequeño.

—No te rías: yo era muy fan de estas cosas.

—No me río. Es gracioso ver la infancia de alguien, me transmite alegría.

Entro en la habitación e inspecciono cada rincón. La cama es grande y tiene una colcha encima del Rey León.

—Oye, Simba, no sabía yo esta parte tuya —digo vacilando y haciendo que soy un león.

Enzo se ríe por primera vez desde que hemos subido las escaleras y niega con la cabeza.

—Eres idiota, Irina; de verdad que lo eres.

La habitación es bonita. Tiene un armario grande y una cómoda; también hay un escritorio donde veo miles de juegos de mesa y figuras de juguete de personajes de las películas Disney. Hay un gran espejo en el techo, y otro en la pared.

—¿Por qué tenías un espejo en el techo cuando eras pequeño?

—Me gustaba hacer sombras y jugar en el espejo; me imaginaba que era el espacio.

—Tenías que ser un niño muy feliz y muy especial de pequeño.

—Lo era, hasta que…

—¿Hasta qué?

Enzo no responde, simplemente sale de la habitación. Me muestra la siguiente puerta, que es otro baño más grande que el de abajo, en el que hay un *jacuzzi.* Es muy bonito, y bastante elegante también.

—Vamos a hacer la comida. Tengo cosas en la mochila que he traído para cocinar. Luego, si te apetece, podemos dar una vuelta en la barca.

—Sería maravilloso —respondo.

Capítulo 55



Hemos comido lo que Enzo ha traído de su casa. Una ensalada variada y de gran tamaño, y queso de untar. También ha traído una botella de vino blanco, que he agradecido bastante. Recogimos todo y nos cambiamos de ropa para ir al lago.

Ahora estamos intentando desatar la barca una vez embarcados. Es bastante más complicado de lo que parece. La última persona que subió aquí tuvo que hacer un gran nudo que ahora no es fácil desatar.

Una vez que lo conseguimos, nos sentamos y Enzo comienza a remar. Hablamos de varias cosas. Me cuenta que esta casa es en la que solían pasar los veranos cuando Enzo era pequeño. Sus padres la compraron justo después de casarse. Les gustaba mucho a todos. También me cuenta que el motivo por el que nunca volvieron es porque su abuela murió aquí, en esa habitación que Enzo no me enseñó.

—Ella era muy importante para ti, ¿verdad?

—Ella lo era todo para mí. Isadora se llamaba. Era la mujer más buena que he conocido en mi vida. Me hubiese gustado que os conocierais; le hubieses gustado.

—Gracias —digo sonriendo.

—Me crie con ella la mayor parte de mi infancia. A pesar de que estaba muy enferma, nunca dejó de tener ganas y tiempo para mí. Siempre dijo que yo era su motivo para seguir viviendo, y así fue hasta que el cáncer le ganó la batalla —dice con los ojos llorosos.

—Enzo, lo siento tanto —digo agarrando su pierna.

—No te preocupes, ya lo he superado, al menos un poco más que hace años; pero cuando aquello ocurrió, todo cambió en mí, por eso me volví aquel hombre tan horrible del que te he hablado varias veces. Fue uno de los grandes motivos de la separación con mis padres. Mi abuela era el principal motivo por el que estábamos unidos, pero cuando mi padre perdió a su madre, todo en él cambió y se volvió un hombre frío.

—Perdió a su madre, le entiendo. Sé lo que es eso, y no se lo deseo a nadie.

—Mi padre perdió a su madre, pero yo perdí el mayor amor que he sentido en esta vida. Perdí a mi compañera de vida y a mi otra mitad. Mi abuela siempre lo fue todo para mí, así que ambos nos alejamos por el mismo motivo.

—Tu padre es mayor ya, Enzo, y no tendría que haberte abandonado. Ante todo eres su hijo, y tendría que haber luchado por ti.

—No todos los padres son como el tuyo, Irina. Mi padre no es tan bueno ni comprensivo como el tuyo.

Seguimos navegando por el lago. Enzo empieza a reírse y a quitarse la ropa.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Darme un baño —dice tirándose de cabeza al lago.

—¡Enzo!

Enzo sale a la superficie y comienza a salpicarme.

—Vamos, tírate.

—No tengo bikini, Enzo.

—Yo tampoco, y me he tirado en calzoncillos. No veo el problema.

Me quito la ropa tal y como me dice, y me tiro en bomba al lago.

—Gerónimooooooooo —grito mientras caigo al agua.

Ambos nos reímos y comenzamos a jugar a tirarnos agua y a hacernos aguadillas. Me lleno la boca de agua y le escupo en la cara. Enzo se las ingenia para agarrarme de la cintura y tirarme hacia atrás.

—Hace frío —digo buscando una excusa, porque si me quedo un minuto más con él en el agua, no creo que pueda resistirme a besarle.

—Subamos a la barca.

Navegamos de vuelta a casa. Una vez desembarcamos, corremos a la casa y subimos las escaleras hasta el *jacuzzi,* y lo llenamos con agua caliente y espuma de baño.

Una vez listo, nos metemos dentro y comenzamos a tiritar del frío que hemos pasado.

—Nos vamos a resfriar —digo.

—Nada que no cure una buena aspirina —dice jugando con la espuma del *jacuzzi.*

Relajo mi cabeza y la apoyo atrás mientras que Enzo masajea mis piernas y mis pies.

—Enzo, gracias, de corazón.

—¿Por el masaje?

—No, idiota… Por aparecer en mi vida cuando todo estaba tan oscuro.

—Gracias a ti, Irina, gracias a ti…

Salimos al rato del *jacuzzi* y nos ponemos los pijamas para cenar algo de lo que ha sobrado esta mañana. Nos calentamos en la chimenea con los troncos que ha encontrado Enzo afuera y nos tumbamos en una gran alfombra con cojines en el salón.

Me apoyo en su pecho y juego con mis dedos a recorrer su brazo mientras que él acaricia mi cabeza y mi cara.

Capítulo 56



—Buenos días, bella durmiente.

Abro los ojos y veo que seguimos en la misma posición que anoche. Nos quedamos dormidos junto al fuego de la chimenea y no nos hemos dado cuenta. He de reconocer que hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. No he tenido pesadillas. Hoy, por fin, he descansado.

—Buenos días —digo mientras me restriego los ojos.

—Vamos a recoger, y vamos a desayunar a un bar que hay cerca de aquí.

Guardamos nuestras cosas y nos vestimos para dejar esta preciosa casa. Espero de corazón volver pronto y disfrutar un poco más de ella. Creo que esta casa tiene demasiado que ofrecer, mucho más de lo que he conocido. Bajamos las escaleras y Enzo cierra con la llave la puerta.

Montamos en el coche y nos dirigimos al bar que Enzo me ha dicho.

Al llegar, una señora mayor sale a recibirnos.

—¡Enzo, querido! Cuántos años sin verte —dice corriendo a sus brazos.

—Elisa, hola —dice abrazando a la mujer.

Yo me mantengo separada, sonriendo ante la situación.

—Te presento a Irina.

—Qué novia más guapa te has buscado. Así sí, igual que tú de preciosa —dice acercándose a mí.

—Oh, yo…, yo no soy…

—Es solo una amiga, Elisa.

—Lo que quieras, muchacho, pero esta vieja loca sabe lo que ve, y veo amor en vuestros ojos.

La mujer coge mi mano y me da dos besos.

—Es un placer conocerla —digo.

—Tutéame, no me hagas parecer más mayor de lo que soy, por favor —dice riendo.

—Claro. Nada de usted. —Sonrío a la amable mujer.

—Venga, pasad. Voy a haceros mis tortitas.

—Gracias, Elisa —dice Enzo.

Entramos en el pequeño bar en el que no hay nadie, salvo un señor mayor que supongo que es el marido, el cual se alegra mucho de ver a Enzo y le abraza fuerte también. Yo me presento, y el hombre hace como si me conociese de toda la vida.

Nos sentamos en su mesa a la espera del desayuno. Me mantengo en silencio mientras escucho su conversación. Hablan de las cosas que han hecho estos años y de cómo ha cambiado todo por la zona. El hombre le dice triste que el turismo ha disminuido y que ya poca gente visita el bar, salvo los clientes habituales.

Las tortitas están deliciosas, ahora entiendo que diga que son su especialidad. Quizás sean las mejores que he comido.

Seguimos hablando de varias cosas. Los señores me cuentan travesuras de Enzo cuando era pequeño, y de lo bueno y guapo que era. Dicen que siempre venía a visitarles con su abuela para merendar, y que las tortitas eran su plato favorito.

Al rato, nos despedimos de ellos y salimos en dirección a Madrid.

Me ha encantado poder conocer esta parte de Enzo que no me había contado y tenía oculta. Siento que le conozco mejor todavía y le comprendo más.

Conduzco, esta vez sin música, simplemente disfrutando del paisaje que dejamos atrás.

—Te acabo de mandar la ubicación de este lugar —me dice Enzo.

—¿Para qué?

—Para que recuerdes siempre donde te dije que estoy enamorado de ti.

Me quedo callada, sin saber qué responder; solo le miro extrañada y asustada.

—¿Qué?

—He intentado no tener que decirte esto, y llevo luchando por no sentir nada por ti desde que te conocí, pero no puedo. Estoy enamorado de ti, te quiero, y no siento decírtelo, no siento tener que luchar por ti, y no siento hacer todas y cada una de las cosas que hago por ti. Te quiero, te amo, Irina. Y siento de veras tener que decir esto ahora, pero no puedo seguir callándome, porque siento que, si no lo digo, algún día encontrarás a otro hombre que vea lo que yo veo en ti, y lo entenderé, y me bastará con estar en tu vida y ver lo feliz que eres, pero no puedo quedarme con la espina de decirte que desde que te conocí he amado de ti hasta lo que tú misma odias, hasta esos defectos que te han hecho ser quien eres, hasta tu pasado más oscuro, hasta tu mal humor de las mañanas. Te amo, y creo que voy a amarte hasta que me quede sin aliento.

Porque eso es lo que siento, y siento decírtelo, de verdad. Porque sé que no estás preparada para admitir tus sentimientos y para estar conmigo. Pero puedo esperarte el tiempo que sea necesario. Quiero esperarte hasta que sientas que estás preparada para amarme, y si nunca lo estás, seguiré queriéndote, porque eso es lo único que quiero hacer, desde ahora hasta el último de mis días.

Me quedo callada intentando no soltar ni una lágrima. El momento que más he temido ha llegado.

—Eres mi mejor amiga, mi compañera de locuras, la llave del candado de mis secretos, mi confidente y mi apoyo incondicional. Pero eres más que eso, eres el motivo de que tenga ganas de ser mejor, de ser un gran hombre y de triunfar para estar a tu altura. Eres el amor de mi vida, Irina, y no pretendo que me ames, pero necesitaba que supieras cuánto te amo. Necesitaba que supieras que, aunque te cueste pensar que alguien pueda ser capaz de amarte por todo el daño que te han hecho, yo te amo, sin condiciones, sin tiempos, sin medida. Te amo como no estoy seguro de que se pueda amar, y como estoy seguro de que no podré amar a nadie de la misma forma. Porque quiero que sea contigo, porque es lo único que me vale, tú, no me vale otra cosa, no me vale nadie más. Quiero que seas tú.

—No puedo, Enzo… —digo parando el coche en mitad de la carretera y bajando a tomar el aire.

Enzo me persigue y se sitúa a mi lado.

—¿Me amas? —me pregunta.

No respondo.

—Irina, responde, ¿me amas? Si es así, seré tuyo para siempre, aunque me parezca poco tiempo para todo lo que me gustaría compartir contigo. Si me amas, seré tuyo en todas mis vidas, si es que existen. Te protegeré y cuidaré sin medida, sin pedir nada a

cambio. Si me amas, te juro que te haré la persona más feliz del mundo, y serás tan tuya, tan libre, que yo me quedaré ahí, a tu lado, viendo como la mujer que amo se ama a sí misma, porque consiste en que te ames a ti, y en que desde tu libertad me elijas. Sé que lo poco que sabes del amor no tiene nada que ver con esto, y yo no tengo ni idea de cómo es una relación, porque jamás he amado. Ambos somos novatos, y quiero aprender contigo, quiero hacerlo de verdad, porque eres tú, porque somos nosotros. Porque conocerte lo ha cambiado todo. Me has hecho ser mejor, ser diferente, y querer luchar con todas mis fuerzas por todo lo que quiero. En cambio, si no me amas, seguiré siendo tuyo, sabiendo cuál es mi lugar en tu vida, aunque no me rendiré nunca contigo. No voy a rendirme, Irina. Voy a esperarte, siempre. Aunque sé que parece que la palabra «siempre» es mucho tiempo, no es ni un cuarto de todo el tiempo que esperaría por ti.

—Enzo, no puedo, no puedo tener una relación contigo, no puedo estar contigo y saber que tarde o temprano la cagaré y te perderé. No estoy preparada para amarte y para entregarte todo, porque no quiero hacerte daño. Siento que esto sea así, pero no tengo amor para darte, no me queda. Di todo el amor que tenía a una persona, y lo destrozó; ya no me queda nada para darte. Y no quiero que me esperes y pierdas la oportunidad de estar con una mujer que te ame de la misma manera que tú me amas a mí, porque yo no sé si algún día estaré preparada para darte lo que me pides, y no quiero que pierdas tu tren.

—Es que no lo entiendes, ¿no? Yo no quiero otro tren, yo quiero quedarme en esta estación, en la tuya, aunque no tenga un destino todavía. No quiero que otra mujer me ame; quiero que me ames tú, quiero que seas tú la que el día de mañana esté a mi lado cuando

grabe una película. No quiero otro tren, no quiero a otra persona, Irina.

—Enzo, ¡no puedo! No puedo, por favor, tienes que asumir que no puedo estar a tu altura, no estoy preparada. Tengo que sanar muchas cosas, y tengo que hacerlo sola. Y quizás esas cosas que tengo que sanar no me lleven a ti, o quizás cuando las haya sanado sea demasiado tarde.

—Todavía no te he escuchado decir que no me amas. ¡Dime que no me amas, Irina, por favor, porque si no, seguiré intentándolo hasta quedarme sin fuerzas! Di que no me amas y te dejaré, hasta que sientas que estás preparada.

Cojo aire y miro al suelo.

—No te amo —miento.

—¡Mírame a los ojos cuando me hablas, Irina!

Me enfado y le miro.

—¡No te amo, Enzo! ¿Eso es todo lo que querías oír? —digo con lágrimas en los ojos.

—Sí, eso es todo.

Enzo está triste, lo sé porque le conozco lo suficiente.

—¡No tienes derecho a hacerme esto! No tienes derecho a decirme que me amas, sabiendo lo que he sufrido por amor, lo mal que lo he pasado con mi anterior relación y lo mucho que me aterra que alguien me haga daño.

—¿Sabes, Irina? Ese es tu puto problema, que piensas que soy igual que el idiota de tu exnovio, que te voy a hacer daño y que no te mereces pasar página y ser feliz. Te juro que yo quería ayudarte y no me has dejado.

—¡No tienes que ayudarme! Porque si algún día te cansas y quieres irte, me dejarás con el corazón destrozado, y yo te necesitaré más de lo que tú a mí, y eso es injusto.

—Necesitas a alguien que te haga ver que el mundo es más bonito y bueno de lo que has conocido.

—No lo necesito, y no te necesito para nada, así que sube al coche y deja esta ridícula conversación, por favor. No podemos estar juntos, Enzo, no se puede. No puedo.

—Te juro que encontraré el momento. Lo conseguiré, y jamás volverás a decirme que no podemos estar juntos. Algún día, desde tu libertad y cuando me elijas, serás mía de la misma forma que yo soy tuyo, y el mundo entero va a saberlo.

Le miro sin decir nada. Quizás estaba destinada a conocerle, a quererle y a enamorarme de él, pero no a estar juntos.

—Que tengas un buen viaje, Irina —dice cogiendo su mochila.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Quedarme aquí. Buscaré la forma de llegar a casa, pero no me apetece ir contigo. Necesito estar solo ahora.

—¡Eres un idiota egoísta que solo piensa en sí mismo! Te odio, Enzo, te odio.

Subo al coche y arranco. No puedo evitar romperme y llorar mientras me dirijo a mi casa. Miro por el retrovisor y veo cómo voy dejando atrás al hombre que amo.

Capítulo 57



Dentro de dos días es el estreno y no he vuelto a hablar con Enzo. Mi padre no ha querido preguntarme nada del tema, y tampoco es que yo le haya dejado hacerlo, ya que no he salido de la habitación en estos días. No he tenido ganas ni fuerzas para enfrentarme al mundo sin Enzo. Me duele el corazón y estoy triste. No imaginaba que perderle me dolería tanto.

Sabía que Enzo era importante para mí, pero no pensaba que llegara al extremo de sentir que me falta todo sin él, esta sensación que ni siquiera tuve cuando mi relación con Álvaro se terminó. La última vez que sentí este dolor en el pecho fue cuando mi madre y Fran murieron.

Hoy tengo que ir a la tienda. Me llegan unos pedidos y debo ir a recibirlos porque, aunque se lo he pedido a mi padre, no ha podido hacerlo él, ya que está con los ensayos finales.

Me pregunto cómo estará Enzo, si estará lo suficientemente concentrado en los ensayos o si le estará pasando lo mismo que a

mí. No me quito de la cabeza que mis últimas palabras con él fueron de odio y rabia.

Me levanto de la cama y me doy una ducha porque huelo horrible, a perro mojado más bien. Estos días no me he cambiado ni de pijama y tengo una pinta desastrosa.

El agua cae sobre mí y me apoyo en la pared para relajarme. Después de un rato largo salgo para vestirme con lo primero que cojo del armario.

Unos *leggins* negros y una sudadera gris a juego con mis Adidas Campus. Una vez lista, me hago un moño y salgo de casa tras coger mi bolso.

Camino oyendo música con los cascos, intentando olvidarme del mundo y de lo que ha pasado con Enzo.

Al llegar a la calle de la tienda, me apresuro al ver que ha llegado el camión del pedido. Me quito los cascos y los guardo en el bolso.

—¡Señorita!

Me vuelvo al oír una voz masculina chillarme.

—¿Sí? —pregunto extrañada.

—Se le ha caído la cartera.

Un hombre rubio de ojos azules, alto y de buen ver, me entrega la cartera, dedicándome una sonrisa. No sé si es por la vestimenta tan elegante que lleva o por su forma tan correcta de hablar, pero parece tener unos cuatro o cinco años más que yo. Es bastante más alto que Enzo, y un poco más delgado; guapo, bastante para ser rubio, ya que no me atraen mucho.

—Gracias, podrías habértela quedado —digo vacilante.

—No sería capaz.

—Perdóname, pero tengo cosas que hacer. Gracias otra vez.

—Adiós —me dice.

Salgo corriendo hacia el camión y le pido disculpas por tardar. El repartidor deja la mercancía en la tienda y veo los montones de cajas que me toca deshacer y colocar.

Me siento en el suelo a ver lo que tengo que hacer. Al rato, oigo que llaman a la puerta. Una parte de mí desea que sea Enzo y me levanto corriendo. Para mi sorpresa, es el chico de la cartera.

Abro la puerta extrañada y le miro.

—Espero que no se me haya caído otra cosa —digo vacilante.

—No, no es por eso. Es que he visto que entrabas aquí y quería ver qué era lo que había dentro.

—Bueno, como puedes ver, ahora hay un montón de cajas, pero pronto habrá una tienda de ropa.

—Vaya, ¿y tú eres la dueña?

—Eso parece. Aunque lo malo de ser la dueña es que todas estas cajas tengo que recogerlas sola.

—No tengo nada que hacer. Si necesitas que te ayude, estoy preparado.

La idea de que una persona que no sea Enzo me ayude en la tienda me aterra y la rechazo al momento. Aparte de que no conozco a este hombre y a saber qué clase de persona es.

—No te preocupes. Aunque me queje, me gusta hacer las cosas sola.

—Claro, lo entiendo. Por cierto, soy Daniel —dice extendiéndome la mano.

—Yo, Irina —digo haciendo lo mismo.

—Bueno, Irina. Pues suerte con el trabajo, ya nos veremos por ahí.

—Claro, que tengas un buen día.

Desaparece en la calle y yo vuelvo a mi trabajo.

Capítulo 58



Tras llegar a casa y ponerme de nuevo el pijama, salgo al salón a hacer un poco de vida con mi padre, que está sentado en el sofá viendo la televisión y se sorprende al verme.

—Irina, cielo, hola.

—Hola, papá. ¿Puedo hacerte compañía?

—Claro, ven aquí —dice abriendo los brazos para que me tumbe con él.

Me acomodo en sus piernas y me peina con las manos. Yo miro la película que está viendo y me relajo cerrando los ojos.

—¿Cómo estás?

—Mal, papá, estoy mal…

—No he querido preguntarte estos días, pero ¿está bien la cosa con Enzo?

Niego con la cabeza. Él sigue acariciándome, me vuelvo para abrazarle y comienzo a llorar.

—Tranquila, pequeña, cuéntame qué ha pasado.

—Me dijo que me amaba y que quería estar conmigo, y yo le dije que no…

—Tú le quieres, ¿no es cierto?

—Así es…, pero no puedo estar con él, no quiero hacerle daño. Es demasiado bueno para mí, y me da miedo no estar a la altura.

—Cariño, el miedo solo hace que los valientes se escondan en su coraza, y esa coraza no te hace nada bien.

—Esa coraza me protege del mundo.

—Esa coraza te hace daño, y de la única persona que te aísla es de ti misma, y no te deja disfrutar y vivir como en realidad tu corazón quiere. Cuando dejes de tener miedo, empezarás a vivir. Mientras tanto, solo existirás dando tumbos por la vida y perdiéndote lo bonito que hay en ella, como el amor.

—No creo estar preparada para enfrentarme al amor, de verdad que no… Me muero por decirle cuánto le quiero, pero no puedo hacerlo.

—Solo espero, Irina, que el día que te atrevas a hacerlo no sea demasiado tarde. El amor no espera a nadie, y cuando lo tienes, hay que agarrarlo con fuerza, y si tienes suerte, durará toda la vida, y si no, vivirás con el recuerdo de que amaste a alguien. Ya solo por eso habrá merecido la pena.

—¿Cuando conociste a mamá lo supiste?

—Desde el primer momento que la vi supe que toda mi vida la había estado esperando a ella. La quise desde el primer instante que nuestros ojos se cruzaron, y no me equivoqué. Pasé con ella los mejores años de mi vida, y me hizo el hombre más feliz del mundo.

—Yo no sé si siento eso…

—Irina, en todos estos años no te había visto tan feliz como cuando estabas con Enzo. Lo vuestro es un amor de los que ya no quedan, un amor sano entre dos jóvenes que se complementan y se

hacen mejor el uno al otro. No le dejes escapar. Podéis ser una gran historia de amor, de esas que duran para siempre.

—No creo en el amor eterno.

—Algunos amores están destinados a ser eternos porque nunca suceden, quizás sea lo que os pase a vosotros…

—Creo que lo nuestro es imposible, papá.

—Los amores imposibles son los más intensos y los más recordados. Lucha por ello, Irina, no le pierdas.

Tras una larga charla con mi padre me doy cuenta de que si quiero ser feliz de verdad necesito a Enzo en mi vida, así que pienso decirle cuánto le quiero después del estreno.

Cenamos en la cocina como de costumbre y vuelvo a mi habitación con un humor diferente. Ahora sí tengo claro que voy a luchar por Enzo. Le quiero, y él me quiere a mí, y eso ya es bastante. Aunque no todo sea querer en esta vida, es un gran paso, y es importante.

Capítulo 59



Hoy es el gran día. El estreno de la obra ha llegado, y con él, el día en el que le diré a Enzo lo mucho que le quiero y que quiero estar con él.

Me voy a poner un vestido de raso largo blanco y unos tacones plateados. Tengo un abrigo negro de mi madre y un bolso que también era suyo para complementar el *look.* Voy a hacerme un moño con mechones sueltos de pelo a cada lado de la cara, ondulados.

El maquillaje es bastante sutil y elegante, así que estoy lista para esta gran noche. Mi padre se fue hace varias horas de casa para estar con los chicos y preparar las cosas. Estaba bastante nervioso, así que quería ir con tiempo para que todo estuviera perfecto.

Yo me estoy tomando mi tiempo, ya que a la par que me arreglo me fumo algún cigarro para quitarme los nervios.

Una vez lista, cojo el coche y me dirijo al teatro. Tengo una plaza reservada en el garaje, lo cual agradezco muchísimo para no perder

tiempo en buscar sitios donde dejar el coche a estas horas, en pleno Madrid centro.

Enzo no sabe que vengo. Además, le he pedido a mi padre que me ponga en un sitio donde no pueda verme. Quiero darle la sorpresa.

Recibo un mensaje en el móvil. Es de mi padre.

> Vienen a ver la obra unos productores y representantes de Los Ángeles.

Leo el mensaje y chillo de alegría. Ojalá tengan suerte y les guste para hacer un acuerdo con mi padre y llevar la obra fuera de Madrid. Cuanto más dinero y fama consiga, más éxito tendrán mi padre y los chicos, incluido Enzo, lo cual sería maravilloso para que cumpla su sueño, y yo el mío de verle feliz.

—Buenas noches, señorita —me dicen los vigilantes de la puerta.

Subo las escaleras de la parte trasera y llego a la zona VIP, donde tengo mi propia sala para ver la obra. Pido a los camareros una copa de vino blanco.

Me relajo en el sofá y espero con ansia a que empiece la representación.

Mi padre sale a presentar la obra y a dar las gracias a la multitud que ha venido al estreno. Todo el mundo aplaude, y la función no tarda en empezar.

Enzo está guapísimo. Le veo y no puedo evitar querer ir a sus brazos y decirle lo mucho que le quiero. Para eso tendré que esperar.

Todos actúan de maravilla. Se me caen las lágrimas al ver el gran trabajo y esfuerzo de los chicos y lo bien que ha quedado al final. Todo el mundo se levanta a aplaudir y a chillar palabras bonitas para los actores y el director.

Salgo corriendo para ir al *backstage* a darle la enhorabuena a Enzo y a sincerarme con él, cuando de repente una conversación me frena y hace que me esconda a escuchar.

—Ha estado muy bien, por lo que queremos ofrecerle el papel protagonista en una película de un gran director de Hollywood. Necesitamos que venga con nosotros mañana mismo para firmar el contrato. Ese hombre no espera a nadie. Le hemos mandado la función y le quiere en la película para empezar mañana mismo con las gestiones. Tendría todo pagado, y por supuesto, una vivienda.

—¿Mañana? Pero…

—Señor, si pierde esta oportunidad, no creo que pueda tener otra igual. Tiene hasta las doce de la noche para darnos una respuesta.

—Gracias, les informaré cuanto antes.

Los hombres se van y yo intento limpiar mis lágrimas antes de encontrarme con Enzo. Salgo y le veo pensativo.

—¡Has venido!

Corro hacia él y le abrazo, comiéndome mis palabras, sabiendo que si le digo que le quiero, no se irá y se quedará conmigo, perdiendo la oportunidad de su vida, lo que no me perdonaría nunca a mí misma.

—Tienes que ir, Enzo —le digo.

—¿Lo has escuchado? —me pregunta, separándome de él.

—He escuchado lo importante, y tienes que ir, no puedes quedarte aquí.

—Pero Irina… Tengo cosas aquí, estás tú…

—Enzo, eso no importa. Tienes que ir, por favor. Es tu sueño, y mereces cumplirlo.

Al cabo de un rato salimos del teatro. Todos se van a celebrar el éxito de la función, menos Enzo y yo, que nos vamos a mi casa y seguimos con la conversación de su oferta.

Capítulo 60



Nos dirigimos al aeropuerto. Anoche le prometí a Enzo que sería yo quien le llevase hoy por la mañana. Tras una larga conversación, aceptó la oferta y dijo que se iría a hacer esa gran película.

No puedo decir que no me entristezca que se vaya y que no me arrepienta de no haberle dicho cuánto le amo. Si le hubiese dicho la verdad, no se habría ido. Es mejor así, a pesar de lo mucho que le voy a echar de menos, de lo que me duele perderlo y de saber que, durante mucho tiempo, va a estar lejos de mí.

Caminamos hacia la puerta de embarque, donde todo el mundo se despide de sus familiares, amigos y conocidos. Los aeropuertos siempre me han dado mucha pena. Me parece un sitio donde las despedidas son muy duras y donde se separan varios caminos. Lo que nunca imaginé es que a mí también me tocaría vivirlo algún día.

Enzo me mira, y yo le miro a él mientras apoyo mi cabeza en su pecho.

—Perdóname por aquellas palabras tan horribles que te dije, no lo decía de verdad.

—Lo sé. Perdóname tú por haberte presionado demasiado.

Nos reímos, dándonos cuenta de lo idiotas que hemos sido al discutir sin motivo. Y nos entristecemos cuando somos conscientes de cuánto nos vamos a necesitar ahora que vamos a estar tan lejos.

—Me da miedo tener la cabeza más en Madrid que allí, me da miedo pensar demasiado en ti y no concentrarme en la película.

—Tienes que olvidarte de mí, Enzo. Por una vez tienes que pensar solo en ti.

—Lo sé, pero hay ciertas cosas que no me van a ser fáciles —dice poniendo un mechón de mi pelo detrás de mi oreja.

«¡Atención! Pasajeros con destino a Los Ángeles: les informamos que deben acceder por las puertas de embarque. Gracias.»

Nos miramos y aprieto los labios para hacer fuerza y contener las lágrimas.

—Prométeme que serás feliz y que no dejarás escapar ninguna oportunidad que se te cruce en el camino, en ningún sentido.

Sé que se refiere también a las oportunidades que pueda tener en el amor.

—Enzo, yo…

—Siempre voy a volver, no importa el tiempo, y tampoco la distancia; siempre volveré a ti, te lo juro.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, por favor… Tienes que irte.

Le abrazo, y él hace más fuerza para pegarme más a su pecho. Se me caen las lágrimas, y noto que a él le pasa lo mismo.

—Te voy a echar de menos —me dice.

—Yo también a ti. Ha sido todo un placer conocerte, Enzo, no lo olvides nunca.

—Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en estos años, Irina, no lo olvides tú tampoco.

Enzo se aleja con su maleta y veo cómo pasa la puerta de control. Me quedo a verle hasta el último segundo, en que gira la cabeza para mirarme una última vez, dedicándome una bonita y gran sonrisa.

Camino de vuelta al coche por los pasillos y recibo un mensaje de Enzo.

Veo que es una canción y un pequeño mensaje.

> No pude salvarnos.

Y la canción *Atlantis* de Seafret.

Lloro al reproducirla en mis cascos, y a pesar del dolor que me está causando, pulso el botón «Bloquear contacto». Luego bloqueo también cualquier comunicación entre Enzo y yo. Y continúo andando mientras suena la canción.

Es mejor así. Si Enzo puede contactar conmigo, sé que va a estar más pendiente de mí que de lo suyo, y no quiero ser una molestia ni una distracción. Quiero que triunfe y sea feliz.

Le amo, y será así de por vida. Quizás más adelante ese amor desaparezca un poco y ya no lo sienta con tanta intensidad, pero sé que siempre será una persona a la que ame con todo mi corazón, a la que le deba todo y a quien siempre recordaré, aunque no volvamos a vernos, aunque nuestros caminos se hayan separado. Ahora entiendo cuando dijo mi padre aquello de que, por amor, todo merece la pena. Es cierto.

No me extrañaría que Enzo volviera a enamorarse y que en unos meses conociese a alguna buena chica con la que pasar el resto de su vida. No me extrañaría, porque cualquier persona con dos dedos de frente perdería la cabeza por él. Es imposible no enamorarse de Enzo, lo sé, y lo sé bien, de hecho, porque a pesar de todos mis

esfuerzos por no sentir nada por él, he terminado amándole más de lo que podía llegar a imaginar.

Sé que será feliz, y que yo, en algún momento de mi vida, lo superaré y me recuperaré de esto. Me costará, pero volveré a ser feliz, y esta vez será sin ayuda de nadie, será por mis propios medios.

Siempre estaré en deuda con Enzo, siempre. Me ha hecho feliz cada segundo y cada minuto que he vivido a su lado, y eso no lo voy a olvidar nunca.

He descubierto el amor gracias a él, he podido crecer como persona, y he conseguido ser una persona diferente. Gracias a Enzo ahora tengo ganas de todo. A pesar de que el dolor vaya a durar demasiado y el echarle de menos no se vaya a terminar, sé que ha merecido la pena, lo bueno, lo malo y el dolor que vaya a experimentar sin su presencia; han merecido la pena por un motivo: por conocerle.

Unas palabras de la autora

Si has llegado hasta aquí, debo darte las gracias ante todo. Si has llegado hasta aquí, es porque has conocido la historia de dos personajes que me han hecho sentir y llorar a partes iguales. Y ahora quiero ser yo quien te diga unas palabras, así, de tú a tú, sin Enzo ni Irina de por medio. De Natalia a ti, querido lector.

Si alguna vez te has sentido como Irina al principio del libro, déjame decirte que lo siento, y que te abrazo fuerte el corazón, con todo mi amor. Si alguna vez también has sentido que te apagabas y que perdías tu brillo por una relación, déjame decirte que cuesta, pero que acabas saliendo a flote, porque el amor a uno mismo siempre acaba siendo mayor. Si estás pasando por esa situación, déjame decirte que eres valiente, libre y fuerte para salir de ahí, y que tú vales más que eso, más que nadie, y nadie vale más que tú. Eres dueño o dueña de tu vida, y es lo único que debes tener siempre claro. Si has conseguido salir de ahí, déjame decirte que enhorabuena, porque yo sé que no es fácil y que da bastante miedo y vértigo al principio, pero… ¿y la sensación de libertad que se siente después? Mírate ahora: eres libre, y eres feliz. Yo estoy orgullosa de ti, deberías estarlo tú también. Grita a los cuatro vientos lo feliz que eres y lo valiente que has sido.

Y ahora, si alguna vez has sido como yo, y como Irina, que hemos dejado escapar oportunidades por el miedo y por traumas del pasado, déjame decirte que lo siento, que siento en el alma que el dolor te haya causado eso, pero que habrá mil oportunidades más,

porque esta vida, de una forma u otra, está llena de oportunidades, y no necesitas a una pareja para ser feliz. Aunque la vida sea mucho más bonita con amor, recuerda que existen varios tipos de amor, y que hay amores más cerca de lo que crees: en la familia, en los amigos, en tus compañeros de trabajo, incluso en tu mascota. Sal ahí afuera y búscalo, busca ese amor que tanto deseas y abrázalo fuerte.

Enzo, gracias por enamorarnos a todas y por demostrar que aún existen hombres buenos en el mundo a todas aquellas que dejamos de creer en el amor por traumas del pasado y por relaciones tóxicas que nos dejaron sin ganas de brillar. Por ayudar a nuestra Irina a ser fuerte y valiente, y a darse cuenta de que en esta vida todo se acaba superando y sanando.

Irina, cariño, cuántos momentos hemos pasado juntas. Incluso antes de empezar a escribirte, ya vivías dentro de mí, en ese dolor, en esos traumas y en esas relaciones del pasado que no fueron buenas. Por eso te inventé, porque tenías que contarle al mundo esta historia, y el mundo tenía que conocer lo valiente que eres y la gran mujer en que te has convertido. Tenías que mostrarte a esas personas que, como tú, han sufrido por amor y por personas dañinas. Eres un ejemplo que seguir, y todos te admiramos.

Pero… ¿qué decirte, lector? ¿Pensabas que esto acababa aquí? Esto acaba de empezar, es el principio de una gran historia que te recomiendo leer hasta el final, porque Irina tiene todavía mucho que contarnos y mucho que ofrecernos.

Agradecimientos

Si alguien me pregunta qué es lo que menos me gusta de un libro, es esta parte. Porque siento que, diga lo que diga, me voy a quedar corta. Tengo varias personas a las que agradecer, pero hay demasiadas cosas por las que dar las gracias. Y por eso creo que siempre me quedo en blanco cuando se trata de esto.

Para no perder la costumbre, quiero agradecer a la artista que hay detrás de cada una de mis historias, a quien no duerme por escucharme divagar sobre mis libros, a quien piensa las portadas y me ayuda a hacerlas, a quien se levanta pronto solo para ayudarme a planificar cada punto del libro. A quien salvó mi vida, a quien no ha dudado nunca de mí, a quien camina a mi lado agarrando mi mano y jamás deja que me caiga. Gracias, Esther, es un verdadero orgullo ser tu hermana y compañera de vida.

Para continuar, tengo que echar la vista atrás muchos años y mirar al hombre que llegó a mi vida sin avisar. No fue fácil, de verdad que no. Le miro hoy y no puedo hacer nada más que dar las gracias a las casualidades o al destino por haberme puesto a esa persona. Rafa, sé que no compartimos sangre y que jamás lo haremos, pero mi corazón es tuyo desde el momento en el que decidiste criarme con amor y paciencia. Eres, sin duda, mi ejemplo a seguir en esta vida. Te quiero y te admiro.

A mis abuelos, a mis padres de alma y corazón. Sin ellos no sería ni la mitad de lo que soy. Me han enseñado a perseguir mis sueños, a no rendirme y a luchar por quien quiero ser, sin olvidarme nunca

de mi esencia. Me lo han puesto todo siempre demasiado fácil, demasiado bonito. Y es por ellos por los que un día sueño con que este sueño se haga realidad y puedan verme cumplirlo.

A Miguel, por ser el amor que siempre he buscado y tanto he necesitado. No sé qué he hecho bien en la vida para tenerte en ella. Para haberme reencontrado contigo después de tantos años sin saber nada el uno del otro. Me has demostrado que hay personas que están destinadas. Nosotros somos el caso perfecto. Gracias por admirarme, apoyarme y quererme tanto. No me imagino una vida y un mundo sin ti. Eres el protagonista de cada una de mis historias y el amor más grande que he tenido nunca.

A mis padres, tíos y familia. Esos que esperan tan impacientes a que este sueño mío se cumpla. Gracias por no dejar de creer en mí.

A mi mejor amiga, Daniela, la que a su manera hace también posible que siga escribiendo.

Gracias a Adelaida por haber confiado en mí. A la editorial Planeta, que siempre ha sido mi sueño, y al sello Click Ediciones por darme la oportunidad de publicar este libro. No tengo palabras para describir cómo me siento.

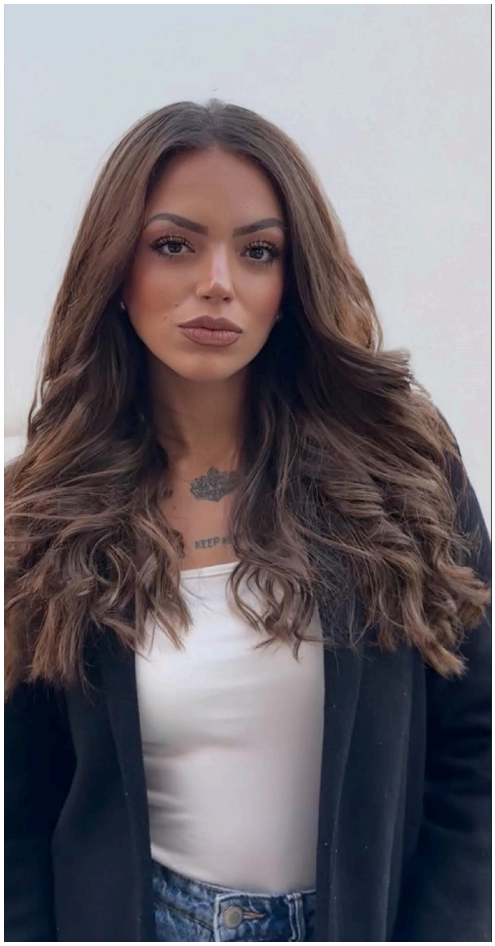
A mis chicas de BookTok, a las que conocí en ferias, a las que han comprado mis libros porque han confiado en mí. Vosotras también sois parte de este proyecto.

A los que ya no están, a los que se fueron, a los que están lejos. Me llevo siempre una parte de todas las personas que pasan por mi vida. Vosotros también estáis, porque habéis dejado una huella en mí. Y para los que vendrán.

Y a mí. Gracias a la Natalia de 4, 7 y 10 años que tuvo tan claro siempre cuál era su destino y su sueño. Quiero decirte, cariño, que no nos hemos rendido y que poco a poco lo estamos consiguiendo. Aún nos queda mucho camino por recorrer, pero no nos vamos a

rendir. Te juro que a veces lo he pensado, pero luego se me viene tu imagen a la cabeza y es imposible fallarte. Así que no lo haré. Seguiré por ti, siempre.

Biografía



Natalia de las Olivas Puentes nació un 30 de mayo del 2000, en Madrid. Autora y amante de la escritura. Con tan solo 10 años escribió un libro, el cual una profesora suya rompió. Desde entonces, supo que quería dedicarse a escribir y a contar sus historias al mundo.

Trotamundos, un desastre con patas, un alma libre y llena de miedos… Pero siempre fiel a sus sueños. Ha perseguido cada uno de ellos desde pequeña, sin rendirse en el intento.

Conoció el amor siendo muy joven y eso ha hecho que escriba el género de romance, aunque tenemos un *thriller* suyo y también se ha adentrado en el mundo de la fantasía romántica. No obstante, cada uno de sus libros siempre tendrá ese toque romántico que tanto le gusta. Porque si hay algo de lo que ella entiende, es del amor.

Fiel siempre a la plataforma Wattpad, donde inició su carrera literaria siendo una niña y donde se dio cuenta de que sus sueños estaban al alcance de su mano. Fiel seguidora de la frase:

«Si puedes soñarlo, puedes cumplirlo.»

Redes sociales de la autora:

Instagram: Nataaliaa30

TikTok:

Nataaliaa.books

Nataaliaa 30

Conocerte
La saga Destino 1
Natalia de las Olivas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Natalia de las Olivas, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Esther Martínez Puentes

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31623-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta